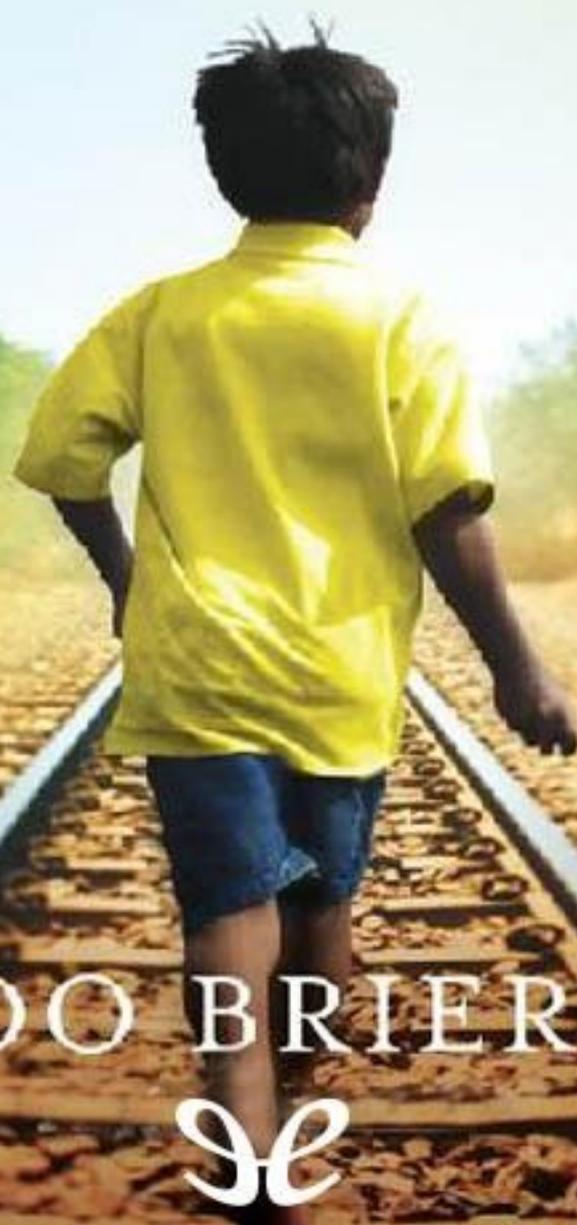


PARA SABER QUIÉN ERES  
DEBES SABER DE DÓNDE VIENES

# Un largo camino a casa



SAROO BRIERLEY



Lectulandia

Imagina tener cinco años, no haber ido nunca al colegio y no haberte aventurado apenas fuera de los confines de tu barrio, en una ciudad de la India de la que no conoces ni el nombre. Imagina perder de vista a tu hermano mayor en la estación, entrar por error en un tren, viajar en él por un tiempo que se antoja eterno y, al final del camino, verte catapultado a la ciudad más pobre y caótica del mundo: Calcuta.

Parece imposible, pero es lo que le ocurrió a Saroo.

Aún más extraordinario es lo que sucedió después: veinticinco años más tarde, Saroo, al que acabó adoptando una familia australiana, decide tratar de encontrar a su madre y a sus hermanos. No está seguro de recordar el nombre del lugar del que procede, pero recuerda un puente, el río al que iba a jugar de niño y la presa que lo contenía. Y pasa muchas horas, con paciencia y determinación infinitas, examinando a través de Google Earth todas las líneas ferroviarias de la India, todas, hasta dar con un lugar que le resulta familiar. Aunque solo hay un modo de descubrir si de verdad aquel es el que era su barrio y si aún queda allí alguno de los suyos: ir en persona a averiguarlo.

**Un largo camino a casa explica, desde los ojos de un niño, la dramática realidad de aquellos que, como Saroo, han caminado alguna vez por la calle entre la indiferencia de todos. Pero sobre todo es un himno a la esperanza, al poder de los sueños y al valor de no rendirse nunca.**

**Lectulandia**

Saroo Brierley

# **Un largo camino a casa**

ePub r1.0

Titivillus 19.08.17

Título original: *A Long Way Home*

Saroo Brierley, 2013

Traducción: Blanca Rodríguez Rodríguez y Marc Jiménez Buzzi

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Guddu*

# PRÓLOGO

Ya no están.

Llevo veinticinco años pensando en este día. Me he criado a medio mundo de aquí, con un nombre nuevo y una nueva familia, preguntándome si volvería a ver a mi madre, a mis hermanos y a mi hermana alguna vez. Y ahora estoy frente a una puerta cerca de la esquina de un edificio ruinoso situado en un barrio pobre de una ciudad pequeña y polvorienta de la India central, el lugar donde pasé mis primeros años, y ahí no vive nadie. Está vacío.

La última vez que estuve aquí tenía cinco años.

Esta puerta de bisagras rotas es mucho más pequeña de lo que recordaba; ahora tendría que agacharme para entrar. No hace falta llamar: por la ventana, y también por algunos huecos de esa pared de ladrillo que me resulta tan familiar, se ve el interior de la diminuta estancia que compartía mi familia y cuyo techo es poco más alto que yo.

Era mi peor temor, me paralizaba de tal forma que lo había reprimido casi por completo: que cuando por fin volviera a casa, después de años de búsqueda, mi familia se hubiera marchado.

Estoy perdido, sin saber qué hacer, y no es la primera vez que me ocurre. Ahora tengo treinta años, dinero en el bolsillo y un billete de regreso, pero me siento igual que en aquel andén, hace tantos años: me cuesta respirar, me da vueltas la cabeza y me gustaría poder cambiar el pasado.

De pronto se abre la puerta de al lado y una mujer joven vestida de rojo y con un bebé en brazos sale de una vivienda mejor conservada. Siente curiosidad, como es natural. Aunque parezco indio, llevo ropa occidental, quizá demasiado nueva, y el pelo bien cortado y peinado... está claro que soy un forastero, un extranjero. Para empeorar las cosas, no conozco su idioma, por lo que cuando me habla solo puedo intuir que me pregunta qué busco allí. Apenas si recuerdo el hindi y desconfío de mi pronunciación del poco que sé. «No hablo hindi, hablo inglés», le digo. Me quedo de piedra cuando me responde: «Yo hablo un poco inglés». Señalo la vivienda abandonada y enumero los nombres de las personas que vivían allí: «Kamla, Guddu, Kallu, Shekila». Luego me señalo a mí mismo y digo: «Saroo».

En esta ocasión la mujer guarda silencio. Entonces me acuerdo de lo que me dio mi madre antes de salir de Australia, precisamente para situaciones como esta. Rebusco en mi mochila y saco una hoja con fotografías en color de cuando era pequeño. Vuelvo a señalarme y digo «pequeño» mientras señalo al niño de las fotografías. «Saroo.»

Intento recordar quién vivía al lado cuando aquella era mi casa. ¿Había alguna niña pequeña que pudiese haberse convertido en esta mujer?

Observa la hoja y luego me mira. No estoy seguro de que me entienda, pero esta vez habla en un inglés vacilante.

—Gente... no vive aquí... hoy —dice.

Aunque no ha hecho más que confirmar lo que ya sé, oírlo de sus labios es un mazazo. Me mareo. Me quedo allí plantado, incapaz de moverme.

Siempre he sabido que, aunque consiguiera llegar hasta aquí, mi familia podía haberse mudado. Ya habíamos vivido antes en otro lugar: normalmente los pobres no pueden elegir dónde viven y mi madre tenía que aceptar cualquier trabajo que le surgiera.

Estos son los pensamientos que comienzan a escaparse de la caja en la que los había metido. La otra posibilidad, que mi madre esté muerta, vuelvo a meterla dentro a la fuerza.

Un hombre que ha reparado en nosotros se nos acerca, así que repito mi mantra: recito los nombres de mi madre, Kamla; mis hermanos, Guddu y Kallu; mi hermana, Shekila, y yo, Saroo. Iba a decir algo cuando aparece otro hombre que toma la iniciativa.

—¿Sí? ¿Puedo ayudarlo en algo? —dice en buen inglés.

Es la primera persona con la que logro comunicarme con claridad desde que he llegado a la India, y mi historia se me escapa a borbotones y a toda velocidad: yo vivía aquí cuando era pequeño, un día me fui con mi hermano y me perdí, crecí en otro país y ni siquiera me acordaba de cómo se llamaba el sitio donde vivía, pero ahora he conseguido regresar a Ganesh Talai para encontrar a mi madre, mis hermanos y mi hermana. Kamla, Guddu, Kallu, Shekila.

Parece sorprendido por la historia, así que vuelvo a recitar los nombres de mi familia.

Al cabo de un momento, dice:

—Espere aquí, por favor, vuelvo enseguida.

Las posibilidades se me agolpan en la cabeza: ¿qué habrá ido a buscar? ¿A alguien que sepa lo que ha sido de ellos? ¿Una dirección, tal vez? ¿Ha llegado a entender quién soy? No tengo que esperar mucho antes de que vuelva y diga unas palabras que no olvidaré jamás:

—Venga conmigo. Lo voy a llevar con su madre.

# 1

## RECUERDOS

De pequeño, en Hobart, tenía un mapa de la India en la pared de mi habitación. Mi madre —mi madre adoptiva, mamá— lo había colgado allí para que me ayudara a sentirme como en casa cuando, en 1987, con seis años de edad, llegué de la India para vivir con ellos. Tuvo que explicarme lo que representaba: yo no había ido al colegio y supongo que ni sabía lo que era un mapa, y mucho menos la forma que tenía la India.

Mamá había decorado la casa con objetos indios: había estatuas hindúes, adornos y campanas de latón y una gran cantidad de figurillas de elefantes. Entonces yo no sabía que esos objetos no eran habituales en las casas australianas. También puso una tela india estampada en mi habitación, sobre la cómoda, y una marioneta de madera con un traje de colores brillantes. Todas esas cosas me resultaban en cierto modo familiares, aunque nunca hubiera visto nada exactamente igual. Quizá otros padres adoptivos habrían considerado que yo era lo bastante pequeño para empezar mi vida en Australia desde cero y que podían criarme sin hacer demasiadas referencias a mi lugar de origen; el color de mi piel, sin embargo, siempre habría delatado mi procedencia y, de todas formas, mis padres no decidieron adoptar un niño de la India por casualidad.

En mi niñez, los cientos de topónimos del mapa flotaban ante mis ojos. Mucho antes de ser capaz de leerlos, sabía que la enorme uve del subcontinente indio era un lugar rebotante de ciudades y pueblos, con desiertos y montañas, ríos y bosques (¡el Ganges, el Himalaya, tigres, dioses!), y me fascinaba. Me quedaba mirando el mapa, absorto, pensando que entre todos aquellos nombres estaría el lugar del que yo procedía, donde había nacido. Sabía que se llamaba «Ginestlay», pero no tenía ni idea de si era el nombre de una ciudad o de un pueblo o de una aldea, o incluso de una calle, ni de por dónde empezar a buscarlo en el mapa.

Tampoco sabía con certeza qué edad tenía. En los documentos oficiales constaba el 22 de mayo de 1981 como mi fecha de nacimiento, pero el año lo habían calculado las autoridades indias, y la fecha correspondía al día de mi llegada al orfanato desde el que me habían ofrecido para la adopción. Aquel niño analfabeto y confuso no había sabido dar muchos detalles acerca de quién era ni de dónde venía.

Al principio, mis padres no sabían cómo me había perdido. Lo único que sabían era que me habían recogido en las calles de Calcuta, y que, como no se pudo localizar a mi familia, me habían llevado al orfanato. Felizmente para todos nosotros, los Brierley me adoptaron. Así pues, al principio, mis padres señalaban Calcuta en el mapa y me decían que de allí venía yo; pero lo cierto es que la primera vez que oí el nombre de esa ciudad fue cuando ellos lo pronunciaron. Transcurrido cerca de un año, cuando mis progresos con el inglés me lo permitieron, ya fui capaz de explicar que yo no procedía de Calcuta: un tren me había llevado hasta allí desde una estación

cercana a «Ginestlay» que se llamaba algo así como «Bramapour», «Berampur»... No estaba seguro. Lo único que sabía es que estaba muy lejos de Calcuta y que nadie me había podido ayudar a volver hasta allí.

Cuando llegué a Australia, el futuro era mucho más importante que el pasado, desde luego. Estaba dando mis primeros pasos en una nueva vida, en un mundo muy distinto del que conocía, y mis nuevos padres se esforzaron mucho por vencer las dificultades que eso entrañaba. Mamá no puso especial empeño en que aprendiera inglés enseguida, ya sabía que eso se daría por sí solo con el uso diario. Creía que lo más importante en un primer momento era consolarme y cuidarme, y ganarse mi confianza, y para eso no hacen falta las palabras. Mamá conocía a una pareja india del barrio, Saleen y Jacob, y a menudo íbamos a su casa a comer comida india con ellos. Hablaban conmigo en mi idioma, el hindi; me hacían preguntas sencillas y me traducían lo que mis padres querían que yo supiera acerca de cómo íbamos a vivir. Como yo venía de una familia muy humilde, tampoco hablaba mucho hindi, pero ver que alguien me entendía fue de enorme ayuda para que me sintiera más cómodo en mi nuevo ambiente. Cuando mis padres no podían comunicarme algo con gestos y sonrisas, sabíamos que saldríamos del apuro con la ayuda de Saleen y Jacob.

Como todos los niños, aprendí mi nuevo idioma con bastante rapidez, pero al principio hablaba muy poco sobre mi pasado en la India. Mis padres no querían que lo hiciera hasta que estuviera preparado, y yo no daba grandes muestras de pensar mucho en mi vida anterior. Mamá recuerda una ocasión, cuando yo tenía siete años, en que de repente me entró una gran angustia y grité: «¡Yo *olpidar!*!». Después descubrió que estaba muy enfadado porque había olvidado el camino de la escuela que quedaba cerca de mi casa india y a la que iba a mirar a los alumnos. Dijimos entonces que seguramente no tenía demasiada importancia, pero para mí sí que la tenía. Mis recuerdos eran lo único que me quedaba de mi pasado, y pensaba en ellos continuamente para asegurarme de no *olpidar*.

De hecho, mi mente nunca se alejaba demasiado del pasado. Por las noches me asaltaban los recuerdos y me costaba calmarme y conciliar el sueño. Durante el día la cosa iba mejor, distraído como estaba con tantas actividades, pero mi mente no descansaba nunca. Por eso, y por mi determinación de no olvidar, siempre he recordado con claridad mis vivencias infantiles en la India, casi como un cuadro completo: mi familia, mi casa y los acontecimientos traumáticos que rodearon mi separación de ellas permanecen nítidos en mi recuerdo, a veces incluso con gran detalle. Algunos de esos recuerdos son buenos y otros malos, pero no podría haber conservado los unos sin los otros y no quería perderlos.

Mi transición a la vida en otro país y otra cultura no resultó tan difícil como cabría esperar, seguramente porque, en comparación con lo que había pasado en la India, mi vida en Australia era mejor a todas luces. Por supuesto que lo que más deseaba era volver a encontrar a mi madre, pero en cuanto comprendí que aquello era imposible supe que tendría que aprovechar las oportunidades que me llegasen para

sobrevivir. Mis padres fueron muy cariñosos desde el principio: me abrazaban todo el rato y me hacían sentir a salvo, seguro, querido y, sobre todo, deseado. Eso significa muchísimo para un niño que ha estado perdido y sabe lo que es que nadie se preocupe por él. Creamos lazos de inmediato, y enseguida empecé a confiar en ellos sin reservas. Aunque solo tenía seis años (siempre he aceptado que mi año de nacimiento es 1981), comprendí que se me había concedido una segunda oportunidad muy poco frecuente. No tardé en convertirme en Saroo Brierley.

En cuanto me sentí seguro en mi nuevo hogar de Hobart, empecé a pensar que quizá no hacía bien en aferrarme al pasado, que si quería empezar una nueva vida tendría que bloquear la anterior, así que me guardé mis reflexiones nocturnas. Y la verdad es que al principio tampoco era capaz de expresarlas en inglés. Además, tampoco sabía que mi historia fuera tan inusual. A mí me parecía terrible, pero creía que esas cosas le pasaban a todo el mundo. Andando el tiempo, cuando empecé a abrirme a los demás, comprendí por sus reacciones que era una historia extraordinaria.

A veces los pensamientos nocturnos se colaban en el día. Recuerdo la vez que mis padres me llevaron a ver la película hindi *Salaam Bombay*. Las imágenes del niño que intenta sobrevivir solo en una ciudad inmensa con la esperanza de reencontrar a su madre me trajeron recuerdos tan perturbadores y tan vivos que me eché a llorar en la oscuridad del cine sin que mis bienintencionados padres se dieran cuenta del motivo.

Incluso la música triste (sobre todo la clásica) podía desencadenar esos recuerdos. También me afectaba mucho el llanto de los bebés, pero lo que más me tocaba la fibra era ver otras familias con muchos niños. Supongo que me recordaban lo que había perdido y no podía olvidar, pese a haber tenido tanta suerte.

Con todo, poco a poco empecé a hablar sobre el pasado. Solo había transcurrido cosa de un mes desde mi llegada cuando le describí por encima a Saleen la composición de mi familia india (madre, hermana, dos hermanos) y le expliqué que me había separado de mi hermano y me había perdido. Me faltaban recursos para expresarme bien, pero Saleen dejó que le contara mi historia sin presionarme. Poco a poco, a medida que mejoraba mi inglés, les fui contando más cosas a mis padres, como que mi padre biológico había abandonado a mi familia cuando yo era muy pequeñito. Sin embargo, la mayor parte del tiempo me concentraba en el presente: ir al colegio, hacer amigos y descubrir la pasión por el deporte.

Al cabo de poco más de un año de mi llegada a Hobart, un fin de semana lluvioso, sorprendí a mi madre (y a mí mismo) al abrirme y hablarle de mi vida en la India. Es probable que ya empezara a sentirme a gusto en mi nueva vida y, además, sabía más palabras con las que expresar mis experiencias. Me descubrí contándole a mi madre mucho más de lo que le había dicho hasta entonces sobre mi familia india: le conté que éramos tan pobres que pasábamos hambre con frecuencia, que mi madre biológica me mandaba a las casas de los vecinos con una cazuela a pedir sobras. Mi

madre me abrazaba todo el rato porque era una conversación muy emotiva. Se le ocurrió que podíamos dibujar juntos un mapa del sitio donde vivía entonces y, siguiendo mis indicaciones, fue dibujando la casa de mi familia en nuestra calle, el camino que seguíamos hasta el río, donde jugaban todos los niños, y el paso subterráneo por el que se llegaba a la estación de tren. Recorrimos la ruta con los dedos y luego hicimos un plano detallado de la casa. Anotamos dónde dormía cada miembro de la familia e incluso en qué orden nos acostábamos por la noche. A medida que mi inglés iba mejorando repasábamos el mapa y lo perfeccionábamos. Así, al impulso del remolino de recuerdos que hizo brotar la primera versión de aquel mapa, no tardé en contarle a mi madre las circunstancias que me llevaron a perderme, mientras ella me miraba atónita y tomaba notas. Dibujó en el mapa una línea ondulada en dirección a Calcuta y escribió «un viaje muy largo».

Un par de meses más tarde fuimos de viaje a Melbourne para visitar a otros niños que habían estado en el mismo orfanato que yo. Inevitablemente, la animada charla en hindi con mis compañeros de adopción me devolvió las imágenes del pasado con total nitidez. Aquella fue la primera vez que le dije a mi madre que venía de un sitio llamado Ginestlay, y cuando me preguntó que dónde era eso, yo le respondí con mucha confianza, aunque muy poca lógica: «Tú llévame allí que yo te lo enseñaré. Me sé el camino».

Decir el nombre de mi ciudad en voz alta por primera vez desde mi llegada a Australia fue como abrir una válvula de escape. Poco después le conté una versión aún más completa de lo ocurrido a una profesora de mi colegio que me caía bien. Se pasó una hora y media tomando notas con la misma expresión atónita que mi madre. Por extraña que a mí me pareciese Australia, oyéndome hablar de la India mamá y mi profesora debían de creer que les hablaba de cosas ocurridas en otro planeta.

La historia que les conté trataba sobre las personas y los lugares en los que pensaba sin cesar desde mi llegada, y en los que seguiría pensando con frecuencia al ir haciéndome mayor. No es de extrañar que haya algunas lagunas aquí y allá: a veces no estoy seguro de algún detalle, como el orden de los sucesos o cuántos días pasaron entre ellos. También me cuesta distinguir entre lo que sentí entonces, siendo niño, y lo que he llegado a pensar y a sentir al respecto en el transcurso de estos veintiséis años. Sin embargo, gran parte de mis recuerdos de infancia permanecen nítidos en mi memoria pese a que mis continuas visitas mentales al pasado en busca de pistas podrían haber alterado alguna prueba.

En aquel momento, contar mi historia, al menos las partes que yo comprendía, fue una liberación. Ahora, después de los acontecimientos que comenzaron hace dos años y que cambiaron mi vida, me ilusiona la perspectiva de que compartir mis experiencias pueda servir para dar esperanza a otras personas.

## 2 PERDIDO

Mis primeros recuerdos son de los días que pasaba cuidando a mi hermanita pequeña, Shekila, con esa carita de bebé sucia que me sonreía cuando jugábamos a cucú-tras. También recuerdo las noches largas y calurosas de los meses más cálidos del año, cuando las dos familias que compartíamos casa nos reuníamos en el patio y algunos cantaban acompañados por un armonio. Aquellas noches yo experimentaba una gran sensación de bienestar y de comunidad. Las mujeres sacaban los colchones y la ropa de cama y, acurrucados todos juntos, contemplábamos las estrellas antes de que se nos cerrasen los ojos de sueño.

Aquello era en nuestra primera casa, la casa en la que nací y que compartíamos con otra familia hindú. Cada grupo tenía su lado de una gran habitación central de paredes de ladrillo y suelo de estiércol de vaca, paja y barro. Era una vivienda muy sencilla, pero no estaba en un *chawl*, esos edificios que parecen conejeras en los que acaban viviendo las familias más desafortunadas de megaciudades como Bombay y Delhi. Nos llevábamos muy bien, pese a las estrecheces. Mis recuerdos de aquella época son los más felices.

Mi madre era hindú y mi padre musulmán: un matrimonio fuera de lo común en aquella época y que no duró mucho. Como mi padre pasaba muy poco tiempo con nosotros (más tarde descubrí que tenía otra esposa), mi madre tenía que criarnos sola. Aunque no nos educaron en el islam, mi madre se trasladó a la zona musulmana de la ciudad, donde pasé casi toda mi infancia. Mi madre era muy guapa, esbelta, con el pelo largo y brillante... La recuerdo como la mujer más preciosa del mundo. Además de mi madre y mi hermanita, tenía dos hermanos mayores, Guddu y Kallu, a los que quería y admiraba.

En nuestra segunda casa estábamos solos, pero en un espacio más reducido. Nuestra vivienda era una de las tres que ocupaban la planta baja de un edificio de ladrillo rojo, y teníamos el mismo suelo de barro y estiércol de vaca. También era un único cuarto, con un pequeño hogar en una esquina y, en otra, un depósito de arcilla con agua para beber y lavarse de vez en cuando. Teníamos una única estantería donde se guardaba la ropa de cama. La estructura se caía a pedacitos: a veces, mis hermanos y yo sacábamos un ladrillo para jugar a espiar lo que pasaba fuera y luego volvíamos a ponerlo en su sitio.

Por lo general, en nuestra ciudad hacía calor y llovía poco, salvo durante las fuertes lluvias del monzón. Las fuentes del río que fluía al pie de las antiguas murallas de la ciudad se encontraban en una sierra que se veía a lo lejos, y durante el monzón el río se desbordaba e inundaba los campos. Los niños esperábamos a que volviera a su cauce tras las lluvias para poder pescar pececillos en aguas menos peligrosas. En mi ciudad, el monzón llenaba de agua el arroyo y también inutilizaba

el paso subterráneo del ferrocarril, nuestro lugar de juego preferido, pese al polvo y la gravilla que a veces nos caía encima cuando lo cruzaba un tren.

Nuestro barrio era uno de los más pobres de la ciudad. En la época en la que yo correteaba por sus calles de tierra llenas de baches, alojaba a muchos de los trabajadores del ferrocarril, y a los habitantes más acaudalados y de castas más altas del lugar les parecía que quedaba «del lado malo de las vías». Casi nada era nuevo y algunos de los edificios estaban medio derruidos. Los que no vivían en edificios comunales vivían en casitas minúsculas como la nuestra: uno o dos cuartos situados en callejones laberínticos y amueblados con lo más básico; una estantería aquí o allá, una cama baja de madera y, tal vez, un grifo sobre un desagüe.

Los niños compartíamos las calles con las vacas que deambulaban incluso por el centro de la ciudad, donde se echaban a sestear en medio de las carreteras más transitadas. Por las noches, los cerdos dormían en pjaras, apiñados en las esquinas, y durante el día vagaban en busca de alimento. Casi parecía que tuviesen un trabajo de nueve de la mañana a cinco de la tarde y ficharan antes de volver a casa a descansar. No se sabía de quién eran, simplemente andaban por allí. También había cabras, las criaban las familias musulmanas, y gallinas que picoteaban entre el polvo. Por desgracia, abundaban los perros, que me daban miedo: algunos eran buenos, pero muchos eran impredecibles o agresivos. Les cogí verdadero pánico cuando uno me persiguió, ladrando y gruñendo. Al escapar, tropecé y me golpeé en la cabeza con una baldosa rota que sobresalía del desgastado camino. Tuve suerte de no perder un ojo, pero me hice un tajo muy feo en la ceja, que un vecino me curó con un vendaje. Cuando por fin reemprendí el camino a casa me encontré con Baba, el santón local, que me dijo que no me asustara de los perros, que solo mordían si veían que les tenías miedo. Intenté seguir ese consejo, pero nunca llegué a estar tranquilo cuando veía un perro en la calle. Mi madre me había dicho que algunos padecían una enfermedad mortal y que podían pasártela con un simple mordisco. Siguen sin gustarme los perros y todavía conservo la cicatriz.

Cuando mi padre nos abandonó, mi madre tuvo que mantenernos. Poco después de nacer Shekila empezó a trabajar en la construcción, cargando pesadas rocas y piedras sobre la cabeza bajo el sol abrasador seis días a la semana, de la mañana al anochecer, así que no la veía mucho. Con frecuencia tenía que ir a trabajar a otras ciudades y pasaba varios días fuera. Algunas semanas la veíamos solo un par de veces, y ni aun así ganaba lo suficiente para mantenernos a los cinco. Cuando Guddu tenía unos diez años empezó a trabajar de lavaplatos en un restaurante para echar una mano... e incluso entonces solíamos pasar hambre. Vivíamos al día. En muchas ocasiones mendigábamos comida a los vecinos, o dinero y comida por las calles del mercado y cerca de la estación de tren, pero al final nos las íbamos arreglando para salir adelante, aunque de forma muy precaria. Todos salíamos de casa por la mañana a buscar lo que fuera, dinero o comida, y al final del día volvíamos, poníamos sobre la mesa lo que hubiéramos encontrado y lo compartíamos. Recuerdo que casi siempre

tenía hambre, pero lo extraño es que no me angustiaba demasiado. Aquello formaba parte de mi vida y lo aceptaba. Éramos niños muy flacos, con los vientres hinchados por los gases y la falta de alimento. Seguramente sufríamos malnutrición, pero esto les ocurría a la mayoría de los niños pobres de toda la India, no era nada extraordinario.

Como muchos niños del barrio, mis hermanos y yo nos las ingeniábamos de mil formas para encontrar comida. A veces hacíamos cosas tan sencillas como tirar piedras a un mango para ver si caía alguna fruta, pero en otras ocasiones nos arriesgábamos más. Un día, de regreso a casa, decidimos ir por un camino vecinal que cruzaba los campos y llegamos a un gallinero muy grande, como de cincuenta metros de largo. Había guardas armados, pero Guddu pensó que podríamos hacernos con algunos huevos sin peligro, así que tramamos un plan: nos esconderíamos hasta que los guardas hiciesen la pausa del té y entonces entraría yo primero en el gallinero, por ser más bajito y difícil de ver, y me seguirían Guddu y Kallu. Guddu nos dijo que nos recogiésemos la camiseta para hacer una especie de cesta, que cogiésemos todos los huevos que pudiéramos, lo más rápido posible, y que luego echásemos a correr y no paráramos hasta llegar a casa.

Nos escondimos a vigilar hasta que, a la hora de la pausa, los guardas se fueron a sentar con los trabajadores de la granja, a comer unas tortas llamadas *rotis* y a tomar *chai*. No había tiempo que perder. Yo entré el primero y me puse a coger huevos. Guddu y Kallu me siguieron e hicieron lo mismo que yo, pero las gallinas se asustaron con nuestra presencia y empezaron a cacarear muy fuerte, lo que alertó a los guardas. Salimos pitando al tiempo que los guardas echaban a correr hacia el gallinero; solo nos separaban de ellos unos veinte metros. Guddu gritó: «¡Vámonos!», y nos dispersamos a toda pastilla. Corríamos mucho más que los guardas, que por suerte decidieron no dispararnos. Después de unos minutos corriendo con todas mis fuerzas me di cuenta de que los había despistado e hice andando el resto del trayecto hasta casa.

Por desgracia, la carrera no les había sentado muy bien a los huevos y, de los nueve que había cogido, solo quedaban dos intactos: el resto me goteaba por la camiseta. Mis hermanos habían llegado a casa antes que yo y mi madre ya tenía la sartén al fuego. Entre los tres habíamos reunido diez huevos; suficientes para alimentarnos a todos. Me moría de hambre y, cuando vi que mi madre le servía la primera tanda a Shekila, no pude controlarme: cogí un huevo frito del plato de mi hermana y salí corriendo sin hacer caso de sus berridos de protesta.

En otra ocasión, el hambre me despertó muy temprano y en casa no había nada que comer. Me acordé de que había visto cerca de allí un huerto de tomates que ya estaban madurando y salí, decidido a afanar unos cuantos. El aire de la mañana era fresco y yo todavía iba envuelto en mi manta. Cuando llegué al huerto me colé por un agujero de la alambrada de espinos y enseguida me puse a recoger tomates. Mientras me comía uno allí mismo, saboreando aquella carne blanda y deliciosa, oí un silbato

muy fuerte y vi un grupo de cinco o seis niños mayores que echaban a correr hacia mí desde el otro lado del huerto. Volví corriendo a la alambrada y, como era pequeño, logré escurrirme por un hueco por el que sabía que no cabrían los otros niños, pero mi querida mantita roja se quedó enganchada en las púas y no tuve más remedio que dejarla ahí porque mis perseguidores ya me estaban dando alcance. Cuando llegué a casa, mi madre se alegró al ver los tomates que había traído, pero se puso furiosa al saber que había perdido la manta. Pese a todo, no me pegó como hacían muchos padres; ella nunca nos ponía la mano encima.

Otra de mis peripecias relacionadas con la comida casi me cuesta la vida. Acepté un trabajo que consistía en transportar diez sandías grandes por la calle principal de la ciudad para un hombre que tenía un puesto en el mercado. Eran unas sandías muy grandes y yo todavía era pequeño; así que, mientras intentaba abrirme paso a través del tráfico cargando con la primera, me despisté y antes de darme ni cuenta estaba tirado en el asfalto, sangrando por la cabeza y con la sandía a mi lado, hecha una masa de pulpa encarnada. Tuve suerte de que a mi cabeza no le pasara lo mismo, ya que me había atropellado una moto que iba a gran velocidad y había acabado bajo su rueda. También me lesioné la pierna. El conductor se apiadó de mí y me acercó a casa. Mi madre, horrorizada al verme entrar renqueando, me llevó enseguida a un médico que me vendó las heridas. No tengo ni idea de cómo pagó.

A medida que iban haciéndose mayores, mis hermanos pasaban cada vez más tiempo fuera de Ginestlay, buscando nuevas zonas de caza, y dormían fuera de casa, en las estaciones de tren y bajo los puentes. A veces, Baba, el santón, cuidaba de Shekila y de mí en la mezquita o me llevaba al río, a pescar con su larga caña de bambú. Otras veces nos cuidaban los vecinos o nos quedábamos con Guddu en el restaurante donde lavaba ollas y sartenes en una gran tina.

Por duro que parezca todo esto, creo que éramos bastante felices, aunque habríamos preferido que las cosas fueran de otra manera, claro está. Muchas veces, nada más levantarme, me acercaba hasta las puertas de la escuela cercana a la hora en que entraban los niños con sus uniformes y me quedaba mirando al interior, deseando ir al colegio como ellos, pero no nos lo podíamos permitir. Me daba un poco de vergüenza, porque estaba claro que no tenía estudios. No sabía leer ni escribir, ni conocía muchas palabras: hablaba mal y me costaba comunicarme.

La persona a la que me sentía más unido era mi hermanita, Shekila. A partir de cierta edad pasé a encargarme de su cuidado. Mis tareas eran lavarla, darle de comer y vigilarla. Shekila y yo dormíamos en la misma cama, y cuando me levantaba le llevaba lo que encontraba para desayunar. Jugábamos juntos al cucú-tras y al escondite. Shekila era muy menuda y muy bonita. Le encantaba estar conmigo y me seguía a todas partes, y yo la protegía, siempre alerta por si oía que alguien la había tratado mal. Para mí, Shekila era lo primero, en la medida en que un niño tan pequeño

es capaz de comprender una responsabilidad semejante. Aunque Guddu era mayor, Kallu hacía un papel parecido con él. Como Guddu había empezado a trabajar para contribuir a la economía familiar, Kallu cuidaba de él; el hermano menor se encargaba de que el mayor tuviese suficiente comida y un sitio seguro donde dormir si no venía a pasar la noche a casa. Como nuestro padre nos había abandonado y nuestra madre iba a trabajar fuera tan a menudo, nos cuidábamos los unos a los otros.

Casi siempre me quedaba dentro de los límites de la casa y del patio. Me pasaba días enteros sentado solo en el suelo de tierra, escuchando las conversaciones distraído y viendo la vida transcurrir a mi alrededor mientras Shekila dormía dentro. A veces, los vecinos que nos echaban un ojo me dejaban salir a buscar leña para la cocina y yo la traía y la apilaba en el interior de la casa. En alguna ocasión también me ganaba un paisa o dos (suficiente para una piruleta) ayudando al tendero del barrio a entregar listones de madera a domicilio: los apilaba en el cobertizo que había junto a la puerta de la tienda. No obstante, me pasaba casi todo el tiempo sentado solo en aquel patio. No teníamos tele ni radio, ni ningún libro, ni periódicos; aunque, por supuesto, tampoco habría podido leerlos. Mi vida era básica y sencilla.

Nuestra alimentación también lo era: *rotis*, arroz y *dal*, y, con suerte, algunas hortalizas. En la zona había árboles frutales, pero la fruta era un lujo y casi toda se vendía para obtener dinero en efectivo. Tampoco había muchos árboles cerca de los que pudiéramos coger algo de fruta y, al igual que los huertos de la ciudad, estaban todos bien protegidos. Aprendimos a vivir con el hambre, siempre presente.

Por las tardes, los niños volvían de clase y entonces me dejaban salir a jugar con ellos. A veces jugábamos al críquet en cualquier descampado disponible. También me encantaba perseguir mariposas o luciérnagas cuando empezaba a oscurecer. Otro de mis pasatiempos preferidos era hacer volar cometas. Aunque eran modelos muy simples, hechos de papel y de palos, incluso los más sencillos costaban un poco de dinero, así que si quería una cometa buscaba alguna que se hubiera quedado enganchada en un árbol y trepaba a él para sacarla, por peligroso que fuera. Hacíamos unos combates de cometas de lo más emocionantes: pegábamos arena a las cuerdas para hacerlas abrasivas e intentábamos cortar las de las demás cometas durante la batalla. Los niños también jugaban a las canicas, pero igualmente hacía falta dinero para comprarse la primera.

La verdad es que no tenía amigos íntimos, tal vez por el cambio de barrio o porque mostraba tendencia a no fiarme de quienes no conocía bien, así que andaba todo lo que podía con mis hermanos, a los que adoraba.

A medida que fui creciendo, me fueron dando más libertad para salir y me permitieron jugar con otros niños más lejos de casa. A veces dejaba a Shekila un rato en casa porque sabía que podía pasar el tiempo sola sin peligro durante mi ausencia. Estoy seguro de que en Occidente esto está prohibido, pero en nuestra ciudad no era raro que los padres tuvieran otras cosas que hacer, y yo mismo me había quedado solo en casa muchas veces, así que no me sentía culpable.

Como todos los niños, al principio no me alejaba mucho, porque así, si pasaba algo malo, podía echar a correr por una calle u otra, doblar la esquina y llegar a casa. Sin embargo, poco a poco empecé a aventurarme incluso hasta el centro de la ciudad o me iba con mis hermanos a la zona del río que quedaba por debajo de la presa, ya fuera de la ciudad. Aunque había un buen paseo hasta allí, nos gustaba ver a los pescadores pescando con sus redes.

En aquella época Guddu y Kallu tenían unos catorce y doce años, respectivamente, y pasaban tan poco tiempo en casa que no los veía más de dos o tres veces a la semana. Se buscaban la vida, exploraban las calles para encontrar su sustento y por las noches se cobijaban en las estaciones de tren, donde a veces les daban comida o dinero por barrer. Casi siempre se quedaban en otra ciudad que estaba a unas cuantas paradas de tren, como a una hora de trayecto. Me decían que Ginestlay no valía para nada y que por eso se iban a un sitio llamado «Berampur», o algo parecido (no recuerdo bien el nombre), donde era más fácil conseguir dinero y comida. Habían empezado a hacer amigos que también iban de acá para allá subiendo y bajando de los trenes en marcha.

Tendría cuatro o cinco años cuando mis hermanos empezaron a llevarme con ellos alguna que otra vez. Si el revisor nos pedía el billete, nos bajábamos y luego subíamos al siguiente tren. Pasábamos por un par de estaciones muy pequeñas (simples apeaderos en medio de la nada) antes de llegar a la estación de Berampur, que era más pequeña que la de Ginestlay y estaba a las afueras de la ciudad. Mis hermanos no me dejaban ir más allá de la estación, no me permitían aventurarme por las calles para que no me perdiese; así que me quedaba por los andenes mientras ellos iban a trabajar y luego volvíamos juntos a casa. Aunque apenas teníamos qué comer, nos movíamos con total libertad, y eso nos encantaba.

Una noche, cuando ya había cumplido cinco años, estaba en casa, cansado de jugar todo el día en la calle, pero contento, porque se había reunido casi toda la familia para cenar. Mi madre había vuelto del trabajo y, lo que era todavía más excepcional, Guddu había venido a vernos. El único que faltaba era Kallu.

Aquella noche, Guddu se quedó más o menos una hora y comimos los cuatro juntos. Guddu era al que yo más admiraba, porque era el mayor. Hacía bastantes días que no venía por casa y echaba de menos salir con Kallu y con él, como si fuéramos una pandilla. Empezaba a sentirme un niño mayor y ya no me conformaba con que me dejaran en casa mientras ellos salían a explorar el mundo.

Cuando nuestra madre se fue, tal vez para ver si podía conseguirnos algo más de comida, Guddu dijo que se marchaba, que volvía a Berampur. La idea de que me dejaran ahí, como un niño pequeño encerrado en casa, sin nada que hacer, me parecía insoportable. Me levanté de un salto y exclamé: «¡Voy contigo!». Anochecía: si me iba con él, lo más seguro era que esa noche no me hiciera volver a casa. Tendríamos

que seguir juntos. Se lo pensó un momento y luego aceptó. Me dio una gran alegría. Dejamos a Shekila sentada en el suelo y nos marchamos antes de que volviera mi madre. Seguramente no se preocuparía mucho, sabiendo que mi hermano cuidaría de mí.

Poco después, ya de noche, íbamos los dos montados en una bicicleta que mi hermano había alquilado, avanzando por las calles silenciosas que conducían a la estación, y yo no podía parar de reír. ¿Podía haber algo mejor? Ya había viajado con mis hermanos otras veces, pero lo de esa noche era distinto. Había salido con Guddu, sin tener pensado cuándo volveríamos a casa ni dónde dormiríamos, como cuando él salía con Kallu. Aunque no sabía cuánto tiempo me dejaría quedarme con él, íbamos juntos recorriendo las calles a toda velocidad, y eso era lo único que me importaba por el momento.

Todavía conservo un recuerdo muy vivo de la escena. Yo iba sentado en la barra, justo detrás del manillar, con un pie a cada lado del eje de la rueda delantera. No parábamos de pegar botes en aquella carretera llena de baches, pero ni me enteré. Por el aire volaban un montón de luciérnagas y pasamos por delante de unos chicos que las perseguían. Uno de ellos gritó: «¡Eh, Guddu!», pero no nos detuvimos. Estaba orgulloso de que conocieran a mi hermano. Un día, en el tren, oí que alguien lo mencionaba; creía que era famoso. Teníamos que estar muy atentos a la gente que andaba por la calle en la oscuridad, sobre todo al pasar por el paso subterráneo del ferrocarril. Al rato, Guddu dijo que seguiríamos a pie; quizá estaba cansado de pedalear cargando con mi peso. Así que me bajé de un salto y él fue empujando la bicicleta por la calle principal hasta la estación, por delante del ajeteo de los vendedores de *chai*. Escondió la bicicleta detrás de unos arbustos frondosos que había cerca de la entrada de la estación y cruzamos el paso elevado para esperar el siguiente tren.

Cuando el tren se detuvo con estrépito y nos colamos en un vagón, empecé a notar el sueño. Nos pusimos todo lo cómodos que pudimos en los duros asientos de madera, pero la emoción de la aventura empezaba a desvanecerse. Cuando el tren salió de la estación apoyé la cabeza en el hombro de Guddu. Se hacía tarde e íbamos a pasar como una hora en aquel tren. No sé si Guddu se arrepentía de haberme llevado con él, pero yo me sentía un poco culpable, porque normalmente mi madre necesitaba que cuidase de Shekila mientras ella trabajaba, y yo no sabía cuándo volvería.

Ya en Berampur, estaba tan agotado que me desplomé en un banco de madera del andén y dije que no podía seguir si no descansaba un poco. Guddu dijo que de acuerdo: él tenía que hacer unas cosas. «Siéntate y no te muevas. Volveré dentro de un rato y buscaremos un lugar para pasar la noche.» Seguramente pensaba recorrer los andenes en busca de comida o algunas monedas. Me tumbé, cerré los ojos y supongo que me quedé dormido enseguida.

Al despertar, reinaba el silencio en la estación desierta. Miré a mi alrededor con

ojos soñolientos, pero no se veía a Guddu por ninguna parte. En el andén donde nos habíamos bajado había un tren con la puerta abierta, pero no sabía si era el mismo tren en el que habíamos llegado ni cuánto tiempo había dormido.

Me he preguntado muchas veces qué me pasaría por la cabeza exactamente en aquel momento. Aún medio dormido, solo en plena noche, me puse nervioso. Estaba hecho un lío. Guddu me había dicho que no se alejaría, pero no había rastro de él. ¿Habría vuelto al tren? Fui hasta el vagón arrastrando los pies y subí los peldaños para echar un vistazo. Recuerdo que vi algunas personas durmiendo y que volví a bajar para que no se despertasen y avisaran al revisor. Guddu me había dicho que no me moviera, pero debía de estar en otro vagón, trabajando, buscando debajo de los asientos. ¿Y si volvía a quedarme dormido en el oscuro andén y el tren se iba y me quedaba solo?

Busqué en otro vagón y no vi a nadie, pero los bancos de madera eran más cómodos y allí me sentía más seguro que en la estación desierta. Pronto aparecería Guddu y me sonreiría, mostrando tal vez una chuchería que hubiese encontrado. Allí podía tumbarme a mis anchas. Al cabo de un momento, volvía a dormir tranquilamente.

Esta vez debí de coger el sueño profundo. Cuando desperté, ya era de día y el sol me daba en los ojos. El tren, descubrí sobresaltado, avanzaba traqueteando a un ritmo constante sobre las vías.

Pegué un brinco. El vagón seguía desierto y el paisaje desfilaba veloz al otro lado de las rejillas de las ventanas. No veía a mi hermano por ningún lado. Nadie había molestado a aquel niño pequeño dormido en un tren que avanzaba a toda velocidad.

Los vagones de tercera no estaban conectados entre sí por puertas interiores. Los pasajeros subían y bajaban por las puertas laterales que había en los dos extremos. Fui corriendo hasta uno de ellos e intenté abrir las de ambos lados. Estaban cerradas, o no fui capaz de abrirlas. Fui corriendo al otro extremo del vagón, pero las puertas tampoco se abrían.

Todavía siento ese escalofrío de pánico de verme atrapado; una sensación de debilidad, hiperactividad e incredulidad, todo en uno. No recuerdo exactamente qué hice en ese momento: si grité, golpeé las ventanas, lloré o me puse a maldecir. Estaba frenético, tenía el corazón desbocado. No sabía leer los letreros del vagón, que tal vez me habrían dicho adónde me dirigía o incluso cómo salir de allí. Corrí de un lado a otro y miré debajo de todos los bancos, por si había alguien más durmiendo en algún lugar. Estaba solo. Pero no paraba de correr ni de gritar el nombre de mi hermano, suplicándole que volviera a buscarme. Llamé a mi madre, y también a mi hermano Kallu, pero todo fue en vano. Nadie contestó y el tren no se detuvo.

Me había perdido.

Poco a poco fui rindiéndome ante la enormidad a la que me enfrentaba, encogiéndome en un ovillo. Pasó mucho tiempo; a ratos lloraba y a ratos quedaba aturdido y en silencio.

Después de muchas horas corriendo de un lado a otro dentro de aquel vagón vacío, me aupé a un banco para mirar por la ventana y tratar de distinguir algún punto de referencia en el paisaje. El mundo exterior me parecía familiar, pero no ofrecía ningún elemento distintivo. No sabía adónde me dirigía, solo sabía que nunca había ido tan lejos. Ya estaba muy lejos de casa.

Caí en una especie de hibernación: supongo que mi organismo debió de desconectarse, agotado de intentar hacer frente a lo que estaba ocurriendo. Lloré y dormí, y de vez en cuando miraba al exterior. No había nada para comer, pero podía beber el agua del grifo de los inmundos lavabos de la parte trasera, con sus agujeros abiertos sobre las vías.

En una ocasión, al despertar me di cuenta de que nos habíamos detenido: estábamos en una estación. Se me levantó el ánimo, convencido de que podría llamar la atención de alguien que estuviera en el andén, pero no se veía ni un alma en la penumbra. Seguía sin poder abrir las puertas de salida. Las golpeé con los puños y grité y grité cuando el tren se puso de nuevo en marcha con una sacudida.

Acabó venciéndome el agotamiento. Uno no puede aguantar indefinidamente en el pánico y el terror, y ambos habían cerrado su ciclo. Desde entonces, creo que si lloramos es por eso, porque el cuerpo se encarga de lo que la mente y el corazón ya no pueden absorber por sí mismos. Todas aquellas lágrimas habían cumplido su función: había dejado que mi cuerpo se ocupara de mis emociones y, sorprendentemente, empezaba a sentirme un poco mejor. Aquella experiencia me había extenuado, y caí en un sueño intermitente. Cuando hoy vuelvo a ese momento y revivo el horror de estar atrapado solo, sin saber dónde me encontraba ni adónde me dirigía, parece una pesadilla. Lo recuerdo como una serie de instantáneas: despierto, mirando por la ventana aterrorizado, hecho un ovillo y dormitando. Creo que el tren se detuvo en varias estaciones, pero las puertas no se abrieron nunca, ni me vio nadie.

Pero, con el paso del tiempo, tal vez empezó a imponerse la resistencia que había desarrollado explorando mi ciudad. Me puse a pensar: si no puedo salir por mí mismo, tendré que esperar a que alguien me deje salir y después averiguar cómo regresar a casa. Haría lo mismo que habrían hecho mis hermanos. Si ellos se pasaban varios días seguidos fuera de casa, yo también podría hacerlo. Me habían enseñado a buscar lugares para dormir, y antes ya me las había apañado solo, buscando cosas y mendigando. Y si este tren me alejaba de casa, tal vez también me llevaría de vuelta. Me puse a mirar el exterior, intentando no pensar en nada más que en el mundo que pasaba frente a mis ojos. Ya se vería dónde me llevaba aquella aventura.

Paulatinamente, el paisaje fue adquiriendo un verdor para mí aún desconocido y aparecieron prados exuberantes y árboles altos que, en vez de ramas, tenían una gran maraña de palmas en la copa. Cuando el sol salió de detrás de las nubes fue como una explosión de luz verde y brillante. Vi monos corriendo por el tupido matorral a los

lados de las vías e increíbles pájaros de un colorido radiante. Había agua por todas partes, en ríos, lagos, estanques y sembrados. Era un mundo nuevo para mí. Incluso la gente parecía algo distinta.

Al cabo de un rato, el tren empezó a cruzar pueblos pequeños, y vi a niños jugando junto a las vías mientras sus madres cocinaban o hacían la colada en el porche trasero. Nadie parecía reparar en aquel niño solitario que miraba desde la ventana del tren. Las poblaciones, cada vez más grandes, iban sucediéndose también con más frecuencia, y luego se acabaron los campos, se acabó el paisaje abierto; solo se veían casas y más casas, calles y más calles, carreteras y coches y *rickshaws*. También había edificios grandes, muchos más que en el lugar de donde yo venía, y autobuses y camiones, y vías por las que circulaban otros trenes, y por todas partes gente y más gente, más de la que había visto nunca, más de la que jamás hubiese imaginado que pudiera vivir en un lugar.

Al fin, el tren fue reduciendo la marcha, y pensé que estaríamos aproximándonos a otra estación. ¿Habría terminado por fin aquel viaje? El tren empezó a ir cada vez más lento, hasta casi dejar de moverse, y luego, con una sacudida repentina, se detuvo por completo. Mirando desde detrás de las ventanas enrejadas con ojos abiertos como platos, vi una multitud en el andén, gente que andaba a grandes zancadas y a toda prisa sosteniendo las maletas en vilo. Había centenares de personas, tal vez millares, y de repente alguien abrió una de las puertas de mi vagón. Sin pensarlo ni un segundo, me lancé por el pasillo a todo correr y salté al andén. Libre al fin.

No supe cuál era el nombre de aquella ciudad hasta que mis padres en Hobart lo señalaron en el mapa de mi habitación. Aunque me lo hubieran dicho entonces, no habría significado nada para mí: nunca había oído hablar de aquel lugar. Pero me encontraba en Calcuta, la megaciudad famosa por su superpoblación, su contaminación y su abrumadora pobreza; una ciudad que no paraba de crecer y se contaba entre las más aterradoras y peligrosas del mundo.

Descalzo, vestido con unos pantalones cortos negros y mugrientos y una camisa blanca de manga corta a la que le faltaban varios botones, iba, literalmente, con lo puesto. No llevaba dinero, comida ni ningún documento que me identificara. Tenía algo de hambre, pero como estaba acostumbrado, de momento no era un gran problema. Más que comida, lo que necesitaba era ayuda.

La alegría de haber escapado de la cárcel de aquel vagón se mezclaba con el pavor que me inspiraba la apremiante multitud de aquella inmensa estación. Miré a mi alrededor con la esperanza de ver a Guddu abriéndose paso entre el gentío para venir a rescatarme, como si él también hubiera ido encerrado en aquel tren. Pero no vi ninguna cara conocida. Estaba paralizado, sin saber adónde ir ni qué hacer, salvo apartarme instintivamente del camino de la gente que me iba saliendo al paso. Grité: «¿Ginestlay? ¿Berampur?», esperando que alguien me dijera cómo llegar hasta allí. Pero ni una sola persona de aquella masa apresurada me prestó la menor atención.

En algún momento, el tren en el que había llegado debió de partir otra vez, pero no recuerdo haber reparado en ello. Aunque me hubiese dado cuenta, no creo que hubiera tenido muchas ganas de volver a subir después de aquel encierro tan largo. Estaba paralizado por el miedo. Temía empeorar las cosas si me movía de allí. Me quedé en el andén, gritando de vez en cuando: «¿Berampur?».

A mi alrededor todo era confusión, con gente gritando y llamándose unos a otros o conversando en corrillos; yo no entendía ni una palabra. La mayoría andaba ocupada en sus asuntos, abriéndose paso en medio de la multitud para entrar y salir de los trenes, pugnando por llegar lo más rápido posible adonde tuvieran que ir.

Solo unas cuantas personas se pararon a escucharme, pero lo único que conseguí decirles fue algo parecido a «¿Tren, Ginestlay?». Un hombre contestó: «Pero ¿dónde está Ginestlay?». No entendí a qué se refería: Ginestlay era simplemente... mi casa. ¿Cómo podía explicarle dónde estaba? Frunció el ceño y siguió su camino. Había muchos niños mendigando o merodeando por la estación en busca de lo que pudieran encontrar, como hacían mis hermanos en nuestra ciudad. Yo no era más que otro niño pobre que gritaba algo, demasiado pequeño para que nadie se detuviera a escucharme.

Me alejaba de los policías por mera costumbre. Tenía miedo de que me encerraran, como a Guddu. Lo detuvieron por vender kits de cepillo y pasta de dientes en una estación de tren, y pasó tres días en la cárcel antes de que nos dijeran dónde estaba. Revisores, policía, personas de uniforme... después de aquello los evitábamos a todos. No se me ocurrió que esta vez pudieran ayudarme.

Todo el mundo se había marchado, pero yo seguía en el andén, sin haber conseguido llamar la atención de nadie. Caí en un sueño intermitente. No era capaz de irme de allí ni de pensar qué hacer a continuación. En algún momento del día siguiente, cansado y abatido, renuncié a seguir buscando ayuda. Las personas de la estación no eran personas: eran una gran masa compacta a la que yo no podía afectar de ninguna manera, como un río o el cielo.

Lo que sí que sabía es que si un tren me había llevado hasta allí, otro tren me serviría para volver. En mi ciudad, los trenes de la vía de enfrente circulaban en el sentido contrario. Pero me había dado cuenta de que aquella estación era final de línea. Los trenes se detenían, y luego, con un resoplido, se volvían a ir por la misma vía por la que habían llegado. Si nadie podía decirme adónde iban los trenes, lo descubriría yo solo.

De modo que subí al siguiente tren que llegó al andén. ¿Sería así de sencillo? Cuando el tren partió con estruendo, pude apreciar mejor la estación, aquel enorme edificio rojo lleno de arcos y torres. No había visto ningún edificio tan grande y estaba asombrado por su tamaño, pero esperaba dejar atrás para siempre aquel lugar con sus multitudes. No obstante, más o menos al cabo de una hora, el tren llegó a su final de línea, en las afueras de la ciudad. Entonces cambió de vía y volvió a la inmensa estación.

Me subí a otro tren y volvió a ocurrir lo mismo. ¿Y si el tren que necesitaba salía de otro andén? Allí había muchos más andenes que en la estación de mi ciudad, y parecía que en cada uno se detenían varias clases de trenes: algunos tenían muchos compartimentos y mozos de estación que ayudaban a subir a los viajeros, mientras que en otros todos los vagones iban llenos de gente sentada en bancos, como el que me había llevado hasta allí. La cantidad de trenes era abrumadora, pero alguno tendría que volver al lugar del que yo venía: solo tenía que seguir intentándolo.

Y eso es lo que hice. Cada día, día tras día, cogía un tren distinto que salía de la ciudad.

Para no volver a quedarme encerrado en un vagón, solo viajaba de día. Al principio de cada viaje contemplaba el paisaje que desfilaba ante mis ojos con esperanza, pensando: «Sí, sí, parece que este me llevará de vuelta a casa, ya he visto antes ese edificio o esos árboles...». A veces el tren llegaba al final del trayecto y luego volvía atrás. Otras veces, simplemente se detenía en la estación de final de línea, y yo me quedaba atrapado en ese lugar desconocido y vacío hasta el día siguiente, cuando el tren emprendía el viaje de regreso. Las únicas veces que salí del tren antes de que llegase al final del trayecto fue al anochecer. Entonces me escondía debajo de los asientos de la estación para que nadie me viera y me acurrucaba para protegerme del frío. Por suerte, nunca hacía mucho frío.

Sobreviví comiendo sobras que encontraba en el suelo, como cacahuetes o mazorcas en las que quedaba algún bocado, y por suerte había muchos grifos para beber. No era una vida muy distinta a la que ya conocía, y pese al miedo y la tristeza me las apañaba para salir adelante; supongo que mi organismo estaba acostumbrado. Estaba aprendiendo a vivir por mi cuenta.

Así, fui viajando de un lado para otro, probando suerte en distintos andenes, explorando diversas rutas —a veces veía algo que reconocía y me daba cuenta de que sin querer me había subido a un tren que ya había cogido antes—, sin llegar, al final, a ninguna parte.

En ninguno de estos viajes me pidieron el billete. Por supuesto, evitaba los trenes en los que veía revisores, como hacíamos en nuestra ciudad, pero ya en el tren nadie me preguntó nunca nada. Si un funcionario me hubiera detenido, posiblemente habría intentado pedirle ayuda, echándole valor, pero no se dio el caso. En una ocasión, me pareció que un maletero intuía que me había perdido, pero como no conseguí hacerme entender inmediatamente, dejó claro que no quería que siguiera molestándolo. No tenía acceso al mundo de los adultos, así que seguí intentando resolver mi problema por mis propios medios.

Sin embargo, al cabo de un tiempo —tal vez un par de semanas— empecé a desanimarme: quizá desde esa estación no salía ningún tren que fuera hasta mi casa. O quizá había alguna complicación que yo era incapaz de resolver. Lo único que sabía de la ciudad que había más allá de la estación era lo que veía desde las ventanas de los trenes cuando llegaba o cuando me marchaba. Quizá ahí fuera hubiese alguien

que pudiera ayudarme, explicarme cómo volver a casa o, por lo menos, darme algo de comida.

Pero la enorme estación roja cada vez me resultaba más familiar. Sentía que era la única conexión real con el lugar de donde venía, mientras que las multitudes que entraban y salían me asustaban. Cada vez que iba a un sitio nuevo y extraño, me alegraba al volver a la gran estación; allí ya me orientaba y sabía dónde dormir o conseguir comida. Desde luego, lo que más deseaba seguía siendo encontrar a mi madre, pero me iba adaptando a la vida en la estación.

Había visto un grupo de niños que parecían estar siempre al final de un andén. Allí se acurrucaban por la noche, envueltos en viejas mantas. Parecían encontrarse en la misma situación que yo, sin ningún lugar adonde ir, pero no intentaban esconderse debajo de los asientos ni en los trenes. Los había observado, y seguramente ellos me habían visto, pero no demostraban ningún interés en mi presencia. Hasta entonces no me había atrevido a acercarme a ellos, pero a medida que fracasaban mis intentos por volver a casa mis recelos fueron desapareciendo. Los adultos no me habían ayudado en nada; ¿quizá con los otros niños tendría más suerte? A lo mejor me dejaban quedarme cerca de ellos, y quizá estaría más seguro con otros niños alrededor.

Cuando me tumbé en un duro asiento de madera cerca de ellos, apoyando la cabeza sobre las manos, no me dieron la bienvenida, pero tampoco me ahuyentaron. En aquel lugar los niños abandonados no llamaban la atención, y una nueva incorporación a sus filas no sorprendía a nadie. Exhausto de los viajes en tren de aquel día, pero un poco aliviado por haber decidido que no volvería a intentarlo al día siguiente, me sentía más seguro con los otros cerca de mí y no tardé en dormirme.

Pero al poco rato me despertó lo que al principio me pareció una pesadilla. Oí unas voces jóvenes que gritaban «¡Váyase, déjeme!». A continuación se oyeron más gritos; eran voces jóvenes y adultas, y en la media luz de la estación creí distinguir a un hombre que gritaba algo como «¡Tú te vienes conmigo!». Luego se oyó el grito inequívoco de un niño: «¡CORRED!», y me levanté de un salto, convencido de que aquello no era un sueño.

En medio de la confusión, vi manos adultas que se llevaban a algunos niños en volandas o a rastras, y que una niña pequeña forcejeaba con un hombre en el borde del andén. Corrí por un andén oscuro como si me fuera la vida en ello, y al llegar al extremo salté a las vías y me perdí en la oscuridad.

Corriendo casi a ciegas al lado de un gran muro, volvía una y otra vez la cabeza para ver si me perseguían, pero no aminoré el paso ni cuando creía que ya no venía nadie detrás de mí. No sabía lo que había ocurrido en la estación, por qué aquellos hombres querían llevarse a los niños. Lo único que sabía era que a mí no me iban a coger.

Pero el peligro también me esperaba delante. Cuando la vía giró a la derecha, me encontré cara a cara con las luces cegadoras de un tren que venía hacia mí. Salté a un lado y el tren pasó a toda velocidad con un estruendo ensordecedor, casi rozándome.

Mientras pasaba el tren, tuve que pegarme a la pared durante lo que me pareció una eternidad, ladeando la cara para evitar cualquier objeto que sobresaliera de los vagones.

Cuando el tren terminó de pasar, tuve tiempo de recuperarme. Aunque los peligros de esa nueva ciudad me aterrorizaban, si había salido adelante hasta ese momento no iba a rendirme ahora. Supongo que la ventaja de tener cinco años era que no pensaba demasiado en la suerte que habían corrido los otros niños ni en qué podía significar; lo único que yo quería era evitar que me sucediera lo mismo. ¿Qué otra opción tenía más que continuar andando?

Seguí las vías, pero ahora con más cautela, y las abandoné al llegar a una carretera. Así salía también (por vez primera a pie) de la estación. Había mucho movimiento, lo que me daba más seguridad que mantenerme fuera de la vista de la gente, y por aquella carretera pronto llegué a la orilla de un río enorme sobre el que se extendía un puente gigantesco, oscuro sobre el cielo gris. Recuerdo perfectamente la impresión que me causó. Había visto unos cuantos puentes desde las ventanas de los trenes, más grandes que el único que conocía de mi ciudad, el que cruzaba el riachuelo donde jugaba con mis hermanos. Por los huecos que dejaban los tenderetes apiñados en la parte superior de la orilla veía la vasta extensión de agua, llena de barcas. Encima, imponente, se levantaba el puente, una estructura inmensa, rebosante de gente en la pasarela peatonal, y con una lenta pero ruidosa multitud de bicicletas, motos, coches y camiones en la calzada. Era un espectáculo pasmoso para un crío que venía de un barrio de las afueras de una pequeña ciudad. ¿Cuánta gente había allí? ¿Era el lugar más grande del mundo? Ante la inmensa ciudad que se extendía más allá de la estación me sentía más perdido que nunca.

Me quedé un rato allí; la magnitud de aquella escena me había dejado anonadado, pero aunque pudiera parecer invisible, me preocupaba llamar la atención de los hombres de los que acababa de escapar, que me estarían persiguiendo, o de otros semejantes. Esos pensamientos me dieron valor para llegar hasta la orilla del río, pasando a través de los tenderetes y de algunos edificios más grandes. La hierba de las pendientes a la sombra de árboles grandes y frondosos daba paso enseguida a la orilla embarrada, y toda la zona estaba llena de actividad: había gente bañándose no muy lejos de donde otros limpiaban ollas y tazones, algunos se ocupaban de pequeñas hogueras, y los maleteros transportaban toda clase de objetos a las orillas desde las barcas largas y bajas.

En casa siempre había sido un niño muy curioso. Desde que tuve edad suficiente para que me dejaran salir solo, no soportaba quedarme mucho tiempo en un mismo sitio. Siempre tenía ganas de ver lo que había a la vuelta de la esquina, de ahí mi impaciencia por llevar la vida de mis hermanos, esa vida independiente, siempre de acá para allá, y por eso no tuve que pensármelo dos veces para irme de casa con Guddu aquella noche. Pero la experiencia de verme perdido en la gran estación, en la inmensa e inquietante ciudad, había calmado esas ansias: me moría por volver a las

calles conocidas de mi ciudad. Ahora veía los peligros de alejarse demasiado de la pequeña parte de la tierra que ya conocía. No sabía si volver a la estación, quedarme en aquellas calles caóticas o explorar el territorio abierto pero desconocido de la orilla del río. La ciudad crecía imparable en todas direcciones hasta donde alcanzaba la vista. Exhausto por los peligros de aquel día y por la falta de sueño y comida, intenté mantenerme lejos de la gente, pero no sabía qué hacer. Probé a merodear por los puestos de comida con la esperanza de que alguien me diera algo de comer, pero me echaron de allí.

Al final eché a andar por la orilla y me encontré con un grupo de personas dormidas. Eran santones. Ya había visto antes a hombres como aquellos. No eran como Baba, el de la mezquita de mi barrio. Baba vestía una larga camisa blanca y pantalones, como muchos hombres del vecindario. Estos hombres, en cambio, iban descalzos y llevaban prendas y abalorios de color azafrán, y algunos daban bastante miedo, con aquellas greñas largas, sucias y enredadas, y la pintura roja y blanca en la cara. Como yo, iban mugrientos de vivir en la calle. Había intentado mantenerme lejos de los adultos, pero seguramente la gente mala no iría a buscarme allí, entre los santones. Me tumbé en el suelo cerca de ellos, hecho un ovillo, y recosté la cabeza sobre las manos.

Sin darme cuenta, llegó la mañana y estaba solo. Los santones se habían marchado, pero el sol lucía en lo alto y se veía a gente andando por ahí. Había sobrevivido a mi primera noche en las calles de Calcuta.

### 3

## SUPERVIVENCIA

Hambriento, como siempre, descubrí que las orillas del río al menos me ofrecían más posibilidades de encontrar comida que el interior de la gran estación de tren a la que había sido transportado días atrás.

Como los dueños de los puestos de comida no parecían apiadarse de los niños mendigos, fui andando por la ribera, donde esperaba que hubiese gente cocinando. A la luz del día se confirmó mi impresión de que aquel río era el más grande que había visto en mi vida, pero también era el más sucio y apestoso, lleno de animales muertos, excrementos humanos y basura. Al abrirme paso por la orilla me topé, horrorizado, con dos cadáveres tirados entre montones de basura; uno estaba degollado y al otro le habían rebanado las orejas. Ya había visto algún muerto, cuando en el barrio fallecía alguien y sus allegados se encargaban de despedirlo con respeto, pero nunca me había encontrado un cadáver tirado por ahí. Se diría que allí nadie concedía más importancia a los restos humanos que a los animales muertos, ni siquiera a los que parecían víctimas de la violencia. Aquellos cadáveres estaban a plena vista, bajo el sol abrasador, cubiertos de moscas y mordisqueados por las ratas, o al menos eso parecía.

Aquella visión me revolvió el estómago, pero lo que más me afectó fue la confirmación de lo que ya sospechaba: que en aquella ciudad cada día era una cuestión de vida o muerte. El peligro estaba en todos y en todo: había atracadores y gente que se llevaba a los niños por la fuerza, incluso asesinos. Aquello despertó en mí toda clase de temores: ¿acaso el mundo en el que vivían mis hermanos cuando se iban de casa era como aquel y por eso nunca me dejaban salir de la estación cuando viajaba con ellos? ¿Qué le había pasado a Guddu en la estación aquel día? ¿Dónde había ido y por qué no estaba de vuelta cuando me desperté? ¿Se encontraba en un lugar como aquel, buscándome? ¿Y qué pensaría mi familia que me había ocurrido? ¿Me estarían buscando o creerían que estaba muerto o perdido para siempre?

Lo que más deseaba en el mundo era volver a casa, bajo la protección y el cuidado de mi madre, de Guddu, de nuestra familia. Pero también sabía que si quería conservar alguna esperanza tenía que sacar fuerzas de flaqueza; de lo contrario, iba a desaparecer o incluso a morir allí mismo, en la orilla de aquel río ancho y turbio. Comprendí que solo contaba conmigo mismo y me serené.

Me volví en dirección al puente y llegué hasta unos peldaños de piedra que descendían hasta el agua y en los que la gente se bañaba y hacía la colada. Junto a aquellos escalones había un gran desagüe de piedra que arrojaba a la corriente agua y residuos de las calles. Había niños jugando, chapoteando y divirtiéndose en el agua, así que me acerqué para unirme a ellos. Ahora me parece increíble, como se lo parece a tantas personas que visitan la India, que alguien pueda lavar la ropa o bañarse en un

río que también sirve de alcantarilla y sepultura, pero por aquel entonces lo encontraba de lo más normal. Era un río y los ríos servían para todas esas cosas. También eran escenario de actos de bondad extraordinaria, como pronto descubriría.

Los otros niños parecieron aceptarme y estuvimos jugando en el agua, aliviándonos del calor del día. Aunque algunos no tenían ningún miedo y saltaban desde los escalones al río, yo solo me atrevía a bajar por ellos hasta que el agua me llegaba a las rodillas porque todavía no sabía nadar, a pesar de los intentos de mis hermanos de enseñarme en la presa de las afueras de nuestra ciudad. Allí, salvo en la época del monzón, el río no era más que una suave corriente en la que chapotear, pero a mí me encantaba estar en el agua. Y nunca lo había disfrutado tanto como aquel día: era maravilloso volver a sentirme un simple niño que juega con otros críos.

A media tarde, cuando los demás niños se marcharon a sus casas, yo me quedé en los escalones, como si no quisiera que aquel día terminase. Pero el río estaba lleno de sorpresas. Sin que yo me diera cuenta, el nivel del agua había ido subiendo a lo largo del día y, al saltar a lo que no mucho antes era una zona segura, caí en aguas mucho más profundas que me cubrían entero. Además, había una fuerte corriente que me alejaba de los escalones. Chapoteando y manoteando desesperado, me impulsé en el fondo y luché por salir a la superficie a coger aire, pero el agua volvió a arrastrarme hacia el centro del río y al fondo, demasiado profundo para poder impulsarme en él. Me estaba ahogando.

Entonces oí un chapoteo cerca y noté que algo tiraba de mí y me arrastraba a la superficie, hasta los escalones, donde me quedé sentado farfullando y escupiendo agua turbia. Me había salvado un anciano indigente que había saltado del desagüe de piedra justo a tiempo para sacarme del agua. Luego volvió a subir los peldaños y se alejó en silencio hacia la ribera, donde supongo que viviría.

Quizá la bondad de aquel desconocido hizo que bajase la guardia, o tal vez aquello fuera lo normal en un niño de cinco años; el caso es que al día siguiente, cuando volví al río a nadar, fui tan estúpido que permití que la subida de la marea y la fuerte corriente me sorprendieran y me pusieran en apuros otra vez. Lo más increíble es que aquel hombre volvió a rescatarme. A lo mejor me había visto volver al río y había estado pendiente de mí. En esa ocasión, otras personas se dieron cuenta de lo que estaba pasando al ver al hombre arrastrarme hasta los escalones, donde vomité más agua. Se formó un corrillo a nuestro alrededor y logré comprender que decían que los dioses me habían salvado, que todavía no me había llegado la hora.

No sé si fue por el agobio de la muchedumbre que se arremolinaba para mirarme o porque me sentía humillado y molesto conmigo mismo por haber estado a punto de ahogarme dos veces seguidas, pero me levanté de un salto y eché a correr lo más rápido que pude. Me alejé bastante siguiendo la ribera, hasta que ya no pude correr más, y juré no volver a meterme en el río.

Así que creo que no llegué a darle las gracias a aquel indigente, casi mi ángel de la guarda, por rescatarme dos veces, a falta de una.

En mi deseo de escapar de la multitud, me había alejado de la zona que ya empezaba a conocer y estaba cayendo la noche. Era demasiado tarde para intentar volver a mi parte del río antes de que oscureciese, así que tuve que buscar a toda prisa algún lugar en las inmediaciones donde dormir y me topé con lo que parecía una fábrica abandonada, con una gran pila de basura entre las sombras de la parte trasera. Agotado, encontré un trozo de cartón y me tendí sobre él, detrás del montículo de desechos. Olía que apestaba, pero a aquellas alturas ya empezaba a acostumbrarme y al menos serviría para ocultarme.

Aquella noche me despertó una manada de perros feroces que ladraban al pie de una farola cercana. Reuní un montón de piedras y agarré una, y así debí de quedarme dormido, porque cuando me desperté, el sol me daba de lleno en la cara y las piedras seguían junto a mí, pero no había rastro de los perros.

Empleé un tiempecillo en familiarizarme con las inmediaciones de la estación, incluidos los tenderetes donde intentaba conseguir algo de comida. Los aromas que salían de ellos eran irresistibles: mangos y sandías, frituras saladas y *gulab jamuns* y *laddus* de los puestecitos de dulces. No se veía otra cosa que gente comiendo: unos hombres pelaban cacahuets mientras charlaban en corro, otros tomaban té y compartían un pequeño racimo de uvas. Entonces me picaba el hambre y me acercaba a todos los tenderos para mendigar comida, pero siempre me echaban de allí, junto a la media docena de niños que merodeaban por la zona: éramos demasiados para que se apiadaran de nosotros.

Observaba a la gente que comía: eran pobres, como mi familia, así que no solían dejarse nada de provecho en el plato, pero a veces se les caía algo o no se lo acababan del todo. Como no había papeleras, cuando alguien se terminaba lo que estaba comiendo lo tiraba directamente al suelo. Yo sabía diferenciar qué sobras se podían comer sin peligro, igual que mis hermanos y yo sabíamos qué comida recoger en los andenes. Los trozos de frituras, como las *samosas*, eran bastante seguros en cuanto se les sacudía bien la tierra, pero iban muy buscados: había carreras para hacerse con las sobras antes que los demás niños mendigos. Yo me centraba sobre todo en las cosas que se caían con facilidad, como los frutos secos o un aperitivo picante llamado *bhuja*, que lleva lentejas y guisantes secos. A veces corría por un trozo de torta. Se producían auténticas luchas porque todos deseábamos aquellas sobras con idéntica desesperación, y a veces me apartaban a empujones o incluso recibía algún puñetazo. Éramos como perros salvajes peleándose por un hueso.

Aunque por la noche solía dormir cerca de la estación y del río, empecé a explorar las calles cercanas. Es posible que estuviera recuperando mi inclinación natural a vagabundear, pero mis incursiones también obedecían a la esperanza de encontrar algo de comer al doblar una esquina, alguna fuente de comida que los demás niños no hubiesen encontrado: un tendero más generoso o una caja de

productos rechazados en el mercado. Un lugar tan grande como aquel estaba lleno de posibilidades.

Y de peligros. Recuerdo que en una de esas expediciones fui a parar a unas manzanas en las que se apiñaban casas ruinosas y chozas de cañas de bambú y chapa ondulada corroída. La peste era repugnante, como de muerte y putrefacción. Me sentí observado con hostilidad, como si no tuviera derecho a estar allí, y me topé con un grupo de niños mayores que estaban fumando cigarrillos de hojas liadas. Empezaba a ponerme nervioso y me paré en seco al ver cómo me miraban.

Uno de ellos echó a andar hacia mí, jugueteando con el cigarrillo entre los dedos mientras me hablaba a gritos. Sus amigos se reían. No entendí una palabra, así que me quedé allí parado sin saber qué hacer. Entonces el niño vino derecho hasta mí y me plantó dos bofetones en la cara sin dejar de hablarme. Estupefacto, me eché a llorar y él volvió a abofetearme con fuerza, y yo me tiré al suelo llorando mientras los demás niños se reían.

Viendo que la cosa podía ponerse peor y que tenía que salir de allí, intenté recomponerme. Me puse en pie, me di la vuelta e inicié la retirada a buen paso, como el que se aparta de un perro peligroso, con la cara ardiendo. Quizá me dejasen en paz si quedaba claro que no tenía intención de ocupar su territorio. Pero cuando vi que empezaban a seguirme, salí corriendo. A pesar de las lágrimas, logré vislumbrar un estrecho pasadizo entre dos edificios y me lancé hacia él, en el preciso instante en que noté en el brazo el agujijón de una piedra.

Me escurrí por el pasadizo y aparecí en un patio cerrado. No se veía ninguna salida, pero los gritos de aquellos niños me llegaban desde el otro lado. El suelo era un mar de basura que bañaba el muro del fondo. Tal vez podría salir de allí escalando. Iba abriéndome camino por el patio cuando la banda apareció por otra entrada que no había visto. Empezaron a sacar cosas de una papelera oxidada mientras su jefe me gritaba. Fue entonces cuando la primera botella surcó el aire y se reventó contra el muro que había detrás de mí. La siguieron más botellas, que estallaban a mi alrededor: era solo cuestión de tiempo que uno de ellos afinase la puntería y me diera. Trastabillando al intentar esquivarlas, llegué hasta el montículo de basura que, por suerte, soportó mi peso. Trepé hasta arriba del todo, me aupé sobre el muro y corrí por encima, rezando para que aquellos críos no me siguieran, pero las botellas no dejaban de estrellarse contra el muro, a mis pies, y pasaban zumbando rozándome las piernas.

Es posible que aquellos pandilleros se contentasen con verme correr. Me habían expulsado de su territorio y no se tomaron la molestia de perseguirme cuando huí lo más rápido que pude, intentando no perder el equilibrio. Un poco más adelante encontré una escalera de bambú apoyada contra el muro en algún patio trasero. Bajé por ella, atravesé la casa como una exhalación y salí por la puerta de la calle, donde una mujer sentada con su bebé ni siquiera me vio pasar, y seguí corriendo con todas mis fuerzas en dirección al puente que se adivinaba en la distancia.

En el río, mientras buscaba comida, siempre estaba atento a si encontraba un lugar seguro donde descansar. A menudo, al regresar al sitio donde había dormido, veía que ya lo habían ocupado, así que pasaba de largo. Otras veces sencillamente aparecía otro refugio más prometedor. Entre lo mal que dormía y el estrés constante de estar todo el tiempo ojo avizor, andaba siempre cansado. Un atardecer, en una de mis exploraciones por la orilla del río, me aventuré bajo la enorme estructura del puente por primera vez. Allí había unas pequeñas plataformas de madera con ofrendas, como trozos de coco y monedas, junto con imágenes y estatuillas de una diosa a la que reconocí: Durga, la manifestación guerrera de la diosa suprema, Devi. Cabalgaba a lomos de un tigre y sus muchos brazos blandían armas con las que, según las historias que me habían contado, había matado a un demonio. A la luz titilante de las lámparas de terracota, la imagen impresionaba, pero el parpadeo de aquellas lucecitas también resultaba reconfortante en medio de la creciente oscuridad que me iba envolviendo. Así que me quedé allí sentado, bajo el puente, mirando a la otra orilla. Como siempre estaba hambriento, no pude resistir la tentación de las ofrendas y cogí unos trozos de coco y otras frutas y me los comí. También me llevé algunas monedas.

No quería marcharme de allí, me sentía a salvo. Además de los altares, había una plataforma de tablones suspendida sobre el agua. Comprobé que la madera era sólida y estable y trepé por ella. Me sentí en un lugar sagrado al que la gente iba a rezar a la diosa. Sobre aquellos duros tablones de madera, escuchando el sonido del río que discurría por debajo, me puse a pensar en mi familia, en cómo estarían y en que ellos también se preocuparían por mí.

Mis sentimientos, sin embargo, habían cambiado desde mi llegada: eran menos agudos, menos dolorosos, aunque también más profundos, en cierto sentido. O al menos así es como los recuerdo. Aunque en casa todo siguiera igual, yo sí había cambiado. Aún quería volver, con desesperación, pero esa necesidad no me inundaba por completo. No había abandonado la esperanza de regresar con mi familia, pero me centraba más en la supervivencia, en ir superando cada día. Supongo que era más consciente de la vida que llevaba allí que de la vida en un hogar que era incapaz de encontrar. Aquel hogar, la casa que había perdido, parecía estar más lejos que nunca. Era como si el lugar en el que pasaba aquellos días se hubiera convertido un poco en mi casa, al menos por el momento.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, vi a uno de aquellos santones de aspecto feroz, con su túnica de color azafrán, meditando cerca de allí. Pronto se le unieron otros, algunos iban con el torso desnudo y otros llevaban largos bastones decorados. Me marché sin hacer ruido. Había dormido en su espacio y me había llevado algunas de sus ofrendas, y tal vez la plataforma sobre el agua fuese otro pequeño altar para Durga; y, sin embargo, no me habían hecho nada, ni siquiera me habían despertado, y en aquel momento me sentí a salvo en su compañía, casi como

si hubiéramos emprendido un viaje juntos.

Algunos días, como no tenía nada mejor que hacer, volvía al patio de maniobras y vagaba entre la multitud de vías de tren. Siempre había alguien por allí, buscando lo que pudiera encontrar o simplemente dejando pasar las horas, como yo. Quizá eran personas que también se habían perdido y se preguntaban cuál de aquellas vías los llevaría a casa. De vez en cuando pasaba un tren, haciendo sonar la bocina para que la gente se apartase de su camino.

Un día tranquilo pero muy caluroso anduve por ahí hasta que, aturdido por el bochorno, me senté en una vía y casi me quedé dormido. Un hombre con una camisa blanca mugrienta y pantalones se me acercó y me preguntó algo así como qué hacía en un sitio tan peligroso. Cuando respondí, a trancas y barrancas, no solo me comprendió, sino que me habló más despacio para que lo entendiera mejor. Me dijo que allí a muchos niños los pillaban los trenes y morían, y que otros habían perdido un brazo o una pierna. Las estaciones de tren y los patios de maniobras eran sitios muy peligrosos, me dijo, y no un lugar de juegos para los niños.

Le dije que me había perdido, y al ver que mostraba suficiente paciencia para escucharme y entender lo que le decía, me animé a explicarle que venía de Ginestlay, pero que nadie parecía saber dónde quedaba aquello, y que ahora estaba solo, sin familia ni dónde vivir. Después de escuchar mi historia —era la primera vez que lograba contarla como es debido—, me dijo que podía llevarme a su casa y darme algo de comer y de beber y un sitio donde dormir. No cabía en mí de gozo. Por fin alguien se había parado a ayudarme y me iba a salvar. No dudé en irme con él.

Era un empleado del ferrocarril y vivía en una chocita junto a las vías, cerca del punto en que convergían todas, a la entrada de la inmensa estación roja. La choza estaba hecha de chapas de metal ondulado y algunos paneles de cartón grueso, todo ello sostenido por un armazón de madera. Allí vivía con otros empleados del ferrocarril que me invitaron a compartir su cena. Por primera vez desde que andaba perdido me senté a la mesa a comer alimentos cocinados y aún calientes: todavía recuerdo que era un *dal* de lentejas con arroz que había preparado uno de los ferroviarios en una hoguerita que había encendido en una esquina de la choza. Nadie pareció molesto por mi presencia ni se quejó por tener que compartir la cena conmigo. Eran muy pobres, pero disponían de lo imprescindible para vivir según unas leyes distintas a las de la calle. Tenían un techo y dinero suficiente para una comida sencilla, además de un trabajo, por duro que fuese. La ración que me ofrecieron era minúscula, pero lo importante era que estaban dispuestos a darle comida y alojamiento a un desconocido. Fue como entrar en un mundo diferente del que había habitado, y no habían hecho falta más que unas cuantas planchas de chapa y un puñado de lentejas. Por segunda vez sentí que me había salvado la vida la bondad de un desconocido.

Tenían un camastro de paja en la parte de atrás de la choza, donde dormí casi tan cómodo y feliz como si ya hubiera regresado a mi casa. El ferroviario me había comentado que conocía a alguien que tal vez podría ayudarme, y al día siguiente me anunció que aquel hombre había dicho que pasaría por allí. Me invadió una sensación de alivio, ya me parecía que todo aquello había sido una pesadilla. Pronto estaría en casa. Los hombres se marcharon a trabajar y yo me quedé todo el día en la choza, esperando a mi salvador.

Tal como me habían prometido, al día siguiente apareció otro hombre que también me habló con claridad y pausadamente para que pudiera entenderlo. Iba bien vestido, con un buen traje, y se echó a reír cuando señalé su peculiar bigote y dije «Kapil Dev», en referencia al que entonces era el capitán de la selección nacional de críquet, a quien se parecía bastante. Se sentó en mi cama y me dijo: «Ven aquí y cuéntame de dónde eres». Así que fui y le conté lo que me había pasado. Quería que le explicase todos los detalles de mi lugar de origen para poder ayudarme a encontrarlo, y mientras lo hacía se tendió en la cama y me dijo que me tumbase a su lado.

A lo largo de mi viaje tuve mucha suerte, de la buena y de la mala, y tomé decisiones acertadas y desacertadas. Mi instinto no siempre había sido muy certero, pero se había aguzado tras aquellas semanas de vida en la calle, a fuerza de evaluar riesgos de forma consciente e inconsciente. También es posible que cualquier niño de cinco años hubiera empezado a sentirse incómodo, tumbado en la cama al lado de un desconocido. No pasó nada inapropiado y aquel hombre no me tocó un pelo, pero me di cuenta de que, pese a las maravillosas y embriagadoras promesas de encontrar mi casa, allí pasaba algo raro. También me di cuenta de que lo mejor era seguirle la corriente sin mostrarle mi desconfianza. Me dijo que al día siguiente iríamos juntos a un sitio que él conocía para intentar mandarme de vuelta a casa y yo asentí, pero convencido de que lo mejor sería no tener nada que ver con aquel hombre y de que necesitaba un plan para escapar.

Aquella noche, después de cenar, lavé los platos en una tina vieja y ajada que había en una esquina, cerca de la puerta, como había hecho las dos noches anteriores. Como siempre, los ferroviarios se reunieron para tomar un *chai* y fumarse un cigarro y no tardaron en enfrascarse en su conversación y sus bromas. Esa era la mía. Procurando escoger el mejor momento, descorrí el pestillo de la puerta y eché a correr como si mi vida dependiera de ello, y, visto ahora, es posible que así fuera. Esperaba tomarlos por sorpresa y conseguir así una ventaja suficiente para escapar. Una vez más, me veía huyendo en medio de la noche, dejando atrás las vías del tren y adentrándome por calles desconocidas, sin idea de dónde ir y con el único propósito de escapar.

No tardé en agotarme, así que aminoré la marcha en cuanto me vi en calles más concurridas... quizá ni siquiera les importase que me hubiese ido y, aunque les importara, seguramente no me habrían seguido tanto trecho. Entonces oí que me

llamaban por mi nombre desde bastante cerca y aquello hizo que me recorriera el cuerpo una sacudida, como una descarga eléctrica. Me agaché de inmediato, aunque estaba rodeado de personas mucho más altas que yo, y me dirigí hacia las zonas más abarrotadas de aquella estrecha calle, cerca de los concurridos puestos de comida que se alineaban al borde de la acera. Cuando miré a mi alrededor atisé a un par de hombres que parecían estar buscándome, con la cara seria y grave, mirando en todas direcciones y avanzando con rapidez. Entonces me di cuenta de que uno de ellos era el ferroviario que había conocido en primer lugar, y que ya no parecía el mismo hombre bondadoso que me había acogido. Me alejé de ellos a toda prisa, pero costaba moverse rápido entre aquella muchedumbre, y me daba la sensación de que se iban acercando. Tenía que esconderme. Descubrí un huequecito entre dos casas y me metí por él, arrastrándome hacia su interior todo lo que pude, hasta que me topé con una cañería de desagüe rota lo bastante grande para ocultarme dentro. Retrocedí por ella a cuatro patas hasta que ya no se me veía desde la calle, sin hacer caso de las telarañas ni del agua pestilente que me corría por las manos. Me daba mucho más miedo lo que había fuera que estar metido en aquella canalización oscura. Si me encontraban, no habría forma de escapar.

Oí que uno de ellos hablaba con el vendedor de zumos del puesto que estaba justo al lado de mi escondite. Tengo incluso el recuerdo aterrador de sacar la cabeza justo en el momento en que el ferroviario en persona se asomaba al hueco entre las casas y miraba hacia la tubería, escudriñando con una mirada dura que por unos segundos pareció fijarse en mí y que, tras un instante de duda, pasó de largo. ¿De verdad estuve tan cerca de que me descubrieran? ¿El hombre que vi era el que me había acogido? Ya no estoy seguro, pero es posible que la escena me haya acompañado con tanta nitidez por el poder de la traición: había confiado en aquel hombre, había creído que me iba a ayudar, y al final había acabado cayendo en una trampa que se había abierto bajo mis pies. Nunca olvidaré el terror que sentí.

Me quedé escondido un buen rato, hasta estar seguro de que mis perseguidores se habían marchado, y entonces me escabullí por los rincones más oscuros de las calles y los callejones. Tenía el corazón roto, todas mis esperanzas se habían desvanecido, pero también sentía un gran alivio por haber logrado escapar. Al menos, mi instinto de supervivencia parecía muy en forma. En cierta medida, el haber sido capaz de salvar la vida me había hecho más fuerte.

## 4

# SALVACIÓN

Me daba tanto miedo que el ferroviario y los otros hombres volvieran a encontrarme que no me atreví a quedarme cerca de la estación. A pesar de mis incursiones ocasionales en sus alrededores, la cautela me había impedido alejarme mucho del lugar en el que me había dejado el tren. Pero entonces no me quedaba otro remedio, así que me decidí a cruzar el río por primera vez.

En las pasarelas peatonales que bordeaban aquel puente tan largo, el ajeteo era el mismo que en la estación, pero había gente mucho más variada. La mayoría andaba con prisa, solos o en grupos, muy atareados, pero algunos parecían vivir allí, sobre el agua. Tuve que esquivar a lentas comitivas de familias y a personas que transportaban enormes pilas de mercancías sobre la cabeza. Pasé por delante de mendigos a los que les faltaban miembros y ojos; algunos de ellos tenían la cara desfigurada y corroída por la enfermedad, y todos pedían que les echasen una rupia o algo de comida en su cuenco metálico. En la calzada central, en medio del tráfico variopinto que avanzaba a paso de tortuga, se veían *rickshaws*, carros tirados por bueyes e incluso vacas descarriadas. La magnitud de la escena me abrumó. Me abrí paso como pude y al llegar al otro lado dejé la carretera principal.

Ya en una zona más tranquila, deambulé sin rumbo por un laberinto de calles y callejones, atento a evitar los problemas y a encontrar una mano amiga. El incidente con el ferroviario me había enseñado que no era fácil distinguir entre ambas cosas. Aunque después de esta aventura me veía un poco más despabilado, también había aprendido que no podría sobrevivir solo mucho tiempo: los peligros eran demasiado grandes y difíciles de ver. El recelo que me inspiraba la gente era mayor que nunca (todos me parecían indiferentes o malos), pero también lo era mi necesidad de encontrar una persona que pudiera ayudarme de verdad, como el indigente del río. Quería mantenerme a distancia de los demás, pero también dar con la forma de salir de aquella situación, por lo que tenía que estar muy alerta. La combinación de cautela y necesidad de arriesgarme caracterizó el resto de mi viaje.

Empecé a acercarme un poco más a la gente. En cierto momento, andando por una de las calles de mi nuevo barrio, me crucé con un niño que tendría mi edad e iba hablando en voz alta consigo mismo o con el mundo en general. Cuando vio que lo miraba, me dijo hola e intercambiamos unas cuantas palabras tímidas. Parecía tener más vocabulario que yo, hablar más como un adulto, por lo que supuse que iría a la escuela. Era simpático y estuvimos jugando un rato en la calle. Luego me dijo que podía ir con él a su casa y lo seguí con cautela.

Cuando llegamos me presentó a su madre y les expliqué por encima lo que me había pasado. La madre me dijo que podía comer con ellos y quedarme allí hasta que encontrasen a alguien que pudiera llevarme a casa. Aquella amabilidad me parecía

tan sincera que mi cautela se esfumó. Aquella mujer tan simpática no podía tener malas intenciones y me ofrecía una oportunidad para salir de la calle. Tras la breve estancia en la casa del ferroviario, donde había perdido la costumbre de dormir al raso, el deseo de tener un techo bajo el que cobijarme se había vuelto aún más intenso. Estaba muy contento de verme en aquel hogar, alimentado y protegido.

Al día siguiente la madre dijo que podía salir con ella y con su hijo, y fuimos a un estanque cercano donde la gente lavaba la ropa. Mientras la mujer hacía la colada, su hijo y yo nos bañamos. Desde que me había perdido llevaba los mismos pantalones cortos negros y la misma camisa blanca de manga corta, y debía de ir muy sucio. Me encantaba estar en el agua, donde no cubría, y podría haberme quedado allí para siempre, pero mi nuevo amigo salió del agua porque se hacía tarde. Su madre lo secó y lo vistió y empezó a llamarme para que yo también saliera. Quizá es que había olvidado la vida en familia y el respeto debido a la autoridad de una madre, pero el caso es que seguí chapoteando, sin ningunas ganas de marcharme de allí. La madre se puso furiosa enseguida y me lanzó una piedra que no me dio por un pelo. Me puse a llorar y la mujer cogió a su hijo, se dio la vuelta y se marchó.

No recuerdo exactamente qué fue lo que sentí al quedarme de pie en medio del estanque. ¿Quizá no la había entendido? ¿Habrían creído que no quería irme con ellos? Mi madre nunca me habría lanzado una piedra, aunque hubiese pensado que estaba portándome mal. Aquella mujer, en cambio, me había dado la espalda con la misma facilidad con la que me había acogido en su casa. ¿Así era la gente en la gran ciudad?

Aunque al final me hubiera quedado solo otra vez, haber conocido a aquella familia había sido una experiencia positiva: no solo me habían dado una buena comida y un techo bajo el que dormir, también había descubierto que quizá había más personas capaces de entenderme de las que yo creía. Y no tardé mucho en encontrar a otra.

Un día estaba frente a una tienda de mi nuevo barrio, por si se presentaba la oportunidad de coger algo de comida, cuando un niño que era más o menos de la edad de mi hermano Guddu llegó con un carrito lleno de mercancías. No tengo ni idea de por qué se fijó en mí, pero me dijo algo que no entendí. Como no parecía nada agresivo, no me asusté y me quedé quieto mientras él se me acercaba y, hablando más despacio, me preguntaba qué hacía allí y cómo me llamaba.

Estuvimos hablando un rato: le confesé que me había perdido y él me invitó a ir con su familia. Es posible que vacilara ante aquella propuesta, pues recelaba de las intenciones de aquel chico o de si se volvería contra mí como había hecho la madre del otro niño, pero me fui con él. Aunque fuera arriesgado, también lo era quedarse en la calle. Y el instinto, ese mecanismo inconsciente de cálculo de riesgos, me dijo que era de fiar.

Mi instinto no me falló. Aquel nuevo protector era muy simpático y me quedé varios días con su familia. A veces lo ayudaba en su trabajo, cargando y descargando

el carrito, y él tenía paciencia y parecía cuidar de mí. Pronto me demostraría hasta dónde llegaba su bondad.

Un día se puso a hablar conmigo de una forma que parecía distinta, más adulta, más seria. Me dijo que me llevaría a un lugar donde quizá podrían ayudarme, y echamos a andar por las calles. Llegamos a una gran comisaría de policía, y al ver a todos aquellos agentes empecé a resistirme. ¿Me habían tendido una trampa? ¿Iban a detenerme? El chico me tranquilizó enseguida, me prometió que los policías me ayudarían e intentarían encontrar mi hogar y mi familia; y aunque no las tenía todas conmigo, entré con él. Una vez dentro, mi amigo fue a hablar con unos agentes y, al cabo de un momento, volvió al lugar donde yo lo esperaba y me dijo que iba a dejarme al cuidado de la policía. Yo no quería que se fuera, ya que la policía todavía me daba miedo, pero mi protector me inspiraba tanta confianza que me quedé. Tampoco sabía qué otra cosa podía hacer. Cuando aquel chico me dijo adiós me invadió el miedo y la tristeza, pero él me aseguró que había hecho todo lo que estaba en su mano y que aquella era la forma más segura de volver a casa. Espero haberle dado las gracias.

Enseguida me llevaron a la parte trasera de la comisaría y me encerraron en una celda. No estaba seguro de cómo debía tomarme aquel cambio de mi situación. Aunque entonces no lo sabía, bien puede decirse que aquel chico me había salvado la vida exactamente igual que antes me la había salvado el indigente del río.

A veces me pregunto qué habría sido de mí si aquel chico no me hubiera llevado a la comisaría o si yo no hubiese confiado en él. Tal vez alguna otra persona habría acabado haciendo lo mismo que él, o me habría recogido alguna organización encargada de cuidar a los niños abandonados, pero lo más probable es que hubiera muerto en la calle. Hoy en día habrá unos cien mil niños sin hogar en Calcuta y muchos de ellos mueren antes de alcanzar la edad adulta.

Desde luego, no puedo saber a ciencia cierta qué tramaba el amigo del empleado ferroviario ni qué les sucedió a los niños que se llevaron de la estación aquella noche, pero estoy convencido de que no he llegado a vislumbrar siquiera unos horrores como los que ellos debieron de sufrir. Nadie sabe cuántos niños indios han sido víctimas de las redes de comercio sexual o de los traficantes de esclavos o de órganos, sectores florecientes todos ellos a causa del exceso de niños y la impotencia de las autoridades.

Un par de años después de mi etapa en las calles de Calcuta, se produjeron en la ciudad los famosos crímenes de «Stoneman», un fenómeno que luego se repetiría en Bombay. Alguien empezó a asesinar a personas que dormían en la calle, sobre todo en las inmediaciones de la gran estación, arrojándoles sobre la cabeza una piedra grande o una losa de cemento. A lo largo de seis meses hubo trece asesinatos de los que no se llegó a acusar a nadie, aunque aquella horrible serie terminó cuando la policía detuvo a un perturbado. De haberme quedado en la calle, es probable que hoy no siguiera con vida, y desde luego no estaría escribiendo este libro.

Pese a conservar tantos recuerdos que quisiera olvidar, si hay algo que siempre me habría gustado poder recordar es el nombre de aquel chico.

Aquella noche dormí en el calabozo de la comisaría. A la mañana siguiente vinieron a verme unos agentes y me aseguraron que no estaba detenido ni nada por el estilo, y que intentarían ayudarme. Aunque no me sentía nada tranquilo, acepté sus explicaciones. Daba así el primer paso en el viaje que me llevaría a recorrer medio mundo.

Me dieron comida y después me metieron en un vehículo policial con otros niños, tanto mayores como menores que yo. Atravesamos la ciudad hasta llegar a un edificio donde unas personas con pinta de funcionarios nos dieron algo de comer y de beber. Me hicieron muchas preguntas, y aunque no las entendí todas, estaba claro que querían saber quién era y dónde estaba mi casa. Les dije lo que pude. Registraron mis respuestas en muchos formularios y documentos. «Ginestlay» no les decía nada. Me esforcé por recordar el nombre del lugar donde había subido al tren, pero solo fui capaz de decirles que mis hermanos lo llamaban algo así como «Burampour», «Birampur», «Berampur»...

Aunque tomaran notas, en realidad no tenían ninguna esperanza de encontrar esos nombres medio recordados de unos lugares relativamente pequeños que podían estar en cualquier parte del país. Ni siquiera sabía mi nombre completo. Solo era «Saroo». Al final, sin saber quién era ni de dónde venía, me declararon «perdido».

Una vez terminadas las preguntas, me llevaron en otra furgoneta a otro lugar, un centro para niños como yo, según me dijeron, una residencia para los niños que no tenían ningún otro lugar adonde ir. Aparcamos delante de un gran portalón de hierro oxidado que parecía la entrada de una prisión; al lado, en la pared, había una puerta más pequeña. No sabía si volvería a salir de allí una vez que la cruzara, pero ya había llegado muy lejos. No quería volver a las calles.

En el interior había un complejo de edificios grandes llamado «la residencia». Me llevaron a uno enorme, de dos pisos, con centenares, quizá millares, de niños que jugaban o estaban sentados en grupos. Me condujeron a una sala inmensa, con filas y filas de literas que iban de punta a punta y un cuarto de baño común al fondo.

Me asignaron una litera cubierta con una mosquitera que iba a compartir con una niña pequeña, y me dieron de comer y de beber. Al principio, la residencia era como me imaginaba que sería una escuela, solo que tenía habitaciones con camas, y vivías allí, un poco como en un hospital, o incluso una prisión. Con el tiempo llegaba a parecer una prisión, más que una escuela, pero al principio me alegré de estar allí, guarecido y alimentado.

Pronto averigüé que encima de la mía había una segunda sala con el mismo número de literas, igualmente llena de niños. A menudo dormíamos tres o cuatro en una cama, y a veces nos cambiaban de sitio, con lo que uno acababa compartiendo

cama con distinta gente o durmiendo en el suelo cuando había demasiados niños en la residencia. Los cuartos de baño no se limpiaban muy a menudo. Aquel lugar daba miedo, sobre todo por la noche, cuando era muy fácil imaginar fantasmas escondidos en los rincones.

Es posible que esa sensación tuviera algo que ver con las experiencias que habían tenido que pasar muchos de aquellos niños. Algunos habían sido abandonados y otros habían sufrido maltratos y los habían apartado de sus familias. Empecé a creer que era uno de los más afortunados. Mientras que a mí la malnutrición no me había dejado secuelas, vi a niños sin piernas o sin brazos, o sin ningún miembro. Había otros con lesiones horribles y algunos que no podían, o no querían, hablar. Ya había visto personas con deformidades y otras que gritaban al vacío o se comportaban como enajenados, sobre todo en las calles contiguas a la estación; pero, si me daban miedo, podía evitarlas. En la residencia no tenía escapatoria: allí había niños con toda clase de problemas, entre ellos niños delincuentes y violentos que aún no tenían edad para la cárcel. Algunos de ellos eran casi adultos.

Más tarde supe que aquello era un reformatorio llamado Liluah que albergaba a todo tipo de niños problemáticos, tanto a niños perdidos como también a enfermos mentales, ladrones, asesinos y pandilleros. Pero en aquel entonces solo sabía que era un lugar inquietante, donde en plena noche podía despertarte un grito o el continuo llanto de un montón de niños asustados. ¿Qué iba a ser de mí? ¿Cuánto tiempo tendría que vivir en aquel sitio tan horrible?

También allí tuve que aprender a sobrevivir. Los niños mayores me acosaban como me habían acosado aquellos niños de la calle. Mi escaso vocabulario me convertía en presa fácil para la brutalidad de los abusos, que se crecían ante aquel niño tan pequeño e indefenso. Empezaban con los insultos y las burlas y enseguida pasaban a los empujones, y al final me llevaba una paliza si no conseguía escapar a tiempo. Aprendí rápidamente a no acercarme a ciertos lugares a la hora del recreo. El personal no parecía muy dispuesto a tomar cartas en el asunto, y cuando intervenía repartía el castigo de forma indiscriminada, siempre con aquella vara larga y fina con una hendidura en su extremo que pellizcaba la piel (eso era lo peor).

También había otros peligros, que conseguía evitar más por suerte que por tener algún plan. Liluah estaba rodeado de altos muros, pero recuerdo que había personas que los escalaban desde fuera y entraban en los edificios. Nunca vi ni oí lo que hacían, pero mientras estaban dentro había niños que salían corriendo y llorando. No sé si es que al personal no le importaba o no podían protegernos, pero lo cierto es que era un lugar muy grande y se sabía que era un centro para niños. Desde luego, no había muros ni puertas capaces de detener a gente como la que quiso secuestrarme en la calle. Es otra de las cosas que podrían haberme ocurrido y en las que he intentado no pensar demasiado desde entonces, pero es difícil no sentirse mal por los que no tuvieron tanta suerte. Este sentimiento ha aumentado a medida que me he ido haciendo mayor, quizá al haber ido aprendiendo más cosas sobre el mundo y sobre la

gran suerte que tuve. Ahora sé que son pocos los que logran salir de las calles y que a muchos de ellos les espera un gran sufrimiento.

En las pocas semanas que pasé en Liluah vi algunos niños salir por la puerta pequeña de la tapia, pero nunca supe por qué los dejaban salir ni adónde iban. ¿Habrían encontrado a su familia? Tampoco sabía qué pasaba con los chicos que se hacían mayores en la institución. A lo mejor los mandaban a otro lugar o simplemente los devolvían a la calle al llegar a la mayoría de edad.

Rezaba porque, por el motivo que fuera, pudiera ser uno de los que lograban salir antes de ese momento.

Y así fue. Aunque entonces no lo supe, aproximadamente al mes de mi llegada, como nadie había denunciado mi desaparición ni sabían de dónde era, las autoridades decidieron entregarme a un orfanato. Lo único que supe es que me llevaron al despacho principal y me dijeron que me trasladaban a otra residencia, a un lugar mucho más agradable. Me enviaron a las duchas y me dieron ropa nueva. Como siempre, no opuse resistencia. Me dijeron que había tenido mucha suerte y, aunque no parecía que hubieran encontrado a mi familia, me sentí realmente muy afortunado por poder abandonar aquel infierno.

La señora Sood, de la Sociedad India para el Apadrinamiento y la Adopción (ISSA), había de convertirse en una figura fundamental en mi vida. Me dijo que las autoridades no sabían quién era ni dónde estaban mi casa y mi familia, y que ella intentaría encontrarlos en lugares que pudieran ser el «Berampur» del que yo les había hablado. Mientras tanto viviría en su orfanato, llamado Nava Jeevan.

Nava Jeevan —más tarde me enteré de que en hindi significa «nueva vida»— resultó ser de verdad mucho más agradable que el reformatorio Liluah, y la mayoría de los internos eran niños pequeños como yo. Era un edificio de cemento de tres pisos, de color azul, bastante más acogedor. Al entrar, me encontré unos cuantos niños asomados a una esquina para ver al recién llegado, que sonrieron y salieron corriendo cuando la mujer que nos recibió a la señora Sood y a mí los ahuyentó. Al pasar por delante vi varias habitaciones bañadas por la luz del sol y con menos literas que las que abarrotaban las largas salas del reformatorio. Las ventanas tenían barrotes, pero me iba quedando claro que su función era más la de protegernos que la de impedirnos escapar. Los pósteres de colores colgados en las paredes también daban a aquel lugar un ambiente mucho más amable que el del centro que acababa de abandonar.

Aunque allí vivieran menos niños, algunas noches había sobreocupación, con lo que algunos tenían que dormir en el suelo y podías despertarte empapado por el pipí de otro niño. Por las mañanas nos aseábamos un poco con agua que bombeaban de un pozo cercano a la entrada del edificio y nos lavábamos los dientes con el dedo. Nos daban un vaso de leche caliente con tortas o unas cuantas galletas de leche.

Por lo general, había mucha calma durante el día, cuando la mayoría de los niños iban a la escuela. Como yo nunca había ido al colegio, me quedaba en el orfanato. A veces era el único que se quedaba. Pasaba mucho tiempo en el porche delantero, que estaba cercado con barrotes, como una jaula. Me gustaba mirar el gran estanque del otro lado de la calle. Al cabo de un tiempo conocí a una niña de la edad de Guddu que vivía al otro extremo del estanque y a veces venía a visitarme. De vez en cuando me pasaba algo para comer entre los barrotes, y un día me dio un collar con un colgante del dios con cabeza de elefante, Ganesha. Me quedé de piedra. Era el primer regalo que me hacían en la vida. Escondí el collar para que nadie lo viera, y de vez en cuando lo sacaba para admirarlo. Más tarde supe que a Ganesha también se le llama Destructor de los Obstáculos y Señor de los Comienzos. Tal vez por eso me lo regaló aquella niña. (Ganesha también es el patrón de las letras y, por lo tanto, en cierto sentido es el patrón de este libro.)

El collar era algo más que un bello objeto que podía considerar mío; para mí, era una muestra palpable de que en el mundo había buenas personas que intentaban ayudarme. Todavía lo conservo y es una de mis posesiones más preciadas.

En el orfanato también había abusos, pero no eran mucho mayores que yo y sabía evitarlos. No solía meterme en problemas, pero una vez una niña decidió escaparse y me llevó con ella. Nunca me había pasado por la cabeza intentar escapar, pero la niña me enredó en su plan, y una mañana, casi sin saber lo que hacía, me vi saliendo por la puerta. En cuanto llegamos a un puesto de dulces que estaba en la misma calle, el vendedor nos dio una chuchería a cada uno para entretenernos mientras avisaba al personal de Nava Jeevan. No recuerdo que me impusieran ningún tipo de castigo. En el orfanato nunca nos pegaban ni nos daban varazos, aunque si te portabas mal podían echarte un rapapolvo u obligarte a quedarte solo un rato.

No pasó mucho tiempo antes de que la señora Sood me dijera que, a pesar de sus esfuerzos, no habían logrado encontrar mi casa ni mi familia y que no podían hacer nada más. La señora Sood parecía muy amable, y no dudé que intentaba ayudarme, pero me dijo que no habían encontrado a mi madre en Berampur. A continuación me dijo que intentarían buscarme otra familia. Aunque me costaba entender todo aquello, empecé a comprender la amarga verdad: lo que me estaba diciendo es que nunca volvería a casa.

Una parte de mí ya lo había aceptado. La incredulidad y la desesperación inicial por regresar a casa, la sensación de que no podría sobrevivir a menos que el mundo volviera a ser como antes de inmediato, se habían desvanecido hacía tiempo. Ahora el mundo era lo que veía a mi alrededor, la situación en la que me encontraba. Tal vez había asimilado algunas de las lecciones que mis hermanos tuvieron que aprender cuando empezaron a buscarse la vida fuera de casa, aunque yo era más joven y no contaba con la red salvavidas que era nuestra madre. Me concentraba en lo que debía

hacer para sobrevivir, y para eso necesitaba lo que tenía delante, no lo que había dejado atrás. Aunque no entendía que los adultos fueran incapaces de encontrar el tren que me devolviera a casa, y me entristecía lo que acababa de decirme la señora Sood, no recuerdo que aquella conversación me destrozara, pese a que liquidaba las últimas esperanzas que pudiera albergar.

La señora Sood me dijo que en otros países había familias deseando acoger a niños perdidos como yo, y que creía que podría encontrarme una nueva familia, si yo quería. Creo que no entendí del todo bien lo que me proponía y no le di muchas vueltas.

Pero al cabo de cuatro semanas de mi llegada a Nava Jeevan me llevaron a la oficina de la ISSA, y la señora Sood me dijo que habían encontrado unos padres que querían acogerme en su hogar. Vivían en otro país, Australia. Me dijo que era un lugar donde la India iba a jugar al críquet (me parece que eso ya lo había oído antes, pero era lo único que sabía de Australia). También me dijo que allí es donde habían ido dos niños que yo conocía y que se habían marchado hacía poco (Abdul y Musa), y que a Asra, una amiga que había hecho, también la habían elegido para ir a aquel país. Australia era un buen lugar que ayudaba a los niños pobres sin familia y les daba unas oportunidades que nunca tendrían la mayoría de los niños de la India.

De vuelta en Nava Jeevan, a Asra y a mí nos enseñaron unos pequeños álbumes fotográficos rojos que habían hecho las personas que se ofrecían a ser nuestras nuevas familias. Dentro había fotos de ellos, de su casa y de otros aspectos de su vida. Al ver aquellas imágenes los ojos se me salían de las órbitas. Eran tan distintos de la gente que yo conocía... ¡eran blancos! Y todo lo que los rodeaba parecía reluciente, limpio y nuevo. Había algunas cosas que no había visto nunca, y el personal nos explicó lo que eran leyendo los pies de las fotos, escritos en inglés. En mi álbum ponía: «Este es tu padre limpiando el coche, con el que iremos a visitar muchos lugares». ¡Tenían un coche! «Esta casa será nuestro hogar.» Era magnífica, con montones de ventanas de cristal, y parecía nueva. Incluso me habían dedicado el álbum: «Querido Saroo». Aquella familia, me dijeron, se llamaban señor y señora Brierley.

También había una foto de un avión a reacción («Este avión te traerá a Australia»), que me fascinó. En casa había visto aviones volando muy arriba y dejando estelas de vapor, y siempre me había preguntado cómo debía de ser viajar en uno de aquellos artefactos que surcaban las nubes. Si aceptaba ir con aquella gente lo averiguaría.

Todo aquello me superaba. Asra estaba muy emocionada y a menudo pedía que nos enseñaran los álbumes, que guardaba el personal. Se sentaba a mi lado y abría su álbum, señalaba una foto y decía: «Esta es mi nueva mamá» o «Esta es mi nueva casa». Yo hacía lo mismo: «¡Esta es mi nueva casa! ¡Este es el coche de mi nuevo papá!». Nos animábamos mutuamente, y me contagió su entusiasmo. Era como un libro de cuentos que trataba sobre mí, aunque yo no apareciera. Costaba creer que fuese real. Todo lo que sabía de Australia estaba en aquel álbum rojo, pero no se me

habría ocurrido ninguna otra cosa que preguntar.

En Nava Jeevan, todos los niños lloraban de vez en cuando por los padres que habían perdido. Algunos padres habían abandonado a sus hijos, y otros habían muerto. Yo no sabía dónde estaba mi familia y nadie podía ayudarme a encontrarla. Pero todos habíamos perdido a nuestra gente y no había vuelta atrás. Ahora me ofrecían la oportunidad de formar parte de una nueva familia. Asra ya hablaba de la suya con entusiasmo.

Creo que en realidad no tenía elección, y estoy seguro de que, de haber mostrado cualquier duda, habrían intentado convencerme de la mejor forma posible, aunque no fue necesario. Sabía que no tenía muchas más opciones que aceptar aquella oportunidad. ¿Volver a la residencia donde me acosaban? ¿Enfrentarme de nuevo a los peligros de las calles? ¿Seguir buscando un tren que ni siquiera los adultos eran capaces de encontrar?

Así pues, les dije que quería ir.

La alegría que les di a todos aceptando formar parte de la nueva familia se volvió contagiosa e hizo que desaparecieran las últimas reservas que pudieran quedarme. Me dijeron que muy pronto iría a Australia para reunirme con mis nuevos padres y que viajaría en un avión como el de aquella fotografía.

Asra y yo éramos más o menos de la misma edad, pero los demás niños que iban a Australia eran recién nacidos o muy pequeños. No sé si a ellos la experiencia les daba más miedo o menos, ni hasta qué punto eran conscientes de lo que les sucedía.

Un día nos lavaron y nos vistieron bien, y los niños y las niñas nos subimos a dos taxis distintos. Los niños fuimos a la casa de una mujer a la que debíamos llamar tía Ula. Era una mujer blanca de Suecia, cosa que por supuesto no me decía nada, pero nos saludó en hindi. Nunca había visto nada tan bonito como su casa: aquel lujo en muebles, cortinas y moquetas me recordaba a las fotos de mi álbum rojo. Nos sentamos a una mesa de comedor y por vez primera me dieron un cuchillo y un tenedor y me enseñaron a usarlos (hasta entonces siempre había comido con las manos). También nos enseñaron a comportarnos en la mesa: a no levantarnos e inclinarnos para coger cosas, por ejemplo, o a sentarnos con la espalda recta. La visita a la tía Ula aumentó la emoción por la aventura en la que íbamos a embarcarnos.

No nos dieron clases de inglés, aunque en Nava Jeevan había un mural del abecedario con dibujos, con «A — *Apple*», etcétera. Creo que me enseñaron a decir «Hola», pero no hubo tiempo para más: tenía que marcharme de la India casi de inmediato. Según me habían dicho, el lugar al que iba estaba muy lejos, en la otra punta del mundo. Nadie dijo nada sobre mi regreso, parecía algo impensable.

Todos me decían que había tenido mucha suerte.

Así, me marché de la India pocos días después de que me comunicaran mi adopción (solo pasé un par de meses en el orfanato, lo que con la reglamentación

actual sería imposible). A los seis niños de Nava Jeevan que íbamos a Australia, incluida mi amiga Asra, se nos unieron dos más de otro orfanato que iban a hacer el mismo viaje. Tras una escala en Bombay (entonces todavía no se la conocía internacionalmente como Mumbai), volaríamos a Singapur y, de allí, a Melbourne, donde nos esperaban nuestras nuevas familias. La nueva familia de Asra vivía en Victoria, y la mía, los Brierley, en Tasmania, con lo que habría que hacer un viaje más.

Me dio pena tener que despedirme de la señora Sood. En el vuelo nos acompañarían tres voluntarias australianas y un empleado de un departamento del Gobierno australiano. Todos eran muy simpáticos y, aunque no podíamos comunicarnos demasiado, la emoción del viaje se impuso a cualquier preocupación.

Cuando por fin subí a aquel avión tan enorme estaba loco de contento. Parecía increíble que aquella mole con tantos asientos y tanta gente pudiera volar, pero no recuerdo que estuviera nervioso. Nos dieron una chocolatina a cada uno, un lujo tremendo, y la hice durar todo el viaje. Hablamos un rato y luego nos pusimos los auriculares para mirar una película. Me fascinó el enchufe que había en el brazo del asiento y poder manipular el canal y el volumen. Nos comimos todo lo que nos dieron, la comida que venía bajo aquellas tapas de aluminio (el hecho de que la gente te trajera comida ya parecía el comienzo de una nueva vida). Supongo que también dormimos.

En Bombay pasamos la noche en un hotel, lo que fue otro motivo de asombro. Es muy posible que en Occidente aquel no pasara de ser un hotel sencillo, pero yo no había visto tanto lujo en mi vida. La habitación olía muy bien, y nunca había dormido en una cama tan blanda y tan limpia. Pese a la emoción, dormí como no había dormido en meses. Me maravilló el cuarto de baño con aquella ducha y aquel lavabo tan relucientes. Nunca antes había visto tanta gente blanca junta como en ese hotel y, aunque me avergüence reconocerlo, solo recuerdo que me parecieron muy ricos. Me rodeaban tantas cosas nuevas que no sé si pensé que pronto viviría con unas personas blancas como ellos.

Al día siguiente me dieron unos pantalones blancos nuevos y una camiseta con la palabra «Tasmania» que habían enviado mis nuevos padres para el viaje en avión a Australia, y estaba encantado con mi atuendo. Mejor aún fue cuando nos llevaron a una tienda cercana y nos dejaron escoger un juguete a cada uno (no recuerdo que me dijeran nada sobre el precio, aunque supongo que habría algún límite). Todavía conservo el cochecito que escogí, con un mecanismo de retroceso que lo hacía salir disparado por el suelo de la habitación.

Ahora sé que el vuelo de Calcuta a Bombay pasó muy cerca de mi ciudad natal, a nueve mil metros de altura. El avión en el que iba debió de dejar una de esas estelas que antes contemplaba con tanta fascinación. Me pregunto si mi madre, sin saberlo, miraría al cielo en el momento preciso y vería mi avión y su estela. Si le hubieran dicho que yo iba en aquel avión y cuál era mi destino, no se lo habría creído.

## UNA NUEVA VIDA

Aterrizamos en Melbourne la noche del 25 de septiembre de 1987. Nuestras acompañantes nos guiaron hacia la zona VIP del aeropuerto, donde nos habían dicho que estaban esperándonos nuestras familias.

Al entrar en la sala me dio mucha vergüenza. Había muchos adultos y todos se nos quedaron mirando, pero reconocí a los Brierley de inmediato por las fotos de mi álbum rojo que tanto había estudiado. Me quedé parado, intentando sonreír y mirando el último trozo de la preciada chocolatina que todavía llevaba en la mano. (Existe una fotografía mía en la que aparezco entrando en la sala VIP del aeropuerto de Melbourne, con mi chocolatina en la mano.)

Crucé la habitación con una de las acompañantes y les dediqué a mis nuevos padres mi primera palabra: Cadbury. En la India, Cadbury es sinónimo de chocolate. Después, nos abrazamos y mamá se puso de inmediato a hacer de madre sacando un pañuelo de papel para limpiarme la mano.

Como yo no sabía mucho inglés y mis padres adoptivos no sabían una palabra de hindi, no podíamos hablar entre nosotros, así que nos sentamos juntos y repasamos el álbum rojo que me habían enviado. Mis padres señalaron la casa en la que viviría y el coche que nos llevaría hasta ella, y empezamos a acostumbrarnos a la mutua compañía en la medida de lo posible. Imagino, además, que debía de resultar difícil comunicarse con un niño que se había vuelto tan reservado y cauteloso por todo lo que le había pasado. Es algo que se nota al ver mi cara en las fotos: nunca parezco asustado ni angustiado, solo un poco retraído, a la expectativa. Pero, a pesar de todo, supe al instante que estaría a salvo con los Brierley. Fue pura intuición: su aire sereno y amable y la calidez de su sonrisa me tranquilizaron.

También me tranquilizó el ver a Asra tan contenta con su familia. Al final se marchó con ellos del aeropuerto e imagino que nos dijimos adiós como si tal cosa, como hacen los niños. Mi familia, sin embargo, tenía que tomar otro avión para cruzar el estrecho de Bass, desde Melbourne hasta Hobart. Así que nuestra primera noche juntos la pasamos en un hotel del aeropuerto, en la misma habitación.

Nada más llegar, mamá me metió en la bañera, donde me enjabonó de pies a cabeza para matar los piojos y otros parásitos. Mi estado general era muy distinto del de los niños australianos. Además de parásitos externos, resultó que tenía una tenia, varios dientes rotos y un soplo cardíaco (que, por suerte, no duró mucho). Ser pobre en la India le pasa factura a tu salud, y vivir en la calle te deteriora todavía más.

Aquella primera noche en Australia dormí muy bien: estaba claro que me iba acostumbrando a los hoteles. A la mañana siguiente, cuando me desperté, vi que mis padres me estaban observando desde su cama, esperando a que me moviera. Al principio me limité a mirarlos desde debajo de las sábanas. Mi madre dice que

recuerda aquella mañana con total claridad. En su cama de matrimonio, mi padre y ella se incorporaban un poco para mirar al montoncito de sábanas de la supletoria del otro extremo de la habitación, del que sobresalía una pelambreira negra. Yo me asomaba para espiarlos a cada ratito. Tiempo después, cuando yo todavía era pequeño y rememorábamos aquella primera noche en familia, yo les recordaba: «Yo espiando, yo espiando».

Diría que ninguno acababa de creerse lo que estaba pasando: que los desconocidos con los que compartía habitación fuesen a convertirse en mis padres, o que aquel niño de la India fuese a ser su hijo.

Después de desayunar volvimos a meternos en un avión: un vuelo corto hasta Hobart, donde eché el primer vistazo al que sería mi nuevo país fuera de un hotel o un aeropuerto. Para unos ojos como los míos, acostumbrados al gentío y la contaminación de uno de los lugares más populosos del mundo, aquello parecía deshabitado e impoluto: las calles, los edificios... ¡hasta los coches! No se veía una sola persona de piel tan oscura como la mía, pero la verdad es que apenas se veía un alma. Parecía casi un desierto.

Durante el trayecto en coche hasta los alrededores de Hobart, a través de un paisaje desconocido para mí, contemplé una ciudad de palacios refulgentes, entre los que se encontraba mi nueva casa. La reconocí por el álbum rojo, pero en la realidad me pareció todavía más grande e impresionante. Dentro había cuatro dormitorios para tres personas, todos ellos enormes, muy limpios y ordenados. Tenía un salón enmoquetado, con cómodos sofás y el televisor más grande que había visto en mi vida, un baño con una bañera grande, una cocina con alacenas llenas de comida... y un frigorífico. Me encantaba ponerme delante de él para sentir el aire frío cuando alguien abría la puerta.

Pero lo mejor de todo era mi habitación; nunca había tenido habitación propia. Las dos casas en las que había vivido en la India consistían en un único cuarto, y después, por supuesto, había compartido un dormitorio comunitario con otros niños. Sin embargo, no recuerdo que tener que dormir solo me diera miedo; quizá me había acostumbrado durante el tiempo que pasé en la calle. Me daba miedo la oscuridad, eso sí, y tenía que dormir con la puerta entreabierta y la luz del pasillo encendida.

En la habitación había una cama mullida solo para mí, con un gran mapa de la India colgado en la pared, y ropa nueva y calentita para el fresco clima de Tasmania. Además, el suelo estaba lleno de libros ilustrados y juguetes. Tardé un poquito en darme cuenta de que eran para mí —de que eran todos para mí— y de que podía jugar con ellos siempre que quisiera. No bajaba la guardia, tal vez como si esperase que viniese otro niño mayor que yo a quitármelos. Tardé un poco en acostumbrarme a la idea de poseer cosas.

Sin embargo, la adaptación al estilo de vida occidental me resultó sencilla en

general gracias a la orientación de mis padres, que dicen que me acomodé muy bien. Al principio comíamos mucha comida india y mamá me fue introduciendo poco a poco a la dieta australiana. Las diferencias eran enormes, y no solo en los sabores: mi madre recuerda que un día la vi guardando carne roja en la nevera y que fui corriendo hacia ella gritando «¡Vaca, vaca!». Para un niño criado en el hinduismo, matar al animal sagrado era tabú. Mamá dudó unos instantes y luego sonrió y dijo: «No es vaca, es ternera». Al parecer, fue suficiente para tranquilizarme. Al final, el placer de disponer de comida abundante a mi alcance se impuso a cualquier resistencia de mi paladar o mi bagaje cultural.

Un aspecto de la vida en Australia que me atrajo enseguida fue el vivir cerca de la naturaleza. En la India siempre estuve en un pueblo o una ciudad y, aunque podía vagabundear a mis anchas, estaba rodeado de edificios, carreteras y gente. En Hobart, mis padres eran muy activos y salían conmigo a jugar al golf, a observar aves y a navegar. Mi padre me llevaba con frecuencia en su catamarán biplaza, lo que no hizo más que aumentar mi amor por el agua, y por fin acabé aprendiendo a nadar. Algo tan sencillo como ser capaz de mirar al horizonte me daba mucha paz. La India estaba experimentando un desarrollo tal que muchas veces no veías otra cosa que una aglomeración de edificios a tu alrededor; era como estar en un laberinto gigante. Hay personas a las que el ajetreo de las grandes ciudades las estimula y las emociona, pero la perspectiva cambia por completo cuando te ves obligado a mendigar o intentas que la gente se pare a escucharte un momento. Así que, en cuanto me acostumbré a la sensación, los espacios abiertos de Hobart me parecieron reconfortantes.

Vivíamos en un barrio residencial llamado Tranmere, separado del centro de Hobart por el río Derwent, y al cabo de un mes empecé a ir al colegio de Howrah, el barrio de al lado. Hasta pasados unos años no me di cuenta de que un par de meses antes de llegar a Australia, cuando intentaba sobrevivir en las calles de Calcuta, estuve en una zona llamada precisamente Howrah, que da nombre a la inmensa estación de ferrocarril de la ciudad y al famoso puente. La versión de Hobart es un bonito barrio residencial costero con colegios, clubes deportivos y un gran centro comercial. Al parecer, el nombre se lo puso en la década de 1830 un oficial del ejército británico que había estado destinado en la capital de Bengala Occidental y que, al trasladarse a vivir a Hobart, había encontrado cierto parecido en sus colinas y el río. Si existía alguna semejanza entonces, hoy ha desaparecido por completo.

Me encantaba ir al colegio. En mi barrio de la India no había ninguna escuela pública, por lo que es probable que nunca me hubieran escolarizado de no haber venido a vivir a la Howrah australiana. Como el resto de la comunidad, el colegio era de mayoría anglosajona, aunque había un par de niños de otros países. Yo recibía clases extra de inglés, junto con un alumno chino y otro que también venía de la India.

Aunque me había acostumbrado bastante al cambio de color y de cultura que me rodeaba, yo llamaba sin duda la atención de todos, sobre todo por tener padres

blancos. Los demás niños hablaban de sus familias y de que venían del campo o de Melbourne, y me preguntaban de dónde era yo, pero no sabía decirles más que «Soy de la India». Por supuesto, esto no era suficiente para su curiosidad infantil y querían saber por qué estaba allí, con una familia blanca. Mamá acabó con tanto interés al hablar de mi adopción durante el día de padres y alumnos. Mis compañeros parecieron quedar satisfechos con sus explicaciones y no volvieron a preguntar más.

No recuerdo que hubiera racismo en el colegio. Según mamá, sin embargo, sí se produjeron situaciones que yo no alcanzaba a entender. Quizá esa fue la ventaja de no comprender el idioma desde el principio. Parece ser que en una ocasión le pregunté qué era un «*black basket*<sup>[1]</sup>», cosa que le sentó muy mal. En otra ocasión, mientras hacía cola para apuntarme a un equipo de deportes, papá oyó que la mujer que tenía delante decía: «No quiero que vaya en el mismo equipo que ese negro». No pretendo quitar importancia a comentarios de ese tipo, pero en comparación con lo que me han contado de sus experiencias otros no anglosajones, creo que no me ha ido demasiado mal, y siempre he tenido la sensación de haber crecido sin ninguna cicatriz causada por el racismo.

Me temo que mis padres no pueden decir lo mismo. Según ellos, en la Sociedad Cultural India de nuestra zona, en la que se celebraban cenas y bailes, llegamos a llamar negativamente la atención. En Hobart había una comunidad india bastante grande, procedente de Fiji y Sudáfrica y de la India misma, y durante un tiempo participamos en las actividades que organizaba. Sin embargo, mis padres empezaron a notar que los trataban con cierto recelo, y llegaron a la conclusión de que no estaba bien visto que una pareja de blancos le arrebatasen a la India uno de sus hijos. Por supuesto, no hace falta decir que yo no me enteraba de nada de todo aquello.

También colaboramos con otra organización, ASIAC, la Sociedad Australiana para la Ayuda Internacional (Infancia), que ayudaba a las familias que optaban por la adopción internacional. Mamá se implicaba mucho y ayudaba a otras familias australianas a enfrentarse a los continuos cambios burocráticos y a las dificultades emocionales que entrañaba todo el proceso. A través de aquella organización conocí a más niños que habían llegado a Australia desde otros países y que ahora formaban parte de familias multirraciales. Mi madre me contó que en nuestro primer picnic con la ASIAC me quedé sorprendido, e incluso quizá un poco molesto, al descubrir que no era el único niño «especial» de Hobart. A pesar de aquella lección de humildad, hice algunos amigos, como Ravi, otro niño indio que vivía en Launceston, y nuestras familias se visitaron a menudo durante aquellos primeros años.

La ASIAC también me puso en contacto con algunos niños de Nava Jeevan. Mi mejor amiga, Asra, estaba en una familia de Winchelsea, la ciudad del río Barwon, en el estado de Victoria, y nuestras familias nos habían mantenido en contacto por teléfono. Un año después de mi llegada, nos reunimos en Melbourne con Abdul y Musa, otros dos niños adoptados, para ir al zoo. Yo estaba encantado de ver caras familiares y todos nos pusimos a hablar de nuestras nuevas vidas, comparándolas con

las que llevábamos cuando vivíamos juntos en el orfanato. Aunque no me había parecido un lugar terrible, creo que ninguno de nosotros deseaba volver. Diría que todos estaban tan contentos como yo.

Aquel mismo año, la señora Sood en persona vino a Hobart, acompañando a Asha, una niña que había sido adoptada y a la que yo recordaba del orfanato. Me alegré mucho de volver a ver a la señora Sood: nos había cuidado muy bien, y durante el tiempo que pasé perdido en la India no conocí a nadie tan amable ni merecedor de confianza. Quisiera creer que para ella era una satisfacción ver en su nuevo entorno a algunos de los niños a los que había ayudado. La señora Sood tenía que bregar con los numerosos traumas de los niños que estaban a su cargo, pero siempre he pensado que su trabajo debía de darle al menos tantas satisfacciones como amarguras. Es posible que algunas adopciones no salieran tan bien como la mía, pero estoy seguro de que, en más de una ocasión, una visita a los niños para los que había encontrado una nueva familia le habrá dado las fuerzas necesarias para volver al trabajo.

Cuando tenía diez años, mis padres adoptaron otro niño de la India. Yo estaba encantado de tener un hermano. De hecho, diría que la persona que más echaba de menos de mi país era mi hermana, hasta el punto de que, cuando me preguntaban qué regalo de Navidad quería, a veces respondía: «Quiero a Shekila». Echaba mucho de menos a mi madre biológica, por supuesto, pero desde el primer momento mi mamá adoptiva había sido una madre excelente, y contar con la atención de un padre me hacía muy feliz. No podían sustituir a mi madre biológica, pero sí que lograron atenuar la pérdida lo máximo posible. La única figura que verdaderamente me faltaba, sobre todo para una persona como yo, acostumbrada a estar sin supervisión paternal durante largos periodos, era un hermano o una hermana.

Shekila había sido mi responsabilidad. Era la persona de la familia a la que más unido estaba y cuyo recuerdo más me atormentaba. Mamá recuerda que a veces le decía que me sentía culpable por no haberme esforzado al máximo en cuidar de ella. Es posible que tuviera en mente la noche que me marché con Guddu.

Cuando mis padres pidieron un niño en adopción por primera vez, no eligieron el sexo ni indicaron ninguna clase de restricción en su solicitud. Acogerían de buen grado a cualquier niño que necesitase un hogar, y así fue como llegué yo. La segunda vez hicieron exactamente lo mismo. Podrían habernos asignado una niña pequeña o alguien mayor que yo, pero quien llegó fue Mantosh, mi hermano pequeño.

No me importó que no fuese una hermana, me bastaba la idea de tener en casa otro niño con quien jugar. Y, suponiendo que sería más bien tranquilo y tímido como yo, se me ocurrió que podría ayudarlo a adaptarse a esta nueva vida. Que volvería a tener una persona a la que cuidar.

Sin embargo, Mantosh y yo no nos parecíamos en nada, en parte por las

diferencias naturales entre distintas personas, pero también por nuestras disparejas experiencias en la India. Esta es una de las razones por las que las personas que optan por la adopción, especialmente por la internacional, son tan valientes: a menudo, los niños que adoptan cargan con historias problemáticas y lo que han sufrido hace que les cueste adaptarse a su nueva vida. Para los nuevos padres puede resultar difícil comprenderlos e incluso más difícil ayudarlos. Yo era reservado y desconfiado; Mantosh, al menos al principio, era escandaloso y desobediente. Yo quería agradar, él se rebelaba.

Lo que sí teníamos en común es que el pasado de Mantosh también estaba lleno de incógnitas: él también había crecido en una familia pobre y no había ido a la escuela, ni sabía con certeza el año ni el lugar de su nacimiento. Llegó con nueve años, sin partida de nacimiento, historial médico ni documentación oficial alguna que registrase sus orígenes. Su cumpleaños lo celebramos el 30 de noviembre porque es el día de su llegada a Australia. Al igual que me pasó a mí, fue como caer a la tierra de la nada, pero, por suerte para él, aterrizó al cuidado de los Brierley, en Hobart.

Lo que ahora sabemos es lo siguiente: Mantosh nació en Calcuta o alrededores y se crió hablando bengalí. Su madre lo abandonó para huir de la violencia de aquella casa y a él lo enviaron a vivir con su abuela, que estaba muy débil y apenas era capaz de cuidar de sí misma y mucho menos de un niño pequeño, por lo que lo entregó al Estado. Así fue como Mantosh acabó al cuidado de la ISSA, la organización de adopción de la señora Sood, igual que yo. La señora Sood estaba muy emocionada con la idea de asignarlo a los Brierley, para que fuésemos hermanos.

Sin embargo, el proceso de adopción de Mantosh no fue tan fácil como el mío. Al tener padres, y pese a que no podía regresar con ellos —su madre se encontraba en paradero desconocido y su padre no lo quería—, los trámites para que fuera considerado apto para la adopción se complicaron. Una vez agotados los dos meses de plazo, hubo que devolverlo a Liluah, el terrorífico reformatorio al que también me habían enviado a mí, mientras la ISSA continuaba intentando arreglar su adopción. En Liluah, Mantosh no tuvo tanta suerte como yo y sufrió abusos sexuales y maltrato físico. Pasado el tiempo, descubrimos que también había sufrido traumáticos abusos a manos de sus tíos.

Los complejos procesos legales se prolongaron dos años, y para entonces sus experiencias ya le habían dejado unas cicatrices terribles. Lo único positivo de aquello fue que había aprendido más inglés que yo, y eso le resultó muy útil al llegar a Australia. Lo ocurrido con Mantosh es una muestra del daño que puede llegar a causar la burocracia del sistema de adopciones. Cuando, más adelante, llegué a conocer su pasado, no podía dejar de pensar en las noches que pasé en el reformatorio Liluah y en lo fácil que hubiese sido que yo sufriera las mismas experiencias que mi hermano.

Cuando llegó, Mantosh no parecía comprender del todo lo que significaba la adopción ni que su traslado era permanente. Es posible que no se lo explicasen con suficiente claridad o que no estuviera tan seguro como yo de que aquello fuese lo mejor que le podía pasar. Cuando empezó a comprender que no iba a regresar a la India no supo cómo tomárselo. Esos sentimientos contradictorios son comprensibles en todas las adopciones, y yo mismo los experimenté, aunque en una medida mucho menor. A eso hay que añadir una inestabilidad emocional sin duda causada por sus traumas. De pequeño, a veces le daban unas rabietas tremendas sin ninguna causa aparente y, aunque no era más que un niño flacucho, sacaba la fuerza de un hombre. Yo nunca había visto nada semejante y, por desgracia, aquello me hizo tratarlo con cierto recelo mientras fuimos pequeños. Nuestros padres se mostraron pacientes y cariñosos, pero firmes; y tanto Mantosh como yo los admiramos todavía más por su inquebrantable determinación de hacer de nosotros cuatro una familia.

Sin embargo, aunque ahora lo entiendo todo, por aquel entonces aquello me dejó descolocado. Como Mantosh lo estaba pasando muy mal, acaparaba casi toda la atención de nuestros padres. En ese momento yo ya me había adaptado bastante bien, pero todavía necesitaba que me recordasen con frecuencia que me querían y me cuidaban. Los celos entre hermanos son la mar de normales, pero es muy probable que nuestras reacciones fueran más acusadas de lo habitual debido a las inseguridades que arrastrábamos tanto Mantosh como yo. Por todo ello, poco tiempo después de que Mantosh se instalara con nosotros llegué incluso a escaparme de casa una noche. Una prueba de lo mucho que había cambiado, y de hasta qué punto había aprendido que el amor que une a las familias es indestructible, fue que no intenté volver a vivir en la calle otra vez. Como cualquier crío occidental que decide poner a prueba la entrega de sus padres, llegué hasta la cochera de autobuses que había a la vuelta de la esquina. Enseguida empecé a tener hambre y frío y volví a casa. Aun así, pese a que Mantosh y yo tuvimos nuestras diferencias, también íbamos a nadar y a pescar, y jugábamos al críquet y montábamos en bici juntos, como todos los hermanos.

A Mantosh no le gustaba tanto como a mí ir al colegio. Se sentía frustrado e interrumpía las clases con frecuencia, aunque al menos compartía mi entusiasmo por el deporte. A diferencia de mí, parecía atraer los comentarios racistas, a los que respondía con agresividad, y siempre acababan castigándolo. Aquello parecía animar a los abusones, que se entretenían haciéndolo enfadar. Por desgracia, sus profesoras no debían de estar demasiado bien preparadas para ayudar a un niño al que le costaba adaptarse a una nueva forma de vida; pero lo cierto es que el hecho de que Mantosh no estuviese acostumbrado a aceptar ni las órdenes de mujeres ni su autoridad, prejuicio este adquirido de su familia india, tampoco contribuyó a su causa. Yo también había tenido que aprender unas cuantas diferencias culturales. Mamá recuerda que, en una ocasión en que iba a llevarme en coche a no sé dónde, le dije,

enfurruñado: «Señora no conduce». Ella paró el coche en el arcén y me dijo: «¡Señora no conduce, niño camina!». Aprendí la lección enseguida.

Sé que mamá siente remordimientos porque, al necesitar Mantosh tanta atención, tuvieron que dejarme a mi aire más tiempo del que les habría gustado. Pero, aparte de alguna rabieta de vez en cuando, lo llevé bastante bien, tal vez porque era a lo que estaba acostumbrado en la India y me gustaba ser independiente. Y seguíamos haciendo muchas cosas en familia: salíamos a comer fuera todos los viernes, y cuando no había colegio íbamos de excursión.

Una vez, mis padres planificaron unas vacaciones familiares a lo grande: un viaje juntos a la India. Al principio me lo tomé con gran entusiasmo y a Mantosh también pareció gustarle la idea. Siempre habíamos estado rodeados de cosas indias y pensábamos mucho en el país, así que hablábamos emocionados de lo que veríamos y de adónde iríamos. Ninguno de los dos sabía dónde estaba su lugar de origen, por supuesto, así que visitaríamos otros sitios y conoceríamos mejor el país del que proveníamos.

Sin embargo, a medida que se aproximaba la fecha del viaje, empezamos a sentir ansiedad. No había forma de soslayar el hecho de que nuestros recuerdos del país no eran felices, y cuanto más real se hacía la perspectiva de volver, más vivos nos parecían aquellos recuerdos. Afloraron muchas cosas que habíamos conseguido dejar atrás (o, al menos, apartar de nuestras mentes). Yo, desde luego, no quería volver a Calcuta, y comencé a ponerme nervioso al pensar que cualquier otro lugar que visitásemos resultara ser mi ciudad o algún otro sitio que pudiese reconocer. No es que no quisiera encontrar a mi otra madre, pero era feliz allí... quería las dos cosas. Me sentía confuso y cada vez más alterado. Y, tal vez de forma inconsciente, tenía miedo de volver a perderme. Imagino lo que pasaría por la mente de Mantosh.

Al final, nuestros padres entendieron que aquel viaje removería demasiadas emociones y que, por el momento, era mejor no agitar las aguas.

## 6

### EL VIAJE DE MI MADRE

No podría escribir sobre mi viaje sin explicar cómo llegaron a decidirse mis padres a adoptar a dos niños de la India. Y no a dos niños en particular. Como ya he dicho, a diferencia de la mayoría de los padres adoptivos occidentales, estaban dispuestos a acoger a cualquier niño que les asignasen, sin importar el sexo, la edad o las circunstancias: un acto, en mi opinión, extraordinario y generoso. Cómo llegaron a tomar esa decisión también es parte de mi historia.

Mi madre, Sue, nació en la costa noroccidental de Tasmania, adonde sus padres habían emigrado desde Europa Central después de la Segunda Guerra Mundial. Ambos habían tenido infancias difíciles.

Su madre, Julie, había nacido en Hungría, en el seno de una familia pobre con catorce hijos. El padre de Julie emigró a Canadá para trabajar de leñador, con la intención de enviar dinero a la familia, pero abandonó a su esposa e hijos y no regresó jamás. Los hermanos mayores intentaron colaborar lo mejor que pudieron, pero con la llegada de la guerra casi todos ellos fueron llamados a filas y murieron en combate. Cuando los rusos llegaron a Hungría persiguiendo a los nazis en retirada, la familia de Julie había huido a Alemania para no regresar. (Al terminar las hostilidades en Hungría, algunos de los lugareños que también habían sido desplazados intentaron regresar a sus hogares, pero la familia de Julie pensó que era demasiado peligroso. Muchos de los húngaros que volvieron a su país encontraron sus casas ocupadas por rusos y cuando intentaron reclamarlas lo que recibieron fue un tiro en plena calle.) Julie tenía solo diecinueve años cuando la guerra se acercaba a su fin.

El padre de mi madre, Josef, era polaco y también había pasado por una infancia traumática. Cuando tenía cinco años, su madre falleció y su padre volvió a casarse. Su madrastra lo odiaba tanto que dicen que intentó envenenarlo, y al final acabaron por enviarlo con su abuela, que fue quien lo crió. Mi madre dice que, a causa de aquella madrastra, la abuela le inculcó un profundo resentimiento contra las mujeres.

Cuando la Alemania nazi invadió Polonia al principio de la guerra, Josef se unió a la resistencia y participó en misiones con explosivos y armas de fuego, pero aquellas experiencias lo perturbaron profundamente. Por último, pese a su papel en la resistencia, huyó también del avance ruso y acabó en Alemania.

Josef era un hombre apuesto —alto, moreno y guapo—, y cuando Julie lo conoció, en medio del caos de los últimos coletazos del conflicto, se enamoró de él. Se casaron y, terminada la guerra, tuvieron una hija a la que llamaron Mary. Era un periodo turbulento, en el que las carreteras y las vías férreas de toda Europa estaban

llenas de desplazados, y la pareja deseaba viajar al Nuevo Mundo para empezar de cero. Consiguieron llegar hasta Italia y embarcar en un buque que creyeron que los llevaría a Canadá, pero acabaron zarpando hacia Australia. Así que, al igual que un buen número de refugiados, no terminaron en el lugar que habían elegido, pero le sacaron todo el partido que pudieron.

Julie pasó al menos un año en Bonegilla, el infame campo para inmigrantes de Victoria, situado cerca de AlburyWodonga, cuidando del bebé, mientras que Josef, contratado para construir casas en Tasmania, vivía en otro campo de trabajo. La idea era que las mandaría a buscar cuando tuviese una casa adecuada para una familia. Sin duda, Julie debió de acordarse de su padre, pero Josef cumplió su palabra, y cuando surgió la oportunidad de compartir con otra familia una granja situada a las afueras de la ciudad de Somerset, cerca de Burnie, Josef y Julie volvieron a reunirse. Josef era muy trabajador y no tardó mucho en comprar la granja vecina, donde construyó una casita para su familia. Mary tenía seis años cuando nació mi madre, en 1954. Dieciséis meses más tarde, tuvieron otra hermana: Christine.

Al igual que muchos otros supervivientes de la guerra, Josef sufría traumas psicológicos, que se fueron haciendo más evidentes con el paso de los años. La primera infancia de mi madre fue muy dura, sobre todo debido a los cambios de humor de su padre, que pasaba de la melancolía a la furia y la violencia. Ella lo describe como un hombre grande y fuerte que le daba miedo. Josef procedía de un ambiente en el que era corriente pegar a la esposa y a los hijos. Polaco hasta la médula, bebía mucho vodka a diario y se empeñaba en comer platos tradicionales de cerdo frito con repollo y patatas día sí y día también. Mamá, que no los podía soportar, se volvió flacucha y enfermiza. Hoy todavía es incapaz de hablar de lo que la obligaban a comer sin sentir náuseas.

Josef hizo mucho dinero en el sector de la construcción y adquirió numerosas propiedades inmobiliarias. Mamá cree que tal vez llegara a ser el primer millonario de Somerset, aunque nadie sabe con exactitud cuánto dinero pudo acumular. Por desgracia, a medida que sus problemas se fueron agravando, también lo hicieron sus delirios, y se convirtió en un hombre trastornado, famoso por sus malas gestiones empresariales. También empezó a negarse a pagar los impuestos y las tasas correspondientes a sus propiedades. Tal vez se debiera a su salud mental o a que se negaba a reconocer la autoridad civil, pero el caso es que no los pagaba y aquello provocó su caída y la ruptura de la familia.

Mamá maduró pronto y logró escapar de aquellas circunstancias tan difíciles. Dejó el colegio en el décimo curso, cuando su padre se empeñó en que buscara trabajo, y lo encontró en Burnie, de auxiliar de farmacia. Ese sueldo le proporcionó cierta independencia por primera vez en su vida. Ganaba unos quince dólares a la semana, de los que entregaba dos a su madre para contribuir a su manutención. Buena

parte del resto lo empleaba en prepararse un ajuar, con todo lo que podría necesitar en la vida de casada que esperaba llevar. A los dieciséis, tras años de estrés y desnutrición en casa, sintió por fin que su vida daba un giro.

Un día, comiendo con un par de amigas a la hora del descanso, mamá se fijó en un chico que había venido de Hobart (los visitantes de la capital siempre eran noticia en Burnie). Se llamaba John Brierley. Más tarde, John les preguntó a las otras chicas por su amiga Sue y no tardó mucho en llamarla por teléfono para invitarla a salir.

John tenía veinticuatro años y era un guapo surfista, rubio y bronceado, educado y agradable. Su padre era un piloto británico de la British Airways que se había retirado a los cincuenta años y había emigrado a Australia con su familia en busca de climas más cálidos. A John, que entonces estaba en la adolescencia, no acababa de convencerle la idea de dejar Inglaterra, pero en cuanto llegó a Australia y conoció el estilo de vida del surf y la playa se le pasó la nostalgia. Papá no ha vuelto a Inglaterra.

Antes de conocer a mi padre, mamá no había mostrado ningún interés por salir con chicos, sobre todo por sus experiencias con su padre. Sin embargo, cuando Mary, su hermana mayor, conoció al que sería su marido, mamá descubrió que existían hombres decentes y respetuosos que no pegaban a sus esposas e hijos. Aquello le hizo ver que había hombres en los que sí se podía confiar.

Al cabo de un año, en 1971, a papá le ofrecieron un ascenso que conllevaba un traslado al continente, pero en lugar de marcharse y olvidarse de mamá, decidió quedarse en Tasmania y pedirle matrimonio. Se casaron un sábado, se mudaron a un pisito de Hobart y el lunes siguiente mi madre empezó a trabajar en una farmacia de la zona. Fue como si papá hubiera aparecido en un caballo blanco, la hubiese tomado en brazos y antes de darse cuenta estuviesen casados y viviendo juntos. Con mucho trabajo y ahorro, se compraron un terreno en el barrio residencial de Tranmere, en la costa, y empezaron a construirse la casa en la que, en 1975, mamá cumplió veintiún años.

Aunque mamá había conseguido marcharse de Burnie, la situación de su familia empezó a complicarse seriamente, lo que la afectó mucho. Su padre, Josef, se declaró dos veces en bancarrota, la segunda a causa de una multa fiscal de 500 dólares que se negó a pagar. Lo mandaron a la cárcel de Burnie hasta que saldara sus deudas. Tenía escondidos en casa miles de dólares con los que se podría haber pagado su fianza, pero nadie lo sabía (no se lo había dicho a nadie).

A partir de entonces todo fue de mal en peor. El contable designado por el tribunal ordenó una liquidación para obtener unos cuantos miles de dólares con los que pagar los impuestos pendientes y la multa, y luego reclamó unos honorarios superiores a la cantidad recaudada con la liquidación, por lo que la familia acumuló una nueva deuda, en este caso con el contable. Cuando mamá rondaba los treinta, a Josef lo trasladaron a la prisión de Hobart. Allí, por la abstinencia del alcohol, entre otras cosas, se volvió extremadamente violento, y lo transfirieron a un psiquiátrico

penitenciario.

Estando internado allí, Josef pidió un préstamo a un usurero que en menos de un año, y en concepto de intereses, se las apañaría para quitarle todo lo que le quedaba y dejar a la familia sin nada. Un año después, mi abuela acabó abandonando a su inestable marido, y Josef, todavía en prisión, la culpó de todo y amenazó con matarla. Ella se fue a vivir a un piso cerca de una fábrica papelera cuyas emanaciones tóxicas la hicieron enfermar, hasta que mi madre, que entonces ya había adoptado a dos hijos, pudo traerla a vivir con nosotros en Hobart. A Mantosh y a mí nos encantaba tener a la abuela cerca. Aunque en aquella época Josef ya estaba de nuevo en la calle, nuestra madre no quiso exponernos a aquel hombre tan conflictivo, así que no llegamos a conocerlo. Murió cuando yo tenía doce años.

A causa de las dificultades por las que había pasado, mamá tenía un carácter fuerte y decidido, y sus prioridades eran distintas a las de muchos conocidos suyos. Los primeros años de su matrimonio coincidieron con una época de cambio en Australia. Tras la agitación de los años sesenta, en 1972 se formó un Gobierno laborista encabezado por Whitlam, y el panorama político y social sufrió una gran transformación. Aunque sería exagerado decir que mis padres eran *hippies*, lo cierto es que las ideas «alternativas» que empezaban a circular por aquel entonces les atraían.

Se tenía una conciencia cada vez mayor del problema de la superpoblación y de los efectos que tantos miles de millones de personas causarían en el medio ambiente de todo el planeta. Había más cuestiones candentes, como la guerra. Papá tuvo la suerte de que no lo mandaran a combatir a Vietnam. Inspirada por sus ideas progresistas, mamá veía en la adopción de niños de países en vías de desarrollo la posibilidad de ayudar a una persona.

Con la experiencia de su propia infancia, no era nada extraño que el concepto de la familia biológica no fuera algo sagrado para ella. Aunque se había criado en el catolicismo y en una cultura donde se esperaba que las mujeres tuvieran hijos, mi padre y ella pensaban que en el mundo había ya mucha gente y demasiados niños en situaciones desesperadas. Creían que había otras maneras de formar una familia sin necesidad de tener hijos biológicos.

En ese convencimiento influyó también un episodio extraordinario que tuvo lugar en el pasado de mamá. Hacia los doce años, la tensión derivada de los conflictos de su familia le provocó una especie de crisis nerviosa durante la cual experimentó lo que solo puede describir como una «visión». Sintió que la atravesaba una descarga eléctrica y vio un niño de piel morena de pie a su lado; lo percibió con tanta intensidad que incluso notó el calor que desprendía su cuerpo. Tan grande fue la impresión que llegó a dudar de su salud mental, e incluso se preguntó si había visto un fantasma. No obstante, con el paso del tiempo aquella visión la inquietó cada vez

menos y acabó considerándola algo precioso, una especie de aparición de la que nadie más que ella sabía nada. Fue la primera vez en su deprimente vida en la que experimentaba la sensación apabullante de algo bueno, y se aferró a ese recuerdo.

Siendo todavía joven, y con un marido de ideas afines, se le ofrecía un modo de hacer realidad aquella visión. Así pues, aunque podían tener hijos, mis padres optaron por la adopción internacional con el fin de proporcionar un hogar y cariño a algún niño que estuviera privado de ellos. Según reconoce papá, en el primer momento la más convencida era mamá; para ella, de hecho, la negativa de mi padre podría haber significado el fin del matrimonio. Sin embargo, él se mostró encantado con el plan y una vez tomada la decisión ya no vacilaron.

Y motivos para replanteárselo no les faltaron. Al hacer las primeras consultas a las autoridades tropezaron ya con el primer problema: en aquella época las leyes estatales de Tasmania no permitían la adopción a las parejas fértiles. Y no había nada más que hablar; pero no por ello cambiaron sus principios y, puesto que no podían adoptar, decidieron apadrinar niños extranjeros necesitados (todavía lo siguen haciendo) y disfrutar de su dinero llevando una vida sin hijos, saliendo a cenar, navegando y yéndose de vacaciones todos los años.

No obstante, nunca abandonaron la idea de la adopción. Por supuesto, no sentían el tictac del reloj biológico y tampoco les preocupaba la otra restricción temporal vigente en aquella época (entre el padre adoptivo más joven y el hijo no podía haber más de cuarenta años de diferencia, debido al gran esfuerzo que el cuidado de niños pequeños supone para las personas mayores), ya que no habían pedido a un hijo de ninguna edad en concreto.

Habían pasado dieciséis años desde el momento en que decidieron adoptar por vez primera cuando un buen día mamá se encontró con Maree, una niña de piel oscura muy guapa, que había sido adoptada por una familia de la ciudad que ya tenía un hijo biológico, y deduciendo que habrían cambiado la ley que prohibía la adopción a los padres fértiles, se le erizó el vello de la nuca (tuvo la rara sensación de que aquella niña podía ser su aparición). Enseguida volvió a informarse sobre la adopción y, contentísima, corroboró que papá y ella ya podían solicitar una adopción internacional. Pese a tener la vida muy encarrilada por otros cauces, no dudaron en iniciar el proceso.

Después de muchas entrevistas, montones de papeleo y comprobaciones policiales, finalmente les dieron el permiso para adoptar. Entonces tuvieron que escoger un país al que enviar su expediente. Sabían por un grupo de adopción de Victoria que la organización ISSA, de Calcuta, estaba inspirada por fines humanitarios y era la más rápida a la hora de encontrar nuevos hogares para los niños indios sin familia. Mamá siempre había sentido un gran interés por la India y no ignoraba las condiciones en las que tenía que vivir la gente en aquel país: en 1987,

cuando la población de Australia era de 17 millones de personas, en la India murieron unos 14 millones de niños a causa de enfermedades o inanición. Aunque la adopción de un niño no fuera más que una gota de agua en un océano, era algo que estaba en su mano. Y para ese niño en concreto sería algo importantísimo. Escogieron la India.

Algunos padres adoptivos tienen que esperar diez años para encontrar un hijo que reúna una serie de condiciones: puede que quieran un recién nacido para criarlo desde el primer momento o que tengan preferencias en cuanto al sexo o la edad. Mis padres creían que, para ser coherentes, tenían que ofrecer su ayuda a quien la necesitara, y no a quien cumpliera una serie de requisitos. Así que se limitaron a decir que querían «un hijo».

El lema de la ISSA, la organización dirigida por la maravillosa señora Saroj Sood, es: «En algún lugar espera un niño. En algún lugar espera una familia. En la ISSA nos encargamos de reunirlos». Y lo cierto es que en nuestro caso fue así de sencillo. Pocas semanas después de enviar la solicitud, mis padres recibieron una llamada y se les informó de que les habían asignado un niño llamado Saroo, que no sabía su apellido ni apenas nada de sus orígenes. Según mamá, desde el momento en que vieron la fotografía que la ISSA había adjuntado a un documento del juzgado, tuvieron la sensación de que era su hijo.

Al oír la noticia mamá quedó encantada, pero no perdió la calma: siempre había sentido en su interior que la visión que había tenido a los doce años significaba que estaba destinada a adoptar un niño. Se diría que el destino los hubiera hecho esperar dieciséis años para que su solicitud llegase en el preciso instante en que yo los estuviera esperando.

A mamá le gustaría que más australianos se decidieran a ayudar, mediante la adopción o el apadrinamiento, a niños de otros países que viven en circunstancias muy duras. El estrés provocado por los problemas burocráticos que retrasaron la adopción de Mantosh le acarreó graves problemas de salud, de ahí que sea partidaria de sustituir las numerosas leyes estatales australianas sobre la adopción internacional por una ley federal simplificada. Cree que si los gobiernos no pusieran tantas trabas quizá habría más familias que dieran ese paso.

La historia de mamá me lleva a pensar que la suerte que he tenido ha sido enorme, casi una bendición. La durísima infancia que tuvo que pasar la hizo más fuerte, y ha sabido aprovechar su experiencia para hacer algo que merezca la pena. Espero ser capaz de seguir su ejemplo, y estoy seguro de que Mantosh desea lo mismo. El saber lo que es una infancia terrible le permitió ser una madre estupenda para los niños que adoptó y una fuente de inspiración para los adultos en los que nos hemos convertido. La quiero por como es, pero por encima de todo la respeto por su forma de vivir y por las decisiones que tomó junto a papá. Tengo muy claro que siempre les estaré profundamente agradecido por la vida que me dieron.

## ME HAGO MAYOR

Cuando empecé el instituto, el mapa de la India seguía colgado en mi habitación, pero eclipsado por los pósteres de Red Hot Chili Peppers: me iba convirtiendo en un australiano, en un orgulloso *tassie* (como se llama coloquialmente a los tasmanos).

No había olvidado mi pasado ni dejado de pensar en mi familia india, por supuesto. Continuaba decidido a no olvidar ningún detalle de mis recuerdos de infancia, y a menudo los repasaba mentalmente, como contándome una historia a mí mismo. Rezaba porque mi madre siguiera viva y le fuesen bien las cosas. A veces me tumbaba en la cama e imaginaba las calles de mi ciudad natal: andaba por ellas hasta llegar a casa, abría la puerta y velaba el sueño de mi madre y Shekila. Entonces, transportado hasta allí, me concentraba en hacerles llegar el mensaje de que estaba bien y de que no se preocupasen. Era casi una meditación. Pero esos recuerdos ya no ocupaban el primer plano de mi vida, se habían convertido en un telón de fondo. Mi adolescencia apenas se distinguía de la de cualquier otro chico de mi edad.

Como en secundaria había muchos más chicos de diferentes orígenes étnicos que en primaria, sobre todo griegos, chinos y otros indios, el sentimiento de ser distinto que pudiera haber albergado se difuminó. Hice buenos amigos, tocaba la guitarra en un grupo de rock de la escuela y seguía practicando muchos deportes, sobre todo fútbol, natación y atletismo. Íbamos a un instituto relativamente pequeño, lo que contribuyó a que Mantosh se tranquilizara un poco.

Yo conservaba mi independencia y vivía bastante a mi aire. A los catorce años iba con mis amigos al muelle de la ciudad a pasar el rato y beber a escondidas. Tampoco tardé en tener novia. No es que fuera especialmente rebelde, pero cada vez dedicaba más tiempo a gandulear. Resulta tentador relacionar esta fase de mi vida con mi infancia y adopción, pero, sinceramente, creo que no era otra cosa que la edad del pavo.

Nunca había sido un estudiante muy aplicado, pero mis notas empezaron a resentirse por culpa de mis intereses extraescolares, tanto deportivos como sociales, y a mis padres se les acabó agotando la paciencia. Los dos eran personas trabajadoras y voluntariosas, y les parecía que iba navegando a la deriva. Me dieron un ultimátum: dejar la escuela antes del duodécimo curso y buscar trabajo (como más tarde haría Mantosh), esforzarme por entrar en la universidad o alistarme en las fuerzas armadas.

Aquello fue un *shock*. La idea del ejército me alarmó (esa era la intención de mis padres), pues esa vida institucional me recordaba demasiado a los orfanatos que quería dejar atrás. Sin embargo, aquella propuesta también tuvo un efecto más positivo: me recordó el ardiente deseo de aprender que sentía cuando estaba en la India. Me habían dado una vida que no podría haber imaginado, y aunque la estaba disfrutando, tal vez no le estaba sacando todo el provecho posible.

No necesitaba ningún otro incentivo para ponerme a trabajar en serio, y desde entonces me convertí en un estudiante modélico: al salir de clase me encerraba en mi habitación a repasar, mis notas mejoraron e incluso llegué a ser de los mejores en algunas asignaturas. Al terminar el instituto opté por un grado de formación profesional en contabilidad, un programa de tres años que más tarde podría ayudarme a entrar en la universidad. También empecé a trabajar en el sector de la hostelería.

Después de aquel toque de atención, mis padres no me presionaron para que siguiera ningún camino en concreto y nunca me hicieron sentir que les debiera algo por haberme adoptado. Me apoyaban en lo que decidiera hacer, siempre que me esforzara. Les habría gustado que terminase el grado de formación profesional, pero disfrutaba tanto del dinero y la vida social que me reportaba la hostelería que abandoné la idea de llegar a la universidad y me olvidé de la contabilidad. En aquellos años el trabajo era inseparable de la diversión. Fueron buenos tiempos. Tuve varios empleos en bares, clubes y restaurantes de Hobart en los que hacía bailar las botellas como en la película *Cocktail* y promocionaba conciertos, pero la falta de perspectivas me hizo reaccionar (no quería quedarme estancado como mis compañeros) y decidí sacarme un título en dirección hotelera que, esperaba, me permitiera acceder a puestos de mayor responsabilidad. Tuve la suerte de recibir una beca para la Australian International Hotel School, en Canberra, donde, dada mi experiencia profesional, me redujeron los estudios de tres años a un año y medio.

Aunque seguía viviendo en casa de mis padres, pasaba casi todo el tiempo en el trabajo, estudiando o en casa de mi novia, conque la decisión de irme a vivir por mi cuenta no supuso ningún cambio trascendental. Creo que mis padres se alegraron de que tomara la iniciativa, y a todos nos pareció de lo más natural que hiciera las maletas y me fuese a vivir a Canberra.

El tiempo demostró que fue la mejor decisión que podía haber tomado. En Canberra, de forma inesperada, mi mente volvió a dirigirse hacia la India y empecé a pensar en cómo podía buscar el hogar de mi infancia.

Cuando en el año 2007 llegué a la residencia de estudiantes de Canberra, enseguida descubrí que no solo había muchos estudiantes internacionales, sino que en su mayor parte eran indios. La mayoría de ellos eran de Delhi y de las ciudades que entonces ya se conocían como Bombay y Calcuta.

En el instituto había conocido a otros chicos indios, pero todos ellos se habían criado en Australia, como yo. Encontrarme con aquel grupo de indios fue una experiencia totalmente distinta. Conmigo hablaban en inglés, pero entre ellos se comunicaban en hindi, idioma que yo no oía desde hacía años. Había olvidado casi por completo mi primera lengua —los indios del instituto solo hablaban inglés—, y al principio sufrí una especie de *shock* cultural inverso. En la compañía de aquellos estudiantes internacionales me vi despojado por vez primera de mi condición de

indio; en lugar de ser algo exótico, era el australiano entre los indios.

Me sentí atraído hacia ellos por la simple razón de que eran del mismo lugar que yo, algunos de ellos de la misma ciudad en la que me había perdido. Habían caminado por las mismas calles y viajado en los mismos trenes que yo. Respondieron a mi interés y me acogieron en sus círculos sociales. Fue con aquel grupo, a la edad de veintiséis años, cuando de verdad empecé a explorar por vez primera el hecho de ser indio. No fue una experiencia política ni académica, ni tenía nada que ver con los dudosos resultados obtenidos por las bienintencionadas asociaciones que mis padres habían probado. Simplemente empecé a sentirme cómodo con los estudiantes indios, con su cultura. Comíamos comida india y salíamos juntos de fiesta, íbamos de excursión a pueblos cercanos o nos reuníamos en la casa de alguien para ver películas *masala*, esas maravillosas producciones de Bollywood que mezclan la acción, las historias de amor, la comedia y el drama. No era nada falso ni forzado; era natural. Y las personas que conocí no tenían nada que ver con las organizaciones de adopción ni cargaban con ningún trauma. Eran personas normales que casualmente eran indias. Me animaron a volver a aprender mi lengua materna, y también descubrí algo acerca de las rápidas transformaciones que estaba causando la modernización de la India.

Les conté mi historia. En todos aquellos años no había podido relatar mi experiencia a nadie que supiese cómo era la enorme estación de Howrah, en Calcuta, o que el río que pasaba a su lado era el Hugli. Se quedaron asombrados, en especial los que por ser de Calcuta podían hacerse una idea más exacta de la vida que había llevado entonces. Compartir residencia en Canberra con alguien que hubiera pasado por aquello debía de parecerles increíble.

Esas conversaciones tuvieron dos consecuencias. La primera es que el pasado volvió a hacerse mucho más presente. Si bien había logrado conservar intactos mis recuerdos a fuerza de repasarlos en soledad, lo cierto es que llevaba mucho tiempo sin apenas hablar de ellos con nadie. Se los había contado a unas cuantas personas, muy pocas —principalmente a alguna novia—, no porque me avergonzara de ellos, sino porque ya no me parecían tan importantes. Cada vez que explicaba mi historia tenía que contestar a muchas preguntas, y me daba la impresión de que el concepto que tenían de mí los demás cambiaba de una forma exagerada: dejaba de ser simplemente Saroo para convertirme en Saroo «el que vivió en las calles de Calcuta», y por lo general yo quería ser solo Saroo. Sin embargo, las personas que ahora escuchaban mi historia sabían de lo que les hablaba, lo cual era muy distinto. Estoy seguro de que modificó la opinión que tenían de mí, pero en vez de crear un abismo entre nosotros, mi historia reforzaba el entendimiento mutuo. Relatársela a otros australianos había resultado un poco abstracto, era como hablar de un cuento de hadas, por mucho que se pusieran en mi lugar e intentasen imaginar cómo debió de ser. Contar mi experiencia a quienes conocían aquellos lugares de primera mano, en cambio, hacía que mis recuerdos fueran mucho más reales.

En segundo lugar, mi historia sacó al detective que aquellos estudiantes indios

llevaban dentro, y, decididos a averiguar el paradero de mi ciudad natal, me hicieron muchas preguntas sobre lo que recordaba. A través de sus ojos, y por vez primera desde mis días en la estación de Howrah, me parecía posible resolver aquel misterio. Estaba ante un grupo de gente que conocía bien el país; eran los adultos que tanto necesitaba cuando me perdí. Tal vez ahora podrían ayudarme.

Así pues, expuse a mis amigos mi pobre colección de pistas. Era la primera vez en muchos, muchos años que evocaba lo poco que sabía acerca de la geografía de mi niñez. Estaba Ginstlay, que podría ser el nombre de mi ciudad, pero también el del barrio o incluso el de la calle donde vivíamos. Y luego estaba la cercana estación donde me había subido solo al tren y que se llamaba algo así como «Berampur».

Les recordé que las autoridades de Calcuta ya habían intentado sin éxito encontrar mis orígenes a partir de esos fragmentos, pero a mis amigos les parecía un comienzo prometedor. Confesé que no sabía el tiempo exacto que había durado mi encierro en aquel tren, pero estaba seguro de que había subido de noche y creía que había llegado a Calcuta al día siguiente antes del mediodía (sin duda ya era de día). Aunque las experiencias traumáticas que sufrí en los días que pasé en la calle parecían impresas con gran detalle en mi memoria, era como si el primer gran trauma —el de verme solo y atrapado en el tren, sin poder evitar que me apartasen de mi casa— me hubiera superado completamente, ya que solo recordaba una sucesión de instantáneas angustiosas. Con todo, siempre tuve la sensación de haber viajado entre doce y quince horas.

Amreen, una chica de aquel grupo, dijo que le preguntaría a su padre —que trabajaba para la compañía ferroviaria india en Nueva Delhi— si conocía algún lugar con alguno de los nombres que yo recordaba y que estuviera situado a medio día de distancia de Calcuta. Me invadió una gran excitación e inquietud: nunca había estado tan cerca de la ayuda que había buscado en los andenes de la estación veinte años atrás.

Al cabo de una semana llegó la respuesta del padre de Amreen: nunca había oído hablar de Ginstlay, pero había un barrio llamado Brahmapur en la periferia de Calcuta, una ciudad llamada Baharampur en una zona más lejana de Bengala Occidental (el estado en el que se encuentra Calcuta, al este de la India) y una ciudad del estado de Orissa (en la misma costa oriental, un poco más abajo) que antes se llamaba Berhampur y ahora también se llamaba Brahmapur. Estaba claro que la primera de ellas (la que era un barrio de la propia Calcuta) no podía ser, pero me extrañó que ninguna persona a las que pregunté en la estación de Howrah me dirigiera a aquel lugar. O no lo había pronunciado bien, o es que ni siquiera se paraban a escuchar lo que les decía.

Los otros dos lugares no parecían mucho más probables. No estaban lo bastante lejos de la estación de Howrah para el viaje que yo había hecho, aunque era posible que hubiera seguido una ruta circular. La ciudad de Orissa estaba a menos de diez kilómetros de la costa oriental, pero yo no vi el mar hasta que lo sobrevolé de camino

a Australia. Una vez hice una memorable excursión para ver la puesta de sol en un lago que no quedaba muy lejos de mi ciudad, pero la vista del mar abierto desde el avión me dejó asombrado. ¿Era posible que hubiera crecido tan cerca de la costa y nunca hubiese visto el océano? Por otro lado, mis amigos creían que, a juzgar por mi aspecto, era probable que fuera de Bengala Occidental. Eso me recordó que, cuando ya vivía en Hobart, mi madre me había dicho que unos indios mayores a los que conocimos creían que yo podía ser del este. ¿Era posible que recordara mal el viaje en tren? ¿Podían el tiempo y la distancia haber crecido en la mente de un niño de cinco años asustado? Se iban sembrando pequeñas semillas de duda en mi mente.

Además de las corazonadas de mis amigos, comencé a utilizar internet para buscar más información. En mis últimos años de instituto ya teníamos internet en casa, pero entonces era muy diferente de como es hoy en día y, por supuesto, mucho más lenta; sobre todo en los tiempos de las conexiones por línea conmutada anteriores a la banda ancha. Lo que hoy entendemos por internet acababa de empezar y se conocía como «la red». Herramientas como Wikipedia estaban todavía en pañales cuando empecé la universidad. Hoy cuesta imaginar que uno no logre encontrar información sobre cualquier tema, por muy oscuro que sea, pero no hace tanto internet era más bien el feudo de los académicos y los cerebritos.

Tampoco existían las redes sociales, y ponerse en contacto con personas que no conocías de nada era mucho más difícil y raro. El correo electrónico era una forma de comunicación más formal, entonces no servía para contactar con el mundo de forma anónima. Y si a eso añadimos que por aquel entonces yo no pensaba tanto en mi pasado indio, resulta que, simplemente, no se me había pasado por la imaginación que aquel nuevo invento pudiera serme de utilidad.

En la universidad, además de algunos amigos indios que me animaban, tenía acceso a internet las veinticuatro horas del día y un ordenador en mi mesa de trabajo. Así que empecé a buscar toda la información que pudiera encontrar deletreando de todas las formas posibles «Ginestlay», sin ningún éxito... o al menos sin conseguir nada que tuviera el menor sentido. Algo semejante me ocurrió con los nombres parecidos a «Berampur»: demasiadas posibilidades y poco a lo que agarrarse para seguir.

Aunque empezaba a dudar de mis recuerdos sobre aquellos nombres y la duración del viaje, no tenía ninguna duda sobre lo que recordaba de mi familia y de la ciudad y las calles por las que había caminado de niño. Era capaz de cerrar los ojos y ver con claridad la estación de ferrocarril de Berampur donde había subido al tren, por ejemplo: la situación del andén, el gran paso peatonal elevado a un extremo y un enorme depósito de agua sobre una alta torre dominándolo todo. Sabía que si lograba ver cualquiera de aquellos lugares que mis amigos e internet me habían sugerido, podría decir sin vacilar si se trataba de mi casa o no. Los nombres eran lo único de lo

que no estaba seguro.

Los mapas tampoco servían de nada. Estaba convencido de que, si sabía dónde mirar, podría encontrar mi casa en medio de todos aquellos nombres y líneas, pero no conseguí ningún mapa lo suficientemente grande para incluir los nombres de las ciudades pequeñas, y aún menos los barrios o un callejero detallado, que era lo que yo necesitaba. Lo único que podía hacer era buscar nombres que me sonasen parecido y repasar las zonas más probables, teniendo en cuenta la distancia a la que se encontraban de Calcuta y mi aspecto físico. Pero aunque encontrase una ciudad con un nombre semejante a Berampur o Ginestlay, sería imposible comprobar si era la que buscaba. ¿Sería aquel lugar? ¿Quién sabe? ¿Cómo podría saber si allí estaba nuestra destartalada vivienda o la estación de tren que buscaba? Durante un tiempo acaricié la idea de viajar a Bengala Occidental para buscar en persona, pero no llegué a planteármelo en serio. ¿Cuánto tiempo podría pasarme deambulando por el estado en busca de un lugar que me resultase familiar? Es un territorio inmenso. Sería casi lo mismo que subirse a un tren cualquiera al azar en la estación de Howrah.

Fue entonces cuando supe de la existencia de un mapa que me permitiría recorrer el paisaje sin abandonar la seguridad de mi mesa de estudio: Google Earth.

Seguro que mucha gente recuerda la primera vez que utilizó Google Earth. Sus imágenes por satélite permitían mirar el mundo desde arriba, recorrerlo volando desde las alturas como un astronauta. Se podían ver continentes enteros, países o ciudades, o buscar el nombre de un lugar y descender directamente a un punto concreto y verlo con todo lujo de detalles: un primer plano de la Torre Eiffel, de la Zona Cero o de tu casa. De hecho, diría que lo primero que hacía todo el mundo era eso: empezar donde vivían para verlo desde las alturas, como un ave o un dios. Cuando me enteré de lo que se podía hacer con Google Earth, se me aceleró el pulso. ¿Se vería la casa de mi infancia, si averiguaba dónde buscarla? Google Earth parecía inventado para mí, era la herramienta perfecta. Me senté frente al ordenador y empecé a buscar.

Como nadie había llegado nunca a reconocer ni remotísimamente el nombre de Ginestlay, pensé que la referencia más fiable que tenía era la del lugar que sonaba parecido a Berampur. Y si lo encontraba, mi ciudad natal estaría cerca de allí, siguiendo la vía férrea. Así que busqué lugares semejantes a Berampur y, como siempre, obtuve numerosos resultados: existía un gran número de variaciones del nombre diseminadas a lo largo y a lo ancho de la India, algunas de ellas repetidas varias veces: Brahmapur, Bahampur, Berampur, Berhampur, Birampur, Burampur, Burhampur, Brahmpur... y así sucesivamente.

Me pareció lógico empezar por las dos poblaciones de Bengala Occidental y Orissa que me había sugerido el padre de Amreen. Lentas pero seguras, las imágenes aéreas de cada ciudad iban apareciendo en la pantalla: Google Earth funcionaba exactamente como había esperado. Con aquella herramienta podría ver cualquier punto de referencia que recordase y, con suerte, identificar el lugar que buscaba con

tanta facilidad como si estuviese allí en persona o, al menos, como si lo sobrevolase en un globo aerostático: para imaginar a pie de calle los lugares que contemplabas desde arriba era necesaria una pequeña contorsión mental.

Baharampur, en Bengala Occidental, tenía un par de estaciones de tren, pero en ninguna de ellas había un paso elevado como el que yo recordaba con tanta claridad, ni tampoco parecía haber ningún lugar con un nombre parecido a Ginestlay siguiendo las líneas férreas que salían de la ciudad. Además, una de ellas pasaba junto a varios lagos grandes que, sin duda, habrían sido visibles desde el tren; y donde yo vivía no había nada por el estilo, que yo supiera. Es más, el paisaje de la zona era totalmente distinto: en el lugar que buscaba había una sierra que la línea férrea atravesaba, cosa que no pude encontrar en esa zona, y todo se veía demasiado verde y frondoso. El paisaje de la región de donde procedo era un mosaico de tierras de cultivo salpicado de pueblos polvorientos. Aunque podrían haber cambiado ciertas cosas desde que yo vivía allí (nuevos sistemas de irrigación, por ejemplo, podrían haber dado un nuevo verdor a la comarca), los demás factores parecían descartar esa primera opción.

La región en la que se encontraba la ciudad del estado de Orissa, Brahmapur, parecía más seca, pero los andenes de su estación de tren, a ambos lados de las vías, eran muy largos y estaban cubiertos; una configuración muy distinta de la que yo buscaba, que era mucho más sencilla. Tampoco había ningún depósito de agua, pero sí una especie de silos por todas partes, cosa que sin duda habría recordado. Además, siguiendo las vías férreas tampoco se encontraba ningún Ginestlay. Y al ver una imagen de lo cerca que estaba el mar de la ciudad, no me quedó ninguna duda de que una cosa así no podía haberla ignorado.

El hecho de que ninguno de los dos lugares pareciese el que buscaba no era motivo para abandonar la esperanza (había muchos, muchos otros sitios que mirar), pero me desalentó. También hizo que me parara a pensar en lo mucho que podrían haber cambiado las cosas desde que yo vivía allí. Podían haber reformado o reconstruido las estaciones, las carreteras de la zona podrían haber cambiado, las ciudades haber crecido... Si esos cambios eran demasiados, tal vez no me sería tan fácil como creía reconocer la estación que andaba buscando.

A pesar de lo completo que era aquel nuevo recurso, o tal vez precisamente por eso, quedaba claro que buscar mi casa iba a resultar una tarea descomunal. Al no estar seguro de los nombres de las ciudades, no podía confiar en encontrar la respuesta utilizando la función de búsqueda. Y aunque me topase con la zona correcta, existía la posibilidad de que no la reconociera desde el aire. ¿Qué seguridad podía tener? Encima, por aquel entonces los ordenadores y la propia internet eran mucho más lentos que ahora. Google Earth era una herramienta increíble pero muy pesada, y utilizarla para recorrer grandes distancias me llevaría muchísimo tiempo.

Si pensaba tomarme en serio mis estudios, no podía pasarme todo el día peinando Google Earth. Así que, después de un periodo inicial de entusiasmo, me dije que estaba perdiendo el tiempo e intenté no dejarme distraer demasiado por el tema.

Durante algunos meses, de vez en cuando dedicaba algún tiempo a inspeccionar unos cuantos sitios, concentrándome en las regiones cercanas a Calcuta, pero no encontré nada que me resultase familiar.

Mis amigos acabaron por acostumbrarse a que les anunciara que había abandonado la búsqueda, y que poco después reconociera que todavía le estaba dando vueltas al asunto. Buena parte de los primeros detectives indios habían regresado ya a casa, y los demás se olvidaron de la historia cuando empezaron a tener la sensación de que no me afectaba tanto como les había parecido al principio.

Con el tiempo acabé por olvidarme de todo. Aquella búsqueda comenzaba a parecer un poco abstracta. No acababa de tener la sensación de estar yendo a ninguna parte: buscaba una aguja en un pajar y no me veía capaz de asumir un compromiso tan grande como el que requería aquella tarea. Había ido a la universidad a estudiar, actividad que ocupaba gran parte de mi atención, y no quería pasarme el resto del tiempo sentado frente al ordenador como un ermitaño. Incluso hubo algunas personas bienintencionadas que me advirtieron de que la búsqueda podría acabar volviéndome loco. Me había convertido en un australiano, me había criado en una familia que me quería. El destino me había apartado de una vida de penurias para concederme una existencia cómoda: tal vez debería aceptar que lo pasado, pasado estaba y seguir adelante.

Ahora me doy cuenta de que también tenía un poco de miedo y estaba protegiendo mis recuerdos: me habían acompañado durante tanto tiempo y me había aferrado de tal forma a ellos y a la semilla de esperanza que representaban, que quería conservarlos a toda costa. Si seguía investigando y no lograba encontrar nada, ¿significaría eso que había llegado el momento de poner punto final al pasado y seguir adelante con mi vida? ¿Cómo iba a seguir aferrándome al recuerdo de mi hogar y de mi familia si no encontraba rastro alguno de ellos? Regresar de aquella búsqueda sin ninguna certeza podía destruir lo poco que tenía.

Como el rastro se había enfriado, terminé el curso y volví a Hobart en 2009, donde me puse a trabajar en un bar para pagar mis gastos. Pese al diploma que tenía en el bolsillo, solo tardé unas semanas en darme cuenta de que ya no me interesaba la hostelería. Ya lo había intuido estando todavía en Canberra, pero aun así decidí terminar mis estudios.

De jóvenes, a todos nos llega un momento en que nos preguntamos qué deberíamos hacer con nuestra vida, o al menos qué camino tomar. Tenemos que pensar qué es lo que más nos importa en la vida, además de conseguir los medios para subsistir. No fue ninguna sorpresa descubrir que para mí ese algo era la familia. Tal vez el estar un tiempo lejos de Hobart había reforzado ese sentimiento, y mi renovado interés por el pasado me había empujado a pensar en mi relación con mi familia de Hobart. El caso es que se me ocurrió que el negocio familiar podría darme

la oportunidad de casar distintos aspectos de mi vida, y fue una gran alegría que a mis padres les pareciese buena idea.

Mis padres tienen una empresa de venta de mangueras, tubos y conexiones, válvulas y bombas industriales, que papá dirige. En una coincidencia extraordinaria, papá abrió el negocio el día que llegué de la India: dejó a mi abuelo a cargo del teléfono en la oficina nuevecita cuando mamá y él fueron a buscarme a Melbourne.

Al incorporarme al negocio familiar empecé a trabajar con papá todos los días, y enseguida me di cuenta de que había elegido bien. Aprendí mucho trabajando a su lado. Creo que se me pegó parte de su ética del trabajo y su determinación por triunfar. No me ahorró esfuerzo, desde luego, pero creo que aquello nos unió mucho. Más adelante, Mantosh siguió el mismo camino, así que ahora todos trabajamos juntos y participamos del mismo proyecto.

En aquella época me volqué en una nueva relación, y mi novia y yo nos fuimos a vivir juntos. El regreso a Hobart y todo lo que conllevaba me recordó que buscar mis raíces no era lo más importante de mi vida ni estaba por encima de todo lo demás. Entiendo que haya a quien esto le parezca extraño. Las personas adoptadas, hayan conocido a sus padres biológicos o no, suelen hablar de un sentimiento constante de pérdida: se sienten incompletos al no tener ninguna conexión con sus orígenes, al no saber al menos de dónde provienen. Yo no me sentía así. No me había olvidado de mi madre ni de mi familia india —y nunca las olvidaré—, pero separarme de ellas no levantó una barrera que me impidiese llevar una vida plena y feliz. Aprendí enseguida, porque me iba en ello la vida, que tenía que aprovechar las oportunidades que se me presentasen —si es que se presentaba alguna— y mirar al futuro. Eso suponía, en parte, sentirme agradecido por el destino que mi adopción me había ofrecido, y por eso intenté volver a concentrarme en el presente.

## 8

# LA BÚSQUEDA

Yo debería saber mejor que nadie que la vida da muchas vueltas, y sin embargo a veces las cosas me pillan totalmente por sorpresa. Y aunque es posible que adaptarme a nuevas circunstancias —cambios de profesión, de vivienda, incluso reveses de la fortuna— se me dé mejor que a otros, los vaivenes emocionales me afectan tanto como a cualquiera. Tal vez incluso un poco más.

Trabajar con mi padre y aprender el oficio de comercial me encantaba —todavía me dedico a ello—, pero mi relación con mi novia resultó tormentosa, y la ruptura fue difícil. Aunque fui yo quien le puso fin, acabé vacío y resentido. Volví a casa de mis padres y pasé un periodo oscuro de emociones encontradas: rechazo, decepción, amargura, soledad y sensación de fracaso. A veces no iba a trabajar o cometía errores por falta de atención. Mis padres se preguntaban cuándo me recuperaría y volvería a ser el hombre positivo y resuelto que creían haber criado.

Por suerte, había hecho buenos amigos a lo largo de los años. Un día me encontré por casualidad con Byron, un chico que había conocido en mi época de bares y discotecas, y acabó ofreciéndome un cuarto que quedaba libre en su casa. Byron era médico y me introdujo en un ambiente totalmente nuevo. Su bondad y las nuevas amistades me ayudaron mucho a recuperarme. Si la familia ha sido lo más importante de mi vida, los amigos no le han ido a la zaga.

Byron salía mucho y se lo pasaba muy bien, y de vez en cuando me gustaba ir con él, pero también disfrutaba de los momentos de soledad en casa. Aunque había mejorado mucho de la depresión, seguía dándole vueltas a mi ruptura y buscando la manera de volver a verme no como parte de una pareja, sino como a mí mismo. Y aunque no creo que mi infancia hiciese el proceso ni más difícil ni más llevadero, después de todo aquello volví a pensar muy seriamente en mi vida en la India.

En casa de Byron había banda ancha, y yo acababa de comprarme un portátil nuevo y más rápido. Ni siquiera en las épocas de mi vida en las que no sentía la necesidad imperiosa de recordar mi pasado llegaba a olvidarme de él ni a desecharlo por completo. En esa nueva fase de mi vida, y gracias al negocio familiar, tenía una relación más estrecha con mis padres, e incluso sentía que les estaba devolviendo un poco de todo lo que me habían dado. Aquello me dio la seguridad que necesitaba para afrontar los riesgos emocionales que implicaba reemprender mi búsqueda. Y, sí, tenía mucho que perder —cada vez que intentaba sin éxito encontrar mi casa se deterioraba un poco mi confianza en mis recuerdos—, pero también mucho que ganar. Me preguntaba si no estaría evitando la búsqueda y también si aquello tendría que ver con mi incapacidad de ponerme las pilas en los demás aspectos de mi vida. ¿Acaso era incapaz de pasar a la acción, como me había ocurrido durante mi crisis de adolescencia? ¿Y qué pasaría si, contra todo pronóstico, lograba

encontrar lo que buscaba? ¿Cómo iba a dejar pasar la oportunidad de descubrir de dónde provenía y, tal vez, de encontrar a mi madre?

Decidí que, para volver a mirar la vida con optimismo, debía retomar la búsqueda, aunque con más tranquilidad. Quizá el pasado me ayudase a transformar el futuro.

Al principio no me obsesioné.

Si, por ejemplo, Byron no estaba en casa, me pasaba un par de horas examinando otra vez las ciudades con «B». O hacía un barrido distraído de la costa este para ver lo que había por allí. Incluso le eché un vistazo a un Birampur de Uttar Pradesh, cerca de Delhi, al norte de la región central de la India, pero quedaba lejísimo de Calcuta y era imposible que hubiese recorrido un trayecto tan largo en unas doce horas. Encima resultó que ni siquiera tenía estación de tren.

Aquellas incursiones ocasionales me demostraron el disparate que era buscar por ciudad, sobre todo teniendo en cuenta que no estaba seguro de los nombres. Si pensaba seguir adelante, debía hacerlo con estrategia y con método.

Repasé lo que sabía: procedía de un lugar en el que los musulmanes y los hindúes vivían cerca unos de otros y donde se hablaba hindi, condiciones ambas frecuentes en gran parte de la India. Recordé las noches cálidas al raso, bajo las estrellas, que al menos sugerían que no debía buscar en las zonas más frías del extremo norte. No vivía en la costa, aunque no podía descartar haber vivido en las proximidades del mar. Tampoco vivía en las montañas. Mi ciudad natal tenía estación de ferrocarril y, aunque la India estaba surcada de líneas férreas, estas no atravesaban todos los pueblos y aldeas.

Estaban, además, los indios que había conocido en la universidad, que opinaban que yo parecía del este, quizá de la zona de Bengala Occidental. Yo tenía mis dudas: la región, enclavada en la zona oriental del país y fronteriza con Bangladesh, comprende parte del Himalaya, lo cual no concordaba con mis datos, y parte del delta del Ganges, demasiado frondoso y fértil para ser mi tierra. Sin embargo, como aquellas personas conocían la India de primera mano, me pareció una tontería desestimar su corazonada.

También pensé que recordaba suficientes puntos de referencia para reconocer mi ciudad natal si daba con ella, o al menos para acotar la búsqueda. Conocía el puente sobre el río en el que jugábamos de niños y la presa cercana que contenía el caudal en aquel tramo. Sabía llegar a nuestra casa desde la estación de tren y conocía la planta de este edificio.

La otra estación que creía recordar bastante bien era la de la ciudad con «B», en la que me había subido al tren. Había estado allí bastantes veces con mis hermanos, aunque ellos nunca me dejaban ir a la ciudad, así que no la conocía más allá de la estación: lo único que había visto del exterior era una carretera circular para carros de

caballos y coches, y otra carretera que llevaba a la ciudad. Aun así, había un par de rasgos distintivos. Recuerdo el edificio de la estación y que solo tenía dos vías, al otro lado de las cuales había un gran depósito de agua elevado sobre una torre. También había un paso elevado sobre las vías. Y justo antes de entrar en la ciudad, viniendo de la mía, el tren cruzaba un desfiladero.

Así que lo que tenía eran unas vagas ideas de las regiones más probables y algunos rasgos que me permitirían identificar Ginstlay y la ciudad con «B» si las encontraba; lo que necesitaba era un método de búsqueda. Me di cuenta de que los nombres de los lugares solo habían servido para distraerme o, al menos, no habían sido el mejor punto de partida. Así que pensé en el destino del viaje. Sabía que las vías del tren conectaban la ciudad con «B» con Calcuta, así que, por lógica, si seguía todas las líneas férreas que salían de Calcuta acabaría por encontrar mi punto de partida y, siguiendo las vías, vería mi ciudad natal, no lejos de allí. Incluso era posible que encontrase ese punto de partida primero, según las conexiones que hiciera desde Calcuta. La perspectiva intimidaba: la estación de Howrah era un nudo férreo nacional del que partían innumerables líneas, y existía la posibilidad de que mi tren hubiera hecho cambios de línea en cualquier punto de aquella tela de araña. No había muchas posibilidades de que se tratase de una ruta directa.

Aun así, incluso con la posibilidad de que la ruta que saliese de Howrah fuese irregular y tortuosa, existía una distancia máxima que el tren pudo haber recorrido en el tiempo que había durado el trayecto. Tenía la idea de haber pasado mucho tiempo en el tren, de doce a quince horas, por lo que, haciendo cálculos, podía reducir la zona de búsqueda y eliminar lugares que quedasen demasiado lejos.

¿Por qué no se me había ocurrido antes? Tal vez la magnitud del problema me sobrepasaba de tal forma que no podía pensar a derechas, demasiado ocupado por lo que desconocía para ser capaz de centrarme en lo que sabía. Pero al darme cuenta de que podía transformar aquello en una tarea meticulosa y ponderada que no precisaba otra cosa que dedicación, se produjo un cambio en mi interior. No necesitaba más que tiempo y paciencia para encontrar mi casa y, con ayuda del ojo de halcón de Google Earth, lo conseguiría. Considerándolo tanto un desafío intelectual como una búsqueda emocional, me lancé a resolver el problema.

En primer lugar, traté de acotar la zona de búsqueda. ¿A qué velocidad viajaban los trenes diésel en la India? ¿Habría cambiado mucho esa velocidad desde los años ochenta? Se me ocurrió que mis amigos indios de la universidad podrían darme una cifra aproximada, sobre todo Amreen, cuyo padre trabajaba en los ferrocarriles, así que volví a contactar con ellos. Hubo un consenso general en que andarían por los setenta u ochenta kilómetros por hora, y me pareció un buen punto de partida. Contando con que había estado de doce a quince horas en el tren, una noche entera, calculé los kilómetros que podría haber recorrido en ese lapso, y deduje que

rondarían los mil.

Así que el lugar que buscaba estaba separado de la estación de Howrah por unos mil kilómetros de vía férrea. Google Earth permite dibujar líneas en los mapas para precisar distancias, así que tracé una frontera circular a mil kilómetros de Calcuta y la guardé para mis búsquedas. Eso suponía que, además de Bengala Occidental, mi perímetro de búsqueda comprendía, al oeste, los estados de Jharkhand y Chhattisgarh, más casi la mitad del estado central de Madhya Pradesh; Orissa al sur; Bihar y un tercio de Uttar Pradesh al norte, y casi todo el espolón nororiental de la India, que rodea Bangladesh. (Sabía que no era de Bangladesh, porque entonces habría hablado bengalí, no hindi, aunque mi certeza quedó confirmada cuando descubrí que ambos países no quedaron unidos por vía férrea hasta años después de mi viaje en tren.)

Se trataba de una extensión de territorio impresionante, unos 962.300 kilómetros cuadrados, más de un cuarto de la inmensa superficie de la India. Dentro de sus límites vivían 345 millones de personas, y aunque intenté dejar de lado mis emociones, no pude evitar preguntarme si era posible encontrar a los cuatro miembros de mi familia entre toda esa gente.

Pese a que mis cálculos estaban basados en conjeturas y eran, por lo tanto, muy aproximados, y aunque el campo de búsqueda que me ofrecían seguía siendo inmenso, sentía que había acotado la cosa: en vez de empezar a remover el pajar a lo loco para encontrar la aguja, podía concentrarme en cribar una parte más manejable y descartarla si no había nada en ella.

Por supuesto, las líneas férreas que comprendía la zona de búsqueda no se extendían a lo largo de ella como radios rectos: había muchas curvas, giros y encrucijadas, y recorrían más de mil kilómetros, muchísimos más, hasta llegar al límite del perímetro que había dibujado. Así que decidí empezar desde Calcuta porque era el único punto del viaje del que estaba seguro.

La primera vez que hice *zoom* sobre la estación de Howrah, buscando las hileras de marquesinas grises y estriadas sobre los andenes y todas las vías que se desperdigaban como el extremo deshilachado de una cuerda, volví a tener cinco años otra vez. Estaba a punto de revivir, en versión tecnológica, lo que había hecho en mi primera semana en la estación: subirme a trenes al azar para ver si me devolvían a mi casa.

Respiré hondo, elegí una vía y empecé a desplazarme por ella.

El avance no sería rápido. Aun con banda ancha, mi portátil tardaba lo suyo en reproducir la imagen. Al principio se veía un poco pixelada, hasta que terminaba precisándose en una fotografía aérea. Buscaba puntos de referencia que reconociera, prestando especial atención a las estaciones, por ser los lugares que mejor recordaba.

La primera vez que alejé el *zoom* para ver el trecho que había recorrido siguiendo la vía, me quedé pasmado al comprobar lo poco que había adelantado después de

horas moviéndome por el mapa y observando imágenes. Sin embargo, en lugar de frustrarme e impacientarme, descubrí que tenía una enorme confianza en que, si seguía siendo tan meticulado, acabaría encontrando lo que buscaba. Ese convencimiento me hizo reanudar la búsqueda con mucha tranquilidad. Lo cierto es que aquella actividad no tardó en fascinarme, y le dedicaba varias noches a la semana. Antes de acostarme señalaba dónde había llegado y guardaba la búsqueda para reanudarla desde allí en la siguiente ocasión.

Atravesaba estaciones de mercancías, pasos elevados y pasos subterráneos, puentes sobre ríos y cruces. A veces me saltaba un trozo, pero enseguida volvía atrás para repasar toda la sección, recordándome que si no era metódico no podría estar seguro de haber mirado en todas partes. No saltaba hacia delante en busca de las estaciones, para no pasar por alto ninguna estación pequeña, y avanzaba siguiendo las vías para poder comprobar todo lo que se presentara. Y cuando llegaba al borde del perímetro que me había trazado, volvía al cruce anterior y seguía en otra dirección.

Recuerdo una noche, hacia el principio de la búsqueda. Siguiendo una línea hacia el norte, llegué a un río que cruzaba la vía, no lejos de una ciudad. Me acerqué con el *zoom*, conteniendo el aliento. No había ninguna presa, pero quizá la habían quitado. Arrastré el cursor para mover la imagen. ¿Reconocía el paisaje? Era muy verde, pero en las afueras de mi ciudad había muchas granjas. Ante mis atentos ojos iba apareciendo una ciudad cada vez más definida. Era muy pequeña. Demasiado pequeña, sin duda. Pero con la perspectiva de un niño... ¡Y había un paso elevado sobre las vías, cerca de la estación! Pero ¿qué eran aquellos grandes huecos dispersos por ahí? Tres lagos, incluso cuatro o cinco, dentro de los exiguos límites de la ciudad. Y entonces me di cuenta de que aquel no era el lugar que buscaba. No se suelen eliminar barrios enteros para crear lagos artificiales. Y, por supuesto, nada tenía de extraño que hubiera un paso elevado en una estación, y no serían pocas las ciudades situadas cerca de ríos, ríos que la vía del tren tendría que cruzar. ¿Cuántas veces me encontraría con que coincidían todos los puntos de referencia y luego vería, con ojos cansados y doloridos, que me había vuelto a equivocar?

Así pasaron las semanas y luego los meses, con varias noches a la semana dedicadas a aquellas largas sesiones delante del portátil. Byron procuraba que pasase algunas noches en el mundo real para que no me convirtiera en un ermitaño de internet. En esa primera fase peiné el campo de Bengala Occidental y Jharkhand sin encontrar nada familiar, pero al menos podía descartar gran parte de las cercanías de Calcuta. Pese a la corazonada de mis amigos indios, mi camino había empezado más lejos.

Al cabo de unos meses tuve la suerte de conocer a Lisa, con quien empecé una nueva relación, y durante un tiempo la búsqueda pasó a un segundo plano. Nuestros comienzos fueron algo vacilantes, y antes de alcanzar la relación estable y duradera que tenemos hoy, atravesamos un par de separaciones y reconciliaciones, lo cual se reflejó en los periodos que dediqué a la búsqueda en internet.

Yo no sabía cómo iba a tomarse ella que su pareja se pasara tanto tiempo mirando mapas en un ordenador, pero el caso es que entendió lo importante que era para mí aquella búsqueda, fue paciente y me apoyó. Cuando le expliqué mi pasado se quedó tan asombrada como todo el mundo, y deseaba que encontrase las respuestas que buscaba. En 2010 nos fuimos a vivir juntos a un apartamento. Yo creía que las noches que pasaba delante del portátil eran como un pasatiempo, lo que para otra persona podrían ser los juegos de ordenador, pero Lisa dice que incluso entonces, con nuestra relación en pleno apogeo, estaba obsesionado. Si pienso ahora en aquellos días, he de darle la razón.

Después de tantos años con mi historia en mis pensamientos y mis sueños, tenía la sensación de estar acercándome a la realidad. Decidí que esta vez no haría caso a nadie que me dijera «Ya va siendo hora de pasar página» o «Así no vas a encontrar nunca tu ciudad en un país tan grande como la India». Lisa nunca me dijo esas cosas, y mi determinación a tener éxito aumentó gracias a su apoyo.

No conté a muchas personas lo que estaba haciendo, ni siquiera a mis padres. Me daba miedo que no entendieran mis intenciones: podían pensar que aquella búsqueda significaba que no era feliz con la vida que me habían dado o con su manera de criarme. Tampoco quería que pensarán que estaba perdiendo el tiempo. Así pues, aunque aquello ocupaba cada vez más parte de mi vida, me lo guardé para mí. Terminaba de trabajar con mi padre a las cinco de la tarde, y a las cinco y media ya estaba en casa, delante del portátil, siguiendo lentamente las vías de tren y observando los pueblos y ciudades que atravesaban. Pasaron los meses, pasó un año desde el principio de la búsqueda; pero aunque tardara años, o incluso décadas, pensaba yo, acabaría revolviendo todo el pajar; y, si persistía, al final aparecería la aguja que andaba buscando.

Poco a poco fui eliminando zonas enteras de la India. Rastreé todas las conexiones de los estados nororientales sin encontrar nada conocido, y confiaba en que también podría descartar Orissa. Decidido a ser meticuloso, tardara lo que tardase, empecé a seguir las líneas más allá del perímetro de mil kilómetros que había trazado en un primer momento. Bajando otros quinientos kilómetros por la costa oriental, eliminé Andhra Pradesh, al sur de Orissa. Jharkhand y Bihar tampoco ofrecieron nada prometedor, y al girar hacia arriba para entrar en Uttar Pradesh tomé la decisión de peinar la mayor parte de este estado. Con el tiempo los estados acabaron sustituyendo al perímetro inicial como forma de señalar mi progreso. Al ir descartando un estado tras otro, iba cumpliendo una serie de objetivos parciales, y eso me impulsaba a seguir adelante.

A menos que tuviera algo urgente que hacer para el trabajo o algún otro compromiso ineludible, me sentaba delante del portátil siete noches a la semana. A veces salía con Lisa, claro, pero nada más llegar a casa encendía el ordenador. En ocasiones veía que ella me miraba de forma extraña, como si pensara que estaba un poco chiflado. Decía: «¡Otra vez!», pero yo contestaba: «Tengo que hacerlo... ¡de

verdad que lo siento!»). Creo que Lisa sabía que tenía que dejar que acabara cansándome del asunto. En aquella época me retraje un poco, aunque todavía estábamos empezando y ella habría tenido todo el derecho a sentirse abandonada, pero logramos superarlo. Y es posible que, hasta cierto punto, compartir algo tan fundamental para mí reforzara nuestra relación (así nos lo parecía las veces en que hablábamos sobre ello). A veces me costaba verbalizarlo, sobre todo porque intentaba no hacerme demasiadas ilusiones y pensar que todo aquello no era más que un ejercicio fascinante. En nuestras conversaciones se ponía de manifiesto cuánto me importaba aquella búsqueda: buscaba mi casa para cerrar lo que había quedado abierto, entender mejor mi pasado y tal vez también a mí mismo, además de reencontrarme con mi familia india y explicarles lo que me había ocurrido. Lisa comprendía todo eso y no me lo echaba en cara, aunque hubiera momentos en que le habría gustado arrancarme de la pantalla, por mi propio bien.

Lisa decía que lo que más temía era que encontrase el lugar que estaba buscando y al ir a la India que mi familia no estuviera allí, o viese que me había equivocado. ¿Qué haría entonces? ¿Volver a Hobart para continuar aquella búsqueda obsesiva por internet? No tenía respuesta. No podía permitirme pensar en el fracaso.

El 2010 tocaba a su fin y la búsqueda se fue volviendo más intensa. Además, la conexión de banda ancha ADSL 2+ que acabábamos de adquirir me permitía actualizar las imágenes y utilizar el *zoom* con mayor rapidez. Aun así, tenía que avanzar con suma lentitud; si me apresuraba, después me quedaría la duda de si me había saltado algo. Y, por otro lado, tenía que intentar no forzar mis recuerdos para que encajaran con lo que veía.

A comienzos de 2011, me concentré en algunas zonas de Chhattisgarh y Madhya Pradesh, en el centro de la India. Me pasé meses recorriéndolas, incansable, metódico.

Desde luego, hubo momentos de vacilación en los que me planteé si lo que hacía era absurdo o incluso una completa locura. Noche tras noche, dedicaba las últimas reservas de energía y voluntad del día a aquellos recorridos por líneas férreas, en busca de lugares que coincidieran con lo que había guardado la mente de un niño de cinco años. Era un ejercicio repetitivo y forense, y en ocasiones me producía claustrofobia, como si estuviera encerrado y mirando el mundo por una ventanilla, incapaz de dejar el rumbo que me había marcado, en un eco desquiciante del suplicio de mi infancia.

Y entonces, casi a la una de la madrugada de una noche de marzo en la que me sentía exactamente así, hice una pirueta en mi pajar que lo cambió todo.

## ENCUENTRO MI CASA

Como siempre, el 31 de marzo de 2011, al llegar a casa después del trabajo, encendí el ordenador, abrí Google Earth y empecé una sesión en el sofá que solo interrumpí un rato para cenar cuando llegó Lisa. En ese momento estaba recorriendo la zona centro-occidental del país, así que retomé el «viaje» por una línea de tren que pasaba cerca de mi antiguo perímetro de búsqueda. Pese a la banda ancha, seguía avanzando con lentitud. Continué durante lo que me parecieron siglos, mirando unas cuantas estaciones; pero, como de costumbre, cuando me alejaba con el *zoom* veía que había recorrido una porción minúscula. Pensé que aquella zona era demasiado verde para mi vieja ciudad polvorienta, pero a esas alturas ya sabía que el paisaje de la India cambiaba constantemente.

Al cabo de unas horas, al llegar a un cruce, hice una pausa para mirar el Facebook antes de frotarme los ojos, estirar la espalda y volver a mi tarea.

Ya iba a acercarse de nuevo el *zoom* cuando moví distraídamente el mapa para echar una ojeada rápida al lugar donde llevaba la línea que partía desde aquel cruce hacia el oeste, y ante mi vista pasaron montañas, bosques y ríos, un terreno aparentemente infinito de unas características bastante similares. Desvió mi atención un río grande que desembocaba en lo que parecía un enorme lago de un azul intenso llamado Nal Damayanti Sagar, rodeado de campos exuberantes y con unas montañas al norte. Durante un rato me di el gusto de disfrutar de esa exploración ajena a mi búsqueda, como si de una caminata de recreo se tratase. Al fin y al cabo se iba haciendo tarde y enseguida tendría que acostarme.

Por lo visto, en esa parte del país no había líneas de tren, y quizá por eso me resultaba tan relajante. Pero, al darme cuenta de ello, me encontré con que empezaba a buscar una vía casi inconscientemente. Había pueblos y ciudades esparcidos aquí y allá, y me pregunté cómo viajaría aquella gente sin trenes (quizá no se desplazarían mucho). Y, ya más al oeste, ¡seguía sin haber vías de tren! Luego, cuando el terreno se allanaba para dar paso a tierras de labranza, divisé por fin un pequeño símbolo azul que representaba una estación. Tan acostumbrado estaba a buscarlas que experimenté cierto alivio al encontrarla, y miré la minúscula estación al borde del camino, nada más que unos pocos edificios al lado de una línea férrea de cierta importancia, con varias vías. Por mera costumbre, me puse a seguir esa ruta que, zigzagueando, avanzaba hacia el suroeste. Enseguida llegué a otra estación un poco más grande, también con solo un andén a un lado de las vías que cruzaban por en medio de la ciudad. Eso explicaba el paso elevado, y ¿era eso... era eso una torre de agua, justo al lado? Conteniendo la respiración, acerqué el *zoom* para verlo desde más cerca. Sin duda, era un depósito de agua municipal, justo enfrente del andén y no muy lejos de un gran paso peatonal elevado que cruzaba la vía. Me desplacé a la parte de la

estación que daba a la ciudad y vi algo increíble: una carretera circular que bordeaba una plaza, frente a la puerta de la estación. La misma carretera que veía desde el andén. ¿Sería posible? Al retirarme con el *zoom* descubrí que la línea férrea pasaba rozando el noroeste de una ciudad muy grande. Hice clic sobre el símbolo azul de la estación para revelar su nombre: se llamaba Burhanpur.

Casi se me para el corazón. ¡Burhanpur!

No reconocía la ciudad; pero, claro, es que nunca había estado en ella, no había salido del andén. Volví a acercar el *zoom* y observé de nuevo la carretera circular, la torre de agua, el paso elevado: todo situado donde yo lo recordaba. Eso significaba que no muy lejos de allí, siguiendo la vía del tren, encontraría mi ciudad, Ginestlay.

Casi con miedo, arrastré el cursor para tirar de la imagen hacia el norte, siguiendo la vía. Cuando vi que esta cruzaba un desfiladero al borde de una zona urbanizada, se me disparó la adrenalina. Recordé en un fogonazo que, antes de entrar en la estación, el tren que cogía con mis hermanos pasaba por un pequeño puente sobre un desfiladero como aquel. Seguí arrastrando la imagen con más urgencia, hacia el este y luego al noreste, saltando en un momento setenta kilómetros de granjas verdes, colinas boscosas y riachuelos. Luego atravesé una llanura seca con un mosaico de campos de regadío y algún que otro pueblecito, antes de llegar a un puente sobre un río de buen tamaño y ver, algo más adelante, las afueras de la ciudad. Allí el caudal del río decrecía considerablemente a causa de las presas situadas a ambos lados del puente. Si había encontrado el lugar que buscaba, aquel era el río al que iba a jugar de pequeño, y habría una presa de cemento más grande a la derecha, un poco más lejos del puente.

Y, en efecto, allí estaba, claramente visible, como en un día soleado (así debió de ser el día en que el satélite pasó por encima y tomó la fotografía).

Me quedé mirando fijamente la pantalla durante una eternidad, o al menos eso me pareció. Lo que veía coincidía exactamente con la imagen que tenía en la cabeza. No podía pensar con claridad, paralizado como estaba por la emoción y el miedo a seguir adelante.

Al final me obligué a dar el siguiente paso, nervioso, despacio. Intenté calmarme para no sacar conclusiones precipitadas. Si de verdad estaba mirando Ginestlay por vez primera en veinticuatro años, entonces debería ser capaz de seguir el camino desde el río hasta la estación, un camino que recordaba y que no era muy largo. Volví a arrastrar el cursor, deslizando lentamente el mapa para seguir el camino, que serpenteaba con suavidad a derecha e izquierda, en paralelo al curso de un afluente, rodeaba un campo de cultivo, pasaba por debajo de un paso elevado y luego... la estación. Hice clic en el símbolo azul y apareció el nombre: Khandwa Railway Station.

Aquel nombre no me decía nada.

Se me hizo un nudo en el estómago. ¿Cómo era posible? Todo encajaba a la perfección desde Burhanpur, que sin duda debía de ser la ciudad con «B» que había

intentado recordar. Pero si el puente y el río eran los de mi ciudad, ¿dónde estaba Ginestlay? Traté de no desesperarme. De pequeño había pasado mucho tiempo en la estación y sus alrededores, así que comprobé lo que recordaba: los tres andenes, el paso peatonal cubierto que los conectaba, la carretera que pasaba por debajo de las vías en el extremo del norte. Sin embargo, no era tanto la existencia de esos elementos bastante comunes como la posición que cada uno de ellos ocupaba en relación con los demás lo que identificaba el lugar: todo concordaba. También recordaba que en un parque cercano al paso subterráneo había una fuente enorme, y fui a mirar. Y, sin duda, aunque se veía un poco borrosa, me pareció distinguir su forma circular en un claro rodeado de árboles, en el centro del parque.

Desde ahí, conocía el camino hasta donde tenía que estar mi casa. Precisamente por eso lo había recorrido una y otra vez en mi mente desde niño, para no olvidarlo nunca. Seguí la carretera desde la fuente y continué por el paso subterráneo, y luego por las calles y los callejones por los que andaba de pequeño, como hacía mentalmente en Hobart cuando de noche, tumbado en la cama, intentaba proyectarme hasta mi casa para decirle a mi madre que estaba bien; y, sin darme cuenta de que había llegado tan lejos, ya veía el barrio donde transcurrió mi niñez. Estaba seguro.

Sin embargo, en el mapa no aparecía nada que se llamara «Ginestlay» ni cosa parecida. Era una sensación muy extraña, una sensación que me acompañaría a lo largo del siguiente año más o menos: una parte de mí estaba segura, pero otra parte dudaba. Estaba convencido de que aquel era el lugar, pero en todo aquel tiempo también había estado seguro del nombre de «Ginestlay». «Khandwa» no me sonaba de nada. Quizá Ginestlay fuera una parte de Khandwa, un barrio. Parecía posible. Me moví por el laberinto de callejones donde vivíamos, y aunque la imagen no era tan clara como la que veía cuando me desplazaba por el mapa de Hobart, estaba seguro de ver el pequeño tejado rectangular de la casa de mi infancia. Desde luego, nunca había visto aquel lugar desde arriba, pero el edificio tenía la forma exacta y estaba en el lugar preciso. Planeé sobre las calles durante un rato, asombrado, intentando asimilarlo todo, hasta que no pude contener más la emoción.

Llamé a Lisa: «¡He encontrado mi ciudad! ¡Ven a ver esto!». Solo entonces recordé la hora que era: llevaba más de siete horas delante del ordenador, con la única pausa de la cena.

Lisa asomó la cabeza, bostezando en camisón. Tardó un momento en despertarse del todo, pero aun medio dormida vio lo emocionado que estaba. «¿Estás seguro?», me preguntó. «¡Es esto, es esto!», contesté. En ese momento estaba convencido. «¡Es mi ciudad!»

Me había costado ocho meses de intensa búsqueda, y habían pasado casi cinco años desde que me descargué el Google Earth.

Lisa sonrió y me abrazó con fuerza. «¡Es estupendo! ¡Lo has conseguido, Saroo!»

Después de una noche sin dormir, fui a ver a mi padre a su despacho del trabajo. La noticia lo pillaría desprevenido y sabía que costaría un poco convencerlo. Ensayé mentalmente lo que iba a decirle, intentando dar algo de gravedad a mis palabras, pero al final solo conseguí decir con una cara muy seria: «Papá, creo que he encontrado mi ciudad».

Levantó la vista del ordenador. «¿De verdad? ¿En un mapa?» Era evidente que no acababa de creérselo. «¿Estás seguro?»

Era una respuesta natural, dado lo inverosímil de mi descubrimiento. ¿Qué había pasado? ¿Había recordado de repente de dónde venía después de todos aquellos años? Le dije que sí que estaba seguro y le conté cómo lo había encontrado. Seguía mostrando ciertas dudas, en parte para protegerme de la posibilidad de que me hubiera equivocado. Su cautela era comprensible, pero yo necesitaba que me viera convencido y quería que él también lo estuviese.

Volviendo la vista atrás, creo que si tenía tantas ganas de que me creyese era porque, para mí, contárselo representaba el principio de mi viaje de regreso a la India. Lisa, desde luego, siempre me había apoyado en mi búsqueda y mis esperanzas, pero contárselo a mi padre reafirmaba la realidad de aquel descubrimiento, y también la necesidad de hacer algo al respecto. No estaba muy seguro de qué iba a hacer a continuación, pero lo que sí sabía era que aquella revelación suponía el comienzo de un viaje, no su final. Desde ese momento, quedó claro que aquel descubrimiento iba a cambiarnos la vida a todos, aunque no encontrase nada más.

El siguiente paso fue contárselo a mi madre. Ella ya sabía que quería encontrar mi casa india y que buscaba pistas en internet, pero no que había estado indagando con tanto ahínco. A quien temía disgustar era sobre todo a ella. Creía tan firmemente en la adopción y en la familia que había formado que me preocupaba cómo podía afectarla aquella noticia.

Así, cuando aquella noche nos reunimos en la casa familiar, todos estábamos un poco en vilo. Yo estaba impaciente por enseñarles las imágenes de Google Earth que me habían convencido de que había encontrado mi ciudad. Su reacción fue tímida. Pensar que había recorrido a vista de pájaro uno de los países más poblados del mundo, buscando los puntos de referencia que recordaba de cuando tenía cinco años, y que había acabado encontrando lo que buscaba, resultaba increíble, o cuando menos muy sorprendente. Les enseñé la presa al sur de Khandwa, las vías de tren y el paso subterráneo que encontraba antes de llegar a la estación, como le había descrito a mi madre cuando era pequeño.

Supongo que, en el fondo, todos nos preguntábamos cómo afectaría aquel descubrimiento a nuestro futuro. Me pregunté si siempre habrían creído que acabaría llegando ese día, si habrían temido que su hijo volviese a la India y tal vez lo perdieran.

La cena de celebración fue algo silenciosa. A cada cual le bullía por dentro un montón de preguntas.

Esa noche, al llegar a casa, estaba demasiado nervioso para meterme en la cama y me fui directamente al ordenador. Quizá me había dejado llevar, quizá había otras formas de confirmar lo que ya sabía. Recurrí a otra herramienta que todavía no existía cuando inicié mi búsqueda: Facebook. Busqué «Khandwa», y apareció un grupo llamado «Khandwa: mi ciudad». Envié un mensaje al administrador del grupo:

¿Alguien puede ayudarme? Creo que soy de Khandwa. Llevo veinticuatro años sin ver ni pisar la ciudad. ¿Podéis decirme si hay una gran fuente cerca del cine?

La fuente era el punto de referencia más claro que se me ocurrió. El parque en el que estaba era un lugar de encuentro muy concurrido, y en el centro de la fuente circular, sobre un plinto, había una estatua de un hombre sabio sentado con las piernas cruzadas. Nunca supe quién era. Pero algunos de los santones de la ciudad, con aquellas melenas al estilo rastafari —ahora sé que se llaman *sadhus*—, se bañaban en sus frescas aguas y no dejaban que nadie más lo hiciera. Recuerdo que una vez, huyendo de ellos, me hice un tajo en la pierna al saltar una alambrada, después de que mis hermanos y yo nos hubiésemos metido en la fuente un día muy caluroso. Seguramente habría mejores formas de identificar el lugar —a saber lo que se habría demolido desde que me había marchado de allí—, pero la verdad es que no había pensado qué haría al llegar a esa fase. Ahora parece absurdo, pero supongo que creía que encontraría una ciudad llamada «Ginestlay» y no habría ninguna duda; sabría que había encontrado mi casa. Pero nada había salido como esperaba: la ciudad quedaba fuera de mi perímetro, y, después de tanta planificación y tanta meticulosidad, la había encontrado por casualidad. No dejaba de resultar apropiado que hubiera sido así: mi destino parecía plagado de escapadas por los pelos, episodios azarosos y una buena suerte increíble.

Aquella noche tampoco pude pegar ojo.

Al parecer, la precaución de mis padres estaba justificada. Al día siguiente, cuando encendí el ordenador nada más levantarme, en la página de Facebook de Khandwa encontré una respuesta a mi consulta sobre la fuente:

bueno, no te podemos decir con exactitud [...] hay un jardín cerca del cine pero la fuente no es muy grande [...] intentaremos actualizar algunas fotos [...] esperamos que recuerdes algo [...]

Fue un chasco, y me maldije por haberme rendido a la emoción y habérselo contado a todo el mundo antes de la cuenta. ¿Por qué no había esperado a recibir una respuesta desde la misma Khandwa? Pero traté de mantener la calma. Aunque aquello no era la confirmación que esperaba, tampoco era un rechazo completo. Le di las gracias al administrador y me fui a trabajar en un estado de desconcierto total. Era difícil concentrarse mientras los mapas y los recuerdos se arremolinaban en mi mente. ¿Y si todo era una ilusión? ¿Había estado perdiendo el tiempo?

Ese mismo día, o al día siguiente, mi madre me dijo que había mirado el mapa que habíamos dibujado juntos en su cuaderno cuando tenía seis años, y la situación del puente, el río y la estación no coincidía del todo con lo que le había enseñado en el Google Earth; pero ¿se debía aquello a que me había confundido de lugar o a que a los seis años no supe dibujar un mapa más preciso? También había sacado el mapa que yo tenía colgado en mi habitación —guardaba todo lo que tenía que ver con mi infancia y la de mi hermano— y encontró Burhanpur y Khandwa: estaban tan lejos de Calcuta que le parecía difícil de creer que hubiera hecho un viaje tan largo. Había atravesado casi todo el país.

Lo primero que me chocó fue que mi ciudad había estado todo aquel tiempo señalada en el mapa que tenía sobre el escritorio, la habría visto de haber sabido dónde buscar. ¿Cuántas veces había mirado todos aquellos nombres sin conocer sus secretos? No recuerdo si reparé alguna vez en Burhanpur entre los demás nombres similares que aparecían en el mapa. Si lo hice, está claro que lo descarté, seguramente por estar tan alejado de Calcuta. Y eso fue lo segundo que me sorprendió: que estaba mucho más lejos de lo que creía posible. ¿Estaba demasiado lejos? ¿Acaso iban los trenes mucho más rápido de lo que había estimado? ¿O es que mi viaje había durado más de lo que pensaba?

Pasé dos días surrealistas, atrapado entre mapas y recuerdos. Todas las antiguas certezas se esfumaban ante aquel descubrimiento. ¿Se estaban haciendo realidad mis eternos temores? ¿Acabaría la búsqueda por deteriorar lo que creía seguro y me dejaría sin nada? Mis padres, Lisa y yo no hablábamos mucho sobre mi descubrimiento, y empecé a preguntarme si me estaban protegiendo o si esperaban que les presentase pruebas sólidas. Tuvo que pasar todo ese tiempo, esos dos días durante los que esperé una segunda respuesta del grupo de Khandwa, para que se me ocurriera hacerles la pregunta más evidente:

¿Alguien me sabe decir el nombre de la aldea o suburbio de la esquina superior derecha de Khandwa? Creo que empieza con G... no estoy seguro de cómo se escribe, pero creo que suena como «Ginestlay». Está dividido en dos zonas, una musulmana a un lado y otra hindú al otro. Aunque esto era hace veinticuatro años y puede haber cambiado.

La respuesta tardó otro día en llegar, pero cuando la leí, se me paró el corazón:

## Ganesh Talai

Era lo más parecido a mi defectuosa pronunciación infantil que cabía esperar.

Con la emoción, llamé a mis padres de inmediato para decirles que ya no cabía ninguna duda. Aunque seguían preocupados, tuvieron que admitir que todo cuadraba. Había encontrado Burhanpur y Khandwa y, lo que era más importante, había encontrado Ganesh Talai, la zona donde yo vivía, donde era posible que aún viviera mi familia india preguntándose qué habría sido de mí.

Justo después de mi descubrimiento no sabía qué hacer, me sentía superado. Por un lado, estaba tan emocionado por haberlo conseguido que apenas era capaz de pensar en otra cosa; pero por otro, bajo todos aquellos sentimientos fluía una pequeña corriente de incertidumbre que me llevó a no compartir el descubrimiento con nadie más que con Lisa y mi familia, al menos por el momento. ¿Y si estaba equivocado? ¿Y si estaba alterando a todo el mundo por una confusión? ¿Y si estaba haciendo el ridículo? Visitaba una y otra vez las calles de Khandwa desde mi portátil, tratando de encontrar en ellas más revelaciones y confirmaciones, casi paralizado ante la perspectiva de la verdad. Era como cuando Mantosh y yo éramos pequeños y nos daba tanto miedo ir de vacaciones a la India. La ansiedad que me dominaba se manifestaba en forma de dudas.

Había tratado de mantener a raya mis expectativas desde el mismo momento en que encontré el lugar. Intenté convencerme de que no era posible que mi familia siguiese viviendo allí después de tanto tiempo. Me preguntaba qué edad tendría mi madre. No lo sabía, pero seguramente en aquella zona la esperanza de vida no sería muy elevada, y ella había llevado una dura existencia de jornalera. ¿Estaría bien mi hermana Shekila? ¿Y Kallu? ¿Qué le había pasado a Guddu aquella noche en Burhanpur? ¿Se sentía culpable de que me hubiera perdido? ¿Me reconocería alguno de ellos si nos volviéramos a ver? ¿Los reconocería yo? ¿Cómo iba a encontrar a cuatro personas concretas en la India, aun sabiendo dónde vivían un cuarto de siglo atrás? Estaba claro que era imposible.

Mi mente saltaba una y otra vez de la esperanza a la negación, intentando asimilar todas aquellas posibilidades que acababan de aparecer.

Por supuesto, solo había una forma de salir de dudas. No tendría la certeza de haber dado con el sitio a menos que fuera hasta allí. En cuanto lo viese, lo sabría. Y entonces, si quedaba convencido por completo, me decía, me contentaría con descalzarme y sentir la tierra bajo mis pies y recordar los tiempos en que recorría aquellas calles y senderos. No podía permitirme pensar más allá, en quién seguiría viviendo allí o no.

Sabía que mis padres se preocuparían si me iba a la India. Aunque ya no era el niño con el que habían pensado ir allí de viaje, los sentimientos que los habían

llevado a cancelar aquellas vacaciones también podían afectar a su hijo adulto. Y si aquella no era mi ciudad, ¿cómo me lo tomaría yo? ¿Qué haría? ¿Me quedaría en el país hasta encontrarla? ¿Perdería toda esperanza?

Pasé un tiempo informándome sobre Khandwa y llegué a conocer el lugar como adulto desde medio mundo de distancia. Es una pequeña ciudad regional de menos de un cuarto de millón de habitantes, situada en Madhya Pradesh, un estado de mayoría hindú, en una región tranquila conocida por sus plantaciones de algodón, trigo y soja, y por una importante planta hidroeléctrica. Mi familia era demasiado pobre para participar en aquellas actividades, así que yo no sabía nada de todo aquello. Al igual que la mayoría de las ciudades indias, Khandwa tiene una larga historia con la que se asocia una lista de santos hindúes, y además puede presumir de ser cuna de varias estrellas de Bollywood. Aunque no está en ninguna ruta turística, se encuentra en un nudo ferroviario importante en el que la línea principal que va del este al oeste, desde Bombay a Calcuta, enlaza con otra línea troncal que baja desde Delhi hasta Goa y Kochi. Esto explica por qué la estación de Khandwa es mucho más grande que la de Burhanpur, pese a que ambas poblaciones son de un tamaño similar.

Vi unos cuantos vídeos de la ciudad en YouTube, pero no saqué gran cosa en claro. En algunos se veía el paso subterráneo que hay cerca de la estación de tren, llamado Teen Pulia, según deduje, y el paso elevado que atraviesa las vías y que, al parecer, se ha ampliado y ahora comunica los tres andenes. Aun así me seguía pareciendo mi casa.

Pasaron unas semanas hasta que me armé de valor para comentar con mis padres el tema del viaje a la India. E incluso entonces lo hice dando un rodeo: les pregunté qué harían ellos en mi situación. Me dijeron que era obvio: tenía que ir. ¿Quién no iba a querer comprobar con sus propios ojos si estaba en lo cierto? Lisa opinaba lo mismo. Y, por supuesto, todos querían venir conmigo.

Me sentí muy aliviado, y también conmovido, pero necesitaba ir solo.

Y tenía varias razones para ello. En parte, todavía me preocupaba la posibilidad de estar equivocado. ¿Y si al llegar a un callejón me veía obligado a admitir, ante las miradas de Lisa y mis padres, que no sabía dónde estaba? Tampoco quería montar un numerito: estaba seguro de que, paseando por Ganesh Talai, los cuatro llamaríamos mucho la atención, y quién sabe qué tensiones podíamos ocasionar.

De hecho, esto último era muy importante para mí. Había caído en que, seguramente, podría conseguir el número de la comisaría de la zona o del hospital de Ganesh Talai y llamar antes para solicitar mi historial médico o indagar sobre mi familia. O al menos podía dar los nombres de mi madre y hermanos para hacer averiguaciones de algún tipo. No es un barrio muy grande y todo el mundo se conoce, pero temía que se corriera la voz y aparecieran oportunistas que se hicieran pasar por quienes no eran. A algunos no les disgustaría la idea de tener un hijo pródigo occidental, y tan pudiente en comparación con ellos, y no sería de extrañar que en la estación se presentaran varias «madres» potenciales con la intención de reclamar a su

niño perdido. Para cuando llegara a mi destino, tal vez yo mismo hubiera entorpecido mi búsqueda. Si no anunciaba mi llegada ni me acompañaba de un séquito, tendría alguna posibilidad de pasar relativamente inadvertido y sacar mis propias conclusiones.

Además, no sabía lo que me esperaba. Era posible que se dieran situaciones peligrosas en un país tan impredecible, y no quería tener que preocuparme por mis acompañantes ni que me supusieran una distracción. Al ir solo no tendría que ocuparme más que de la realidad de mi situación y de cómo responder a ella.

Tal vez mi razonamiento era incluso más sencillo: era mi viaje y hasta ese momento lo había hecho solo, desde los trenes hasta las madrugadas en internet, así que parecía lo más lógico terminarlo sin compañía.

Por suerte, Lisa dijo que lo entendía. Mis padres insistieron más. Papá me prometió que no estorbarían y que me dejarían hacer yo solo todo lo que quisiera. O que, si lo prefería, vendría él solo como apoyo para ayudarme si surgía algún problema. Se quedaría en el hotel, pero al menos estaría cerca si lo necesitaba. «No te frenaré», me dijo. Le agradecí mucho su bienintencionado ofrecimiento, pero estaba decidido.

Aun así, no llegué a subirme al avión hasta pasados once meses desde que identifiqué Ganesh Talai. Era mi primer viaje importante, aparte del vuelo a Australia de mi infancia, y tenía que resolver varias cuestiones administrativas, además de todo lo que suelen conllevar los viajes. Para empezar, estaba el tema de mi ciudadanía. Cuando llegué de la India, mi pasaporte decía que era ciudadano indio (también decía que había nacido en Calcuta, cosa que, por supuesto, no era cierta, pero las autoridades indias tenían que poner algo en el espacio reservado al lugar de nacimiento). Ahora era ciudadano australiano y mi ciudadanía india había caducado, pero no había renunciado a ella de forma oficial. Así que tardé un tiempo en solventar algunos detalles burocráticos como aquel.

Lo cierto era que todos aquellos preparativos me venían bien para ir aplazando el viaje. Yo intentaba ocultarlo —ni siquiera lo reconocía para mis adentros—, pero el viaje me producía una ansiedad enorme. No se trataba solo de la cuestión de si había dado con el lugar que buscaba o si allí todavía habría alguien con quien reencontrarme: la perspectiva de regresar a la India también conllevaba hacer frente a algunos malos recuerdos. Y me preguntaba qué tal lo llevaría.

Pese a todo, reservé el billete, rechacé las ofertas de compañía e intenté prepararme. Recibí apoyo de quien menos lo esperaba. Cuando fui a mi centro de salud para ponerme las vacunas de rigor, mi médico me preguntó por el motivo del viaje. Aunque no era dado a compartir mi historia con casi nadie que no perteneciera a mi círculo de amistades más próximo, ahora que creía haber encontrado mi casa estaba menos a la defensiva y, no sé por qué, acabé contándole las razones que me llevaban a la India, primero a grandes rasgos y luego con todo detalle. Se quedó impactado y me agradeció que le hubiese revelado algo tan personal. Cuando volví

para ponerme las segundas dosis de algunas vacunas, les expliqué la historia a otros miembros del personal de la clínica, lo que me granjeó un montón de atención y de buenos deseos. Saber que tenía otro equipo de mi parte en las semanas previas a mi partida era agradable, y me ayudó a mantener el buen ánimo.

Cuando al fin llegó el día, mamá, Lisa y yo nos tomamos una última taza de café en el aeropuerto y repasamos una vez más las posibles situaciones con que me podía encontrar. Me dijeron que intentase aceptar las cosas como se presentasen y que no me estresase con lo que quería que pasara. A lo mejor no se me había dado tan bien como creía lo de disimular la ansiedad. Entonces, mamá me dio una hoja en la que había imprimido unas fotos mías de pequeño que había escaneado. Hacía veinticinco años que nadie me veía en la India, y era posible que hasta mi propia familia necesitase una ayuda para reconocermé: un regalo de despedida muy bien pensado; era increíble que, con tantos preparativos y tanta preocupación, aquello no se me hubiera ocurrido a mí, pero supongo que semejante olvido dice mucho sobre el estado mental en el que me encontraba.

Alargué las despedidas todo lo que pude y fui el último en embarcar. La mirada nerviosa que me dirigió mamá desató mis recelos una vez más. ¿Estaba obrando bien? ¿De verdad era necesario hurgar en el pasado cuando tenía tanta gente que me quería aquí y ahora?

La respuesta era sí, claro está, por muy nervioso que estuviera. Tenía que descubrir mi origen, si era posible, aunque solamente fuera para poder dejarlo atrás. Al menos quería llegar a ver el lugar con el que siempre soñaba.

Me subí al avión.

## EL REENCUENTRO CON MI MADRE

Cuando el 11 de febrero de 2012 aterricé en Indore, la mayor ciudad de Madhya Pradesh, mis pies tocaron tierra india por primera vez desde que me marché del país siendo un niño. En la oscuridad que precede al alba sentí una descarga de adrenalina ante la magnitud de lo que estaba a punto de emprender.

La India no me recibió precisamente con los brazos abiertos. Mis primeras experiencias me dejaron claro que era un forastero: aunque hubiera vuelto a «casa», para mí aquel era un país extranjero. Mi bolsa de viaje no salió por la cinta transportadora de la recogida de equipajes, y cuando intenté preguntar por su paradero a un empleado del aeropuerto, me respondió en un idioma que me pareció hindi y del que no entendí una palabra. Enseguida se fue a buscar a alguien que hablase un poco de inglés. No hablar el idioma del país no parece gran cosa, pero para un hombre en mi situación, inmerso en un viaje emocional de regreso a sus orígenes tras años extraviado, significaba mucho. Era como volver a estar perdido, incapaz de comprender lo que me decían ni de hacerme entender.

Tras una serie de penosas negociaciones con los taxistas que me pedían unos precios prohibitivos para llevarme a mi destino, acabé encontrando el autobús de cortesía que proporcionaba el hotel donde iba a alojarme la noche antes de viajar hasta Khandwa. Salíamos del aeropuerto cuando asomó un sol resplandeciente que me permitió echar el primer vistazo a la imponente confusión de la India del siglo XXI.

Al principio, mucho de lo que veía me recordaba a la India que había conocido un cuarto de siglo atrás. Había cerdos silvestres negros forrajeando por las callejuelas, las mismas especies de árboles en las esquinas y el habitual gentío por todas partes. La pobreza seguía siendo patente, pero enseguida me sorprendió lo sucio que me parecía todo en comparación con mis recuerdos. Vi personas evacuando en la cuneta y desperdicios tirados por todas partes. Aquellos no eran los recuerdos que yo tenía de mi barrio, pero quizá me había acostumbrado a la limpieza y a los espacios abiertos de Hobart.

Al bajar del autobús junto al hotel, el ruido implacable del denso tráfico y el fuerte olor sulfuroso procedente de los drenajes y el alcantarillado me golpearon los sentidos. Me di cuenta de que, probablemente, también encontraría Khandwa muy cambiada después de tanto tiempo. Dormité durante unas horas y, al despertar, contraté un coche con conductor para que me llevase allí al día siguiente.

Khandwa estaba a dos horas de carretera y pagué la mitad de lo que me pedían los taxistas del aeropuerto por llevarme hasta el hotel, que estaba solo a unos kilómetros. Aquello me recordó que ya no quedaba nada de ese niño espabilado y capaz de sobrevivir en la calle. Aunque es posible que los otros taxistas cobrasen un extra por

la seguridad: aquel hombre bajito y escuálido conducía por las calles como un verdadero loco, aquello pasaba de la raya hasta en la India, con lo que provocó otra subida de adrenalina en mi ya sobrecargado sistema. La carretera que va de Indore a Khandwa atraviesa montañas y valles, pero yo apenas veía el paisaje. Parábamos de vez en cuando para tomar un té y fumar un cigarro —yo casi nunca fumo, pero necesitaba tranquilizarme—, y me fui poniendo cada vez más nervioso por lo que me esperaba en mi destino. Aquella conducción suicida se me antojaba incluso lenta.

Lucía un sol abrasador en un cielo despejado cuando llegamos a las afueras de la ciudad. Al ver que no reconocía nada sentí un escalofrío en el espinazo. La zona tenía un aire industrial, gris y polvoriento, que no recordaba. De repente, decidí ir a la estación de tren antes de pasar por el hotel. Ya estaba bien de aplazar las cosas: aquella sería la forma más rápida y sencilla de descubrir si lo que había averiguado en mi portátil en Tasmania se ajustaba a la realidad. Cambiamos de dirección.

Las calles eran estrechas, y el tráfico se ralentizó hasta casi detenerse. Era domingo y había gente por todas partes. Cuando era pequeño había más carros y caballos que *rickshaws* motorizados, pero ahora las calles estaban atestadas de coches y motos.

Mi teléfono móvil tenía un GPS que me habría proporcionado un callejero, pero apenas me quedaba batería y quería reactivar mi memoria. Así que fui guiando al conductor según lo que yo recordaba y encontramos la estación sin problemas, en el lugar donde esperaba que estuviese. Es posible que él ya supiese dónde estaba y solo me estuviera siguiendo la corriente, pero aquello me levantó el ánimo.

La estación me pareció un poco distinta de como la recordaba, pero me orienté en cuanto la vi: desde allí sabía llegar a cualquier lugar de Khandwa. Sabía dónde estaba, y no era lejos de casa.

Me sentí eufórico.

En aquel momento me invadió el agotamiento. Me sentía como una marioneta a la que le hubieran cortado las cuerdas. Me había mantenido en pie a base de puro nervio desde mi llegada a la India —y desde bastante antes también— y, ahora que sentía que había dado con el sitio, era incapaz de ir más allá. Le pedí al conductor que me llevase al hotel. Ya recorrería las calles al día siguiente.

Mientras el taxi se arrastraba por aquellas calles, las fui comparando con las de mis recuerdos. En ellos, el lugar era verde y con árboles por todas partes, menos industrializado y contaminado. Desde luego, no había tanta basura en las calles. Los edificios estaban mucho más abandonados de lo que yo imaginaba. Sin embargo, cuando atravesamos un paso subterráneo bajo las vías del tren por donde apenas pasaba un coche, me asaltaron los recuerdos de una carretera igual de claustrofóbica. Era la carretera en la que jugaba de pequeño, no había ninguna duda.

Al llegar al hotel Grand Barrack —como su nombre sugiere, en tiempos fue un barracón del ejército británico— ofendí, sin proponérmelo, a mi conductor al no darle propina. Criado en Australia, no estaba acostumbrado a pagar más que la cantidad

acordada, así que no me di cuenta de mi error hasta después de entrar en el hotel. Me registré con la sensación de estar arrastrando conmigo un choque de culturas.

Exhausto por mis descubrimientos y por el largo viaje, dejé la maleta en la habitación, encendí el aire acondicionado y el ventilador del techo y me derrumbé en la cama.

Pese a mi agotamiento, no logré descansar. Tal vez estaba demasiado excitado, pero pensé: «¿Qué narices estoy haciendo? Me he pasado una eternidad sentado en un avión, dos horas más embutido en un coche... ¡Espabila!». Eran las dos de la tarde de un domingo y había recorrido un largo camino para encontrar mi casa. Agarré la mochila y una botella de agua, y me dejé llevar por un arrebató de entusiasmo.

Al salir del hotel no sabía adónde dirigirme —de allí partían calles y carreteras en todas direcciones—, así que desanduve la ruta por la que había llegado en coche. No tardé mucho en encontrarme recorriendo la carretera paralela a las vías del tren, volviendo a buen paso hacia el centro de la ciudad.

Pese a que las calles me resultaban familiares, tampoco podía decir que supiera dónde estaba exactamente. Habían cambiado tantas cosas que volvieron a asaltarme las dudas. Al fin y al cabo, ¿tan diferentes eran las estaciones de tren y los pasos subterráneos de los pueblos y las ciudades de la India? ¿Y cuántas ciudades y pueblos había? ¿Me habría equivocado? Mis pies, sin embargo, parecían conocer el camino, como si estuviera en piloto automático, y con el *jet lag*, la fatiga y la naturaleza surrealista de aquella experiencia tenía la impresión de verme avanzar desde fuera de mi cuerpo. Me estaba olvidando de lo que me había aconsejado mamá: que mantuviera la calma y no me hiciese demasiadas ilusiones. El instinto, los recuerdos, las dudas y el nerviosismo me corrían por dentro al mismo tiempo.

Al cabo de un rato, llegué a una pequeña mezquita verde. La mezquita de Baba. ¡Me había olvidado de ella! Era como la de los recuerdos que acababa de recuperar, solo que más deteriorada y, por supuesto, más pequeña; pero el parecido no dejaba de reconfortarme. Aunque volví a sentir que iba por buen camino, seguía cuestionándome todo lo que veía. ¿Esto o aquello era así? ¿Era todo como debía ser? ¿No me había equivocado?

En cierto momento creí que tenía que doblar a la izquierda para dirigirme hacia el centro de Ganesh Talai. Empecé a temblar y aminoré el paso. Aquello no se parecía en nada a lo que debería haber encontrado. Había demasiadas viviendas, estaba demasiado urbanizado. Intenté calmarme: «Las cosas cambian, la población crece. ¡Cómo no va a haber más casas!». Pero si se habían derribado los edificios antiguos para construir otros nuevos, tal vez mi casa también habría desaparecido. Ese pensamiento me hizo estremecer y apuré el paso hasta llegar a un pequeño descampado que me recordó a una zona donde iba a jugar de niño.

Lo reconocí, pero al mismo tiempo no era igual. Era el mismo sitio, pero distinto. Entonces me di cuenta de cuál era la diferencia: ahora había electricidad. Todo estaba lleno de postes y cables. Cuando era pequeño nos alumbrábamos con velas y

cocinábamos en una cocina de leña o con queroseno. Ahora que las calles estaban envueltas en el entramado del tendido eléctrico todo parecía más estrecho, más lleno... transformado.

Como me había obsesionado con los cambios, me iba fijando solo en ellos en lugar de intentar identificar el lugar donde me encontraba. Me había forzado a no pensar en mi madre ni en el resto de mi familia y ahora me estaba aproximando al lugar donde quizá siguieran viviendo. Pese a mis esfuerzos, me invadían toda clase de emociones.

Aun así, seguí postergando el momento y decidí que lo mejor sería intentar encontrar primero la casa en que había vivido mi familia cuando todavía estábamos en el barrio hindú.

Caminé calle abajo y me adentré en un callejón estrecho y serpenteante, al fondo del cual había una mujer lavando ropa. Al contemplar el callejón, me asaltaron los recuerdos del pequeño Saroo corriendo por allí. Debí de quedarme mirando a la mujer, porque se dirigió a mí: un desconocido vestido con ropa occidental, que seguramente le parecería rico y, sin duda, fuera de lugar. Creo que me dijo: «¿Puedo ayudarle?», o algo por el estilo, en hindi, pero lo único que fui capaz de responder fue: «No». Di media vuelta y seguí mi camino.

Después de aquello ya no podía seguir retrasando lo inevitable. Al fin había llegado el momento de hacer frente al destino último de mi viaje. No me llevó más que unos minutos cruzar las pocas calles que en tiempos habían separado las zonas hindú y musulmana del vecindario. El corazón se me salía por la boca al acercarme al lugar donde recordaba la casa de ladrillos desmoronados. Y antes de que me diera tiempo a pensar en lo que me esperaba, me encontré justo frente a ella.

Me pareció diminuta, pero era inconfundible.

Y también resultaba inconfundible su estado de abandono. Me quedé plantado, mirándola fijamente.

Las bastas paredes de ladrillo me resultaban familiares, aunque ahora la planta baja estaba enlucida con cemento barato y encalada. La entrada a la estancia de la esquina se encontraba exactamente en su lugar, pero la puerta estaba rota. Era del tamaño que en Australia tendría una ventana. Como no lograba ver gran cosa a través de las grietas de la puerta, doblé la esquina para echar un vistazo por la única ventana, de apenas treinta centímetros cuadrados. Era increíble que mi madre, mis hermanos y yo, aunque no siempre al mismo tiempo, hubiésemos habitado aquel espacio tan oscuro y diminuto, que debía de tener unos tres metros cuadrados. La minúscula chimenea seguía en su sitio, aunque a la vista estaba que hacía tiempo que no se le daba uso; pero el depósito de agua de arcilla había desaparecido. La única estantería colgaba de uno de los soportes. Se habían caído algunos ladrillos de la pared exterior y por los huecos entraban rayos de luz. El suelo de tierra y estiércol de vaca, que mi madre siempre tenía limpio y barrido, ahora estaba cubierto de polvo por el abandono.

Mientras miraba al interior de la vivienda, una cabra mascaba como si nada un poco de paja olvidada sobre una piedra que había junto a la puerta, indiferente a mi desdicha. Aunque me había repetido infinidad de veces que no podía llegar a la India después de tanto tiempo y esperar que mi familia estuviera en el mismo sitio, me costó hacerme a la idea de que había encontrado la casa sin nadie dentro. Pese a todos mis esfuerzos, inconscientemente estaba convencido de que, si lograba regresar a casa, me estarían esperando en ella. Aturdido, vacío por completo a causa de la decepción, observé a la cabra mientras comía.

No tenía ni idea de qué hacer a continuación. La búsqueda había llegado a su fin.

Me quedé allí plantado, sin ningún plan en la cabeza por primera vez. Entonces una joven india salió de la puerta de al lado con un bebé en brazos. Me habló en hindi y entendí que me estaba preguntando si podía ayudarme en algo. Le respondí: «No hablo hindi, hablo inglés». Me arrancó del desánimo cuando me dijo: «Yo hablo un poco inglés». Enseguida dije: «Esta casa...». Y luego recité los nombres de mi familia: «Kamla, Guddu, Kallu, Shekila, Saroo». La mujer no respondió, así que repetí los nombres y saqué el papel con las fotos impresas que me había dado mamá antes de que me marchara. Y me dijo lo último que quería escuchar: que allí ya no vivía nadie.

Fue entonces cuando se acercaron dos hombres a ver lo que estaba ocurriendo. El segundo —de unos treinta y cinco años, y con un buen inglés— miró las fotos, me dijo que esperase y se perdió por un callejón. No tuve mucho tiempo para pensar en lo que sucedía. Se habían acercado más curiosos, atraídos por la presencia de un extranjero en aquellas calles por las que nunca se veían turistas.

Al cabo de un par de minutos volvió aquel hombre y dijo unas palabras que nunca olvidaré: «Venga conmigo. Lo voy a llevar con su madre».

Lo dijo sin rodeos, como un agente de la autoridad haciendo una declaración, tan categóricamente que lo acepté sin más. No asimilé lo que había dicho hasta que empecé a seguirlo por un callejón adyacente. Entonces se me puso la carne de gallina y la cabeza empezó a darme vueltas; hacía un momento acababa de abandonar veinticinco años de esperanza. ¿Era posible que aquel extraño que pasaba por la calle supiera dónde estaba mi madre? Aquello parecía demasiado inverosímil y demasiado rápido. Después de tanto tiempo, las cosas sucedían a una velocidad desconcertante.

Solo habíamos andado quince metros cuando el hombre se detuvo frente a tres mujeres situadas delante de la puerta de una casa y que miraban hacia mí. «Esta es tu madre», dijo. Estaba demasiado aturdido para preguntar a cuál de las tres se refería. Me preguntaba si todo aquello sería una broma.

Paralizado, sin saber qué hacer, las miré de una en una. La primera no era mi madre, estaba seguro. La del medio tenía un aire familiar, y la tercera me resultaba completamente desconocida. Era la del medio.

Era delgada y parecía muy pequeña; llevaba el pelo canoso peinado hacia atrás y recogido en un moño, y un sari floreado de color amarillo. Pese a los años

transcurridos, al volver a mirarla reconocí al instante la delicada estructura ósea de su rostro, y en ese momento ella también pareció reconocirme.

Nos miramos otro segundo; sentí una punzada de dolor al darme cuenta de que a una madre y un hijo les costaba tanto reconocerse, y cuando por fin nos reconocimos me inundó la alegría. Dio un paso adelante, me tomó las manos y las sostuvo entre las suyas mirándome fijamente, casi sin dar crédito. Pese a la confusión que me embargaba, me quedaba suficiente lucidez para entender que yo al menos había podido prepararme, mientras que mi madre veía reaparecer inesperadamente a su hijo veinticinco años después de haberlo perdido.

Antes de que ninguno de los dos dijera nada, mi madre me llevó de la mano hasta su casa. Nos siguió una larga fila de curiosos. Su casa estaba a la vuelta de la esquina, a solo unos cien metros, que recorrió dominada por la emoción. Iba hablando consigo misma en hindi, levantando la vista una y otra vez, para mirarme con lágrimas de alegría en los ojos. Yo me sentía demasiado abrumado para decir nada.

Llegamos a un callejón sucio donde se encontraba su casa, con paredes de ladrillos que se caían a pedazos. Una vez que entramos y me sentó en su cama, se quedó de pie y sacó un teléfono móvil de entre los pliegues de su sari. Cuando dijo: «Kallu, Shekila...», entendí que estaba llamando a mis hermanos. ¿Todavía vivían allí? Habló nerviosa por teléfono, gritando y riendo, y exclamaba: «¡Sheru! ¡Sheru!». Tardé un momento en darme cuenta de que estaba diciendo mi nombre. ¿Era posible que durante todo aquel tiempo yo hubiera pronunciado mal mi nombre?

El corrillo que se había reunido fuera iba creciendo por momentos. Hablaban emocionados, entre sí y por sus teléfonos móviles: el milagro del hijo que había regresado de entre los muertos era una gran noticia, y se iba corriendo la voz. La casa no tardó en llenarse de personas bulliciosas que celebraban el feliz suceso, y las que no habían dentro esperaban en el callejón o se agolpaban en la calle adyacente.

Por fortuna, algunos de los presentes sabían algo de inglés, con lo que mi madre y yo pudimos hablar por fin gracias a aquellos intérpretes improvisados. Lo primero que me preguntó fue: «¿Dónde has estado?». Tardaría un poco en poder explicárselo todo, pero le dije a grandes rasgos que me había perdido en Calcuta y me había adoptado una familia australiana. Como es lógico, se quedó estupefacta.

El hombre que había hablado conmigo en la calle había ido a la casa en la que ella estaba de visita y le había dicho: «Sheru ha vuelto». Luego le enseñó el papel con las fotografías que mamá me había dado —yo no recordaba que se lo hubiera llevado— y le dijo: «Este niño se ha hecho un hombre y está en el barrio, preguntando por Kamla, que es usted». Esta última aclaración me extrañó, pero luego me contaron que mi madre se había convertido al islam hacía muchos años y había adoptado el nombre de Fátima. Creo que para mí siempre será Kamla.

Mi madre describió sus reacciones mejor de lo que yo habría podido describir las

mías: dijo que al saber que su niño había vuelto estaba «sorprendida como por un trueno», y que la felicidad de su corazón era «tan profunda como el mar».

Al ver las fotos se había puesto a temblar y había salido corriendo al callejón seguida por las dos mujeres a las que estaba visitando, y allí fue donde las encontré. Dijo que según me iba acercando, siguió temblando, y sentía frío y «truenos en la cabeza» mientras los ojos se le llenaban de lágrimas de emoción.

A mí también me retumbaba la cabeza. Y después de la lentitud del viaje y de la montaña rusa emocional por la que pasé en mi periplo por las calles de Ganesh Talai hasta llegar a nuestra antigua casa, ahora todo sucedía a una velocidad caótica y demencial. Había gente gritando y riendo por todas partes, pugnando por ver al hijo pródigo, armando una algarabía en hindi que me resultaba incomprensible. Mi madre sonreía y lloraba. La escena me superaba.

Más tarde me di cuenta de que, al llegar a nuestra vieja casa, había estado solo a quince metros de mi madre, literalmente a la vuelta de la esquina, pero de no haber sido porque en aquel momento pasó aquel hombre y me ayudó, tal vez me habría marchado sin verla. A lo mejor habría acabado encontrándola igualmente preguntando por el barrio, pero me obsesiona la idea de que no hubiese sido así, de que hubiéramos estado tan cerca el uno del otro sin llegar a saberlo nunca.

Solo podíamos hablar a trompicones mientras se traducían nuestros mensajes y la gente hacía preguntas y repetía la historia para los recién llegados. Mi madre se volvía hacia sus amistades con una amplia sonrisa, y luego me miraba o me abrazaba con la cara llena de lágrimas. Al momento volvía a hablar por teléfono para seguir difundiendo la noticia.

Había muchas preguntas que contestar, la mayoría de ellas por mí. Mi madre no tenía ni idea de lo que me había pasado desde la noche de mi desaparición. Con tantas cosas para explicar, el relato avanzaba con lentitud, pero por suerte enseguida contamos con la ayuda de una intérprete inesperada, Cheryl, una mujer que vivía unas puertas más allá. De padre británico y madre india, había acabado en Ganesh Talai. Le agradecí tanto su ayuda... Gracias a ella conseguí que mi madre me fuera entendiendo poco a poco. Más tarde podría contárselo todo, pero en nuestro primer encuentro, en medio de aquel caos, solo alcancé a explicarle lo fundamental: el encierro en el tren, la llegada a Calcuta, la adopción y mi infancia en Australia. A mi madre le parecía asombroso que hubiera vuelto después de tantos años, y que volviese desde un lugar tan lejano le resultaba incomprensible.

No obstante, ya en ese primer encuentro me dijo que estaba agradecida a mis padres australianos, y que tenían derecho a considerarme su hijo porque me habían criado desde que era pequeño y me habían hecho el hombre que era. Lo único que le importaba es que yo tuviera la mejor vida posible. Fue emocionante oírle decir aquello. Aunque ella no lo sabía, sus palabras me devolvieron al orfanato Nava Jeevan, cuando tuve que decidir si aceptaba la propuesta de adopción de los Brierley. Al decirme aquello, mi madre me hizo sentir que había tomado la decisión acertada.

También dijo que estaba orgullosa de mí, que es lo que cualquier hijo desea oírle decir a su madre.

En ciertos aspectos, el edificio en que vivía mi madre estaba aún más deteriorado que nuestra casa abandonada. En la pared delantera, los ladrillos desaparecidos habían dejado unos agujeros bien visibles. Mi madre dormía en la habitación principal, de dos metros por tres, en la cama donde me había sentado. Del techo de la estancia bajaban dos trozos de metal ondulado que conducían el agua de la lluvia hasta un cuenco situado en el pequeño lavabo adyacente, con su retrete de agujero en el suelo y su tina de agua para lavarse. Me entristeció pensar en lo empapada que quedaría la habitación cuando lloviese. En la parte de atrás había un cuarto un poco más grande (no mucho), que servía de cocina. Sin embargo, y pese a que la vivienda no podía dar cabida a todos los curiosos que intentaban entrar en ella, era más grande que la casa en la que vivíamos, y por lo menos tenía un suelo de terrazo en lugar de tierra compacta. Con toda su precariedad, en el contexto de Ganesh Talai no dejaba de suponer una mejora, y no se me ocultaba cuánto habría tenido que trabajar mi madre para poder vivir allí. Según me dijeron, ya era demasiado vieja para acarrear piedras sobre la cabeza en las obras, y ahora trabajaba limpiando casas. A pesar de aquella vida tan dura, me dijo que era feliz.

En las siguientes horas no paró de llegar gente que se fue apelotonando en torno a la ventana enrejada y la puerta de la casa; charlaban entre ellos con gran excitación y se informaban de todo por los más enterados. Mi madre recibió a muchos visitantes; sentada a mi lado, charlaba mientras me cogía la cara o me abrazaba, o se levantaba de un salto para llamar por teléfono.

Finalmente entraron dos invitados especiales, primero uno y al poco el otro: mi hermano Kallu y mi hermana Shekila. Al llegar esta última, acompañada de su marido y sus dos hijos, nuestra madre lloraba, estrechándome entre sus brazos, y mi hermana no pudo contener las lágrimas cuando me levanté para abrazarla. Después llegó Kallu en su moto, y al verme se quedó anonadado; entendí lo que sentía. Aunque nos reconocimos al instante, era la primera vez que nos veíamos de adultos. Ni Kallu ni Shekila habían tenido ninguna razón para aprender inglés, así que de nuevo nos vimos limitados a las lágrimas, las sonrisas y el asombro mudo, antes de poder comunicarnos mínimamente con la ayuda de Cheryl. Fue una experiencia agri dulce: estar tan cerca y, sin embargo, separados por algo tan fundamental como la barrera idiomática.

Pero ¿dónde estaba Guddu? La suya era la historia que más deseaba escuchar. ¿Qué le había pasado aquella noche en Burhanpur? ¿La recordaba a menudo? Sobre todo, quería que supiese que no lo culpaba de nada, y ahora por fin había vuelto.

Fue entonces cuando me dieron la peor noticia del día (en realidad, la peor noticia que me han dado en la vida). Cuando le pregunté a mi madre por él, contestó con tristeza: «Ya no vive».

La noche que me perdí, Guddu tampoco volvió a casa. Al cabo de unas semanas

mi madre se enteró de que había muerto en un accidente de tren. Perdió dos hijos la misma noche. Soy incapaz de entender cómo pudo soportarlo.

Una de las cosas que más ansiaba en aquella visita era ver a Guddu. Si le pedí que me llevara con él a Burhanpur fue precisamente porque lo echaba mucho de menos. La noticia de su muerte fue un auténtico mazazo.

Más tarde me contaron más cosas sobre aquella noche y lo que mi madre creía que nos había pasado a los dos. Al principio, cuando vio que me había ido con Guddu, se enfadó un poco, porque esperaba que cuidara de Shekila. Pero la India en la que yo nací no tenía nada que ver con Australia, donde la desaparición de un niño durante una hora es motivo de alarma: mi propia madre solía pasar varios días fuera, y los niños pequeños entraban y salían de las casas sin que nadie los vigilara. Así que al principio no le dio mayor importancia. Pero al cabo de una semana empezó a preocuparse. No tenía nada de extraño que Guddu se pasara semanas sin aparecer, pero era una irresponsabilidad que me retuviese tanto tiempo con él. Kallu no nos había visto en sus andanzas y no sabía si habíamos estado en Burhanpur, con lo que mi madre empezó a temerse lo peor. Le pidió a Kallu que preguntara en Khandwa y Burhanpur si alguien nos había visto, pero nadie sabía nada.

Al cabo de unas semanas de nuestra desaparición, quizá un mes, un policía se presentó en nuestra casa. Más preocupada por mí, por ser el más pequeño y menos capaz, mi madre creyó que el agente le traería noticias sobre mi paradero, pero no fue así: venía por Guddu. Le dijo que había muerto en un accidente ferroviario y le enseñó una foto de su cadáver. Lo habían encontrado junto a las vías, a un kilómetro de distancia de Burhanpur, y el policía le pidió que lo identificara formalmente. Le pregunté a mi madre si estaba segura de que era él, y asintió con lentitud. Era evidente que el episodio todavía le causaba una gran pena, por lo que me enteré de todos los detalles por Kallu. Guddu, que entonces solo tenía catorce años, había caído de un tren en marcha. O bien fue a parar debajo de una rueda o chocó con algún objeto contiguo a la vía: el caso es que había perdido medio brazo y un ojo, una imagen horrorosa para una madre.

Quise ir a ver la tumba de Guddu, pero mi madre y mis hermanos me dijeron que era imposible: habían construido viviendas sobre el cementerio en el que estaba enterrado. Ni siquiera se preocuparon de trasladar los restos de los muertos antes de empezar la construcción. Los dueños o los promotores no querían saber, o les daba igual. No fue fácil asimilarlo. Era como si me hubieran quitado a mi hermano —igual que yo había desaparecido para él, sin dejar rastro—, y pude hacerme una idea de lo que debió de sentir mi familia al enterarse de mi desaparición. Ni fotografías de él teníamos, ya que nunca pudimos permitirnos un retrato familiar. Había sido parte de nosotros, como nosotros habíamos sido parte de él, y ahora lo único que quedaba de Guddu eran nuestros recuerdos.

No estaba seguro de que mi familia comprendiese por qué me disgustaba tanto no poder sentarme junto a la tumba de mi hermano. Para ellos, la muerte de Guddu

pertenecía a un pasado lejano, pero para mí era algo que acababa de ocurrir ese mismo día. Al volver a Australia todavía sentía el no haber podido llorarlo como es debido. Lo último que me dijo en aquel andén de Burhanpur fue que volvería. Quizá nunca volvió; quizá al regresar vio que me había ido. En cualquier caso, esperaba poder reunirme con él, y ya nunca sabré lo que ocurrió aquella noche: algunos misterios nunca se resolverán.

Mi familia temía que yo hubiera sufrido el mismo destino u otro incluso peor. Ni siquiera sabían si estaba vivo o muerto. Compadecí sobre todo a Kallu: perdió a dos hermanos y se convirtió de repente en el varón mayor, lo que en nuestra comunidad entrañaba ciertas responsabilidades. Lo considerarían tan responsable del bienestar de la familia como mi madre, un peso enorme para sus jóvenes hombros.

También me enteré de algunas cosas sobre mi padre. Seguía vivo, pero ya no vivía en Khandwa: se había trasladado con su nueva familia a Bhopal, a unos cientos de kilómetros al norte, la capital de Madhya Pradesh, ciudad que se hizo famosa a principios de los años ochenta por la catástrofe química de la fábrica de Union Carbide. Mi madre y mis hermanos aún lo odiaban por habernos abandonado, así que de momento no podría satisfacer mi curiosidad por él.

En medio de la alegría y el caos del primer día, Cheryl me dijo que algunos de los presentes le preguntaban a mi madre cómo podía estar segura de que era su hijo. ¿No era posible que yo fuera un impostor o que los dos nos hubiéramos dejado engañar por las ganas que teníamos de que la historia fuera cierta? Mi madre contestó que una madre conoce a su hijo en cualquier parte: no tuvo ninguna duda desde el instante en que me vio. Pero había una forma de estar convencidos del todo. Me cogió la cara con las dos manos e, inclinándola, buscó la cicatriz que tenía encima del ojo desde el día que me caí en la calle huyendo de un perro. Allí estaba, a la derecha, justo encima de la ceja. La señaló y sonrió: yo era su hijo.

Cuando cayó la tarde la casa de mi madre seguía llena de gente feliz, pero al final tuve que irme: estaba agotado y me iban a estallar la cabeza y el corazón. Tardé mucho en despedirme de todo el mundo: las largas miradas y los abrazos sustituyeron a las palabras que no sabíamos decir. Supongo que, en el fondo, todos se preguntaban si volverían a verme una vez que saliera por la puerta. Prometí que nos veríamos al día siguiente. Al final mi madre me dejó marchar y se quedó mirando cómo me iba a toda prisa con Kallu en su moto. Aunque no podíamos hablar, le di las gracias cuando me bajé delante del Grand Barrack y él emprendió la hora de trayecto que tenía por delante hasta llegar a Burhanpur, la ciudad que yo había buscado durante tanto tiempo y en la que ahora vivía mi hermano.

Ya en mi habitación, pensé en lo mucho que había cambiado mi vida desde que había salido del hotel aquella misma tarde. Había encontrado a mi familia. Ya no era un huérfano. Y había terminado esa búsqueda que tanto significaba para mí. Me

pregunté qué iba a hacer a partir de ese momento.

Pensé mucho en Guddu. Me dolía imaginar lo que pudo haberle ocurrido. Guddu subía y bajaba de los trenes con tanta confianza, después de tanto tiempo trabajando en ellos, que me costaba creer que se hubiera caído. ¿Podía haber otra explicación? Quizá había vuelto al andén y, al no encontrarme, había ido en mi busca. De vez en cuando mis hermanos tenían altercados con otros chicos. ¿Se le habría metido en la cabeza que me habían hecho algo y se enzarzó en una pelea? La peor explicación era que, sintiéndose culpable por haberme dejado solo, en su desesperación por encontrarme se arriesgara más de la cuenta o se distrajera y acabara cayendo del tren.

Él podría haber supuesto que yo estaría de vuelta en casa, pero como no volvió para comprobarlo, costaba resistirse a la idea de que, si yo no me hubiera subido al tren aquella noche, Guddu habría vuelto como habíamos planeado y ahora estaría vivo. Analizándolo racionalmente, me daba cuenta de que no podía sentirme culpable por su destino, pero me costaba librarme de aquel remordimiento. Y aunque creía que había una respuesta para todo, que todos los problemas podían resolverse a fuerza de persistir, esta vez comprendí que tenía que aceptar que nunca sabría lo que le había ocurrido a mi hermano.

Antes de meterme en la cama, les envié un mensaje a mis padres:

He encontrado respuesta a todas mis preguntas. Ya no quedan cabos sueltos. Mi familia es real y auténtica, como nosotros en Australia. Papá, mamá, mi madre os agradece que me hayáis criado. Mi hermano, mi hermana y mi madre entienden que sois mi familia y no quieren causar ningún problema. Se alegran de saber que estoy vivo y no quieren nada más. Espero que sepáis que sois lo más importante para mí y que eso nunca cambiará. Os quiero.

Como era de esperar, me costó mucho dormir.

# 11

## NUEVOS LAZOS

A la mañana siguiente Kallu me recogió con su moto y volvió a llevarme a casa de nuestra madre, que me recibió con la misma alegría que el día anterior. Quizá no se creyera que fuese a volver.

Antes de venir a buscarme, Kallu ya había dejado a su mujer, su hijo y su hija en la casa de nuestra madre y me los presentó. Por increíble que pareciera, los cuatro habían venido desde Burhanpur en aquella moto. Si el día anterior me había llevado una gran alegría al saber que era el tío de los dos hijos de Shekila, en esta ocasión estuve encantado de conocer a una sobrina y a un tercer sobrino.

Mientras tomábamos té, estuvimos un rato sonriéndonos en silencio, pero enseguida empezamos a contarnos cosas con la ayuda de Cheryl y otros intérpretes, y a saludar a un sinfín de visitantes. Lo mismo ocurriría durante los próximos cuatro días. Shekila no tardó en llegar con su marido y sus hijos, después de hacer otra vez el viaje desde Harda, la ciudad a cien kilómetros al noreste donde vivían.

Era inevitable que me preguntaran por mi mujer y mis hijos, y les sorprendió que no tuviera. Supongo que, de haber crecido en la India, a mi edad yo también tendría una familia. Al parecer, les alegró descubrir que por lo menos tenía una novia, aunque no estaba seguro de que mi madre entendiera lo que aquello significaba.

Ese segundo día, la historia del niño perdido que de repente aparece convertido en un hombre en las calles de Ganesh Talai ya había llegado a los medios de comunicación regionales, y los medios nacionales no tardaron en hacer acto de presencia con sus cámaras de televisión. No paraban de hacerme preguntas —casi siempre a través de intérpretes—, y, a fuerza de explicar mi historia una y otra vez, al final era como si lo que contaba le hubiera pasado a otra persona.

Aquel interés de los medios me pilló de sorpresa. Ni se me había pasado por la imaginación que mi regreso pudiera armar tanto alboroto, y no estaba preparado para ello. Aquel revuelo aumentó aún más la carga emocional de la situación, pero también presentaba un lado maravilloso. La India tiene más de mil millones de habitantes y hay muchos niños vagando por las calles sin nadie que cuide de ellos. Puede parecer un lugar caótico, incluso duro. Sin embargo, aquí, en Ganesh Talai (en todo el país, en realidad), que uno solo de esos niños perdidos hubiera logrado reencontrarse con su familia después de una larguísima separación podía llegar a suscitar una profunda emoción.

Fue tal la multitud que llegó para verme que la cosa acabó convirtiéndose en una auténtica fiesta, con música y gente bailando en las calles. Mi regreso parecía haber electrizado al barrio, como si fuese la prueba de que la mala suerte no tenía por qué ser la única ley de la vida. A veces ocurrían milagros.

Diría que mi familia india es de las que se guardan las emociones hasta que llegan

a ejercer tal presión que ya no hay más remedio que dejarlas salir. Vertimos muchas lágrimas cuando por fin tuvimos tiempo para nosotros solos; lloramos de felicidad, pero también por la tristeza de haber perdido tanto tiempo: yo tenía treinta años, Kallu, treinta y tres, y Shekila veintisiete. La última vez que la había visto era una niña pequeña a la que debía cuidar, y ahora tenía dos hijos preciosos.

De pronto recordé una cosa, cogí un poco de carbón del fuego y se lo enseñé. Ella se rio. Cuando solo tenía uno o dos años, a veces la encontraba comiendo carbón, quizá por el hambre que pasaba, y con la cara negra. Se volvió adicta al carbón, lo que le afectó gravemente el aparato digestivo. (Tuvimos que llevarla a que la viera una mujer experta en el problema. Por suerte, al parecer no había sufrido ningún daño permanente.) El que ahora pudiéramos reírnos de aquello era otra muestra de lo lejos que quedaban aquellos días.

Shekila y Kallu tuvieron la suerte de poder estudiar. Al no tener que mantenernos a Guddu ni a mí, nuestra madre se pudo permitir llevarlos a la escuela. Shekila era maestra y sabía hablar y escribir hindi y urdu (pero no inglés). Me dijo que cuando nuestra madre la llamó por teléfono el día anterior, no la había creído: pensó que se trataría de un estafador o un bromista. Pero la seguridad de mi madre, y sobre todo su descripción del papel con mis fotos de niño, acabaron convencéndola. Le dio las gracias a Dios por aquel milagro y se subió a un tren para reunirse con nosotros. Al verme, se sintió «transportada en el tiempo», como si hubiera regresado a los días en que yo cuidaba de ella. Nada más verme se desvanecieron todas sus dudas.

A Kallu también le habían ido bien las cosas. Era el capataz de una fábrica y conducía un autobús escolar para sacarse un sobresueldo. Así, en una sola generación, nuestra familia había pasado del oficio de peón de obras a los de maestra y capataz. Se podría decir que la pérdida de la familia tuvo el efecto agridulce de permitir que los hijos que quedaban salieran de la pobreza. Pero las cosas no habían sido nada fáciles para Kallu: me entristeció mucho saber que no me había equivocado al imaginar su vida tras la desaparición de sus dos hermanos. Había tenido que soportar la pesada carga de ser el único varón de la familia. Aunque fue a la escuela, tuvo que dejar los estudios antes de tiempo para aprender a conducir y encontrar un trabajo mejor con el que mantener a Shekila y a nuestra madre. El dolor de la pérdida, que nunca lo había abandonado, al final lo llevó a marcharse no solo de Ganesh Talai, sino también de Khandwa, para ir a vivir a Burhanpur. Me dijo que había dudado incluso de su fe hindú, pero que había llegado a la conclusión de que algún día los dioses «harían justicia» y me ayudarían a volver. Mi regreso lo afectó profundamente: quizá algunas de esas heridas tan antiguas empezarían a sanar y podría compartir con alguien las cargas que soportaba.

Seguimos hablando sobre los tiempos difíciles que había pasado la familia después de mi desaparición, y Shekila contó que le daba miedo enviar a sus hijos pequeños a la escuela, por si no volvían; pero también hubo risas, desde luego. Me quedé estupefacto al descubrir que en realidad me llamaba Sheru, palabra que en

hindi significa «león». Desde que me perdí había pronunciado mal mi nombre, y ya para siempre me llamaría Saroo.

En Ganesh Talai descubrí que, allí, los recuerdos de mi vida volvían a cobrar vigor y que, durante las charlas con mi familia, me venían a la memoria muchas otras cosas que de pequeño no podía comprender. Pero lo que me contaron aquel día y en los pocos que siguieron me ayudó a resolver algunas de las incógnitas de mis primeros años de vida, una vida de lo más habitual para los millones de personas que viven en las pequeñas ciudades de la India. También me sirvió para entender la vida que había llevado mi madre biológica, y su tenacidad ante el infortunio me hizo admirarla todavía más.

Su familia pertenecía a la casta guerrera de los *rajput* y su padre era policía. Le pusieron de nombre Kamla en honor a la diosa hindú de la creación. Yo la recordaba como una mujer hermosa y me lo sigue pareciendo, pese al transcurso de tantos años de esfuerzos y sufrimientos.

Mi padre era más bajo que ella, de pecho ancho y rostro cuadrado, e incluso de joven tenía el pelo salpicado de canas. Siempre vestía de blanco de los pies a la cabeza, según la costumbre islámica, y trabajaba de contratista. Cuando se casó con mi madre, él tenía veinticuatro años y ella dieciocho.

Ahora entiendo mejor por qué apenas veía a mi padre. Cuando yo tenía unos tres años, Guddu nueve y Kallu seis, y mi madre estaba embarazada de Shekila, mi padre anunció que había tomado otra esposa —cosa que le estaba permitida por ser musulmán— y que nos iba a dejar para irse a vivir con ella. Al parecer, mi madre no supo nada de la intención de mi padre de volver a casarse hasta que él nos comunicó que lo había hecho, lo cual fue un duro golpe para ella. Mi padre había conocido a su nueva mujer en una de sus obras, donde ella transportaba ladrillos y piedras en la cabeza, sobre una bandeja. De vez en cuando, mi madre seguía yendo a ver a mi padre a su casa de las afueras de la ciudad, lo cual ponía muy celosa a su segunda mujer, que la echaba de allí. Mi madre estaba convencida de que era ella la que impedía a mi padre venir a vernos. Yo, desde luego, no recuerdo que viniera nunca a visitarnos.

Mi madre no quiso pedir el divorcio a pesar de que, al haber sido abandonada por su esposo, la ley islámica se lo permitía. Siguió casada con mi padre aunque ya no vivía con ella ni la mantenía.

Todo lo ocurrido la perturbó profundamente, y ella describe aquella época terrible como un huracán que vino a destrozarle la vida. A veces estaba tan desorientada que no sabía dónde terminaba el cielo y dónde empezaba la tierra. Se quería morir; incluso se le pasó por la cabeza envenenarnos a todos o tumbarse en las vías para que se la llevase por delante el primer tren que pasara.

Fue entonces cuando decidió que nos mudásemos a la zona musulmana de

Ganesh Talai, a la vivienda que yo acababa de encontrar vacía. Supuso que su familia hindú le cerraría las puertas, pero la comunidad musulmana parecía ofrecerle su apoyo, pese a las circunstancias. Sospecho que también creía que aquel barrio, más próspero, sería un lugar mejor para criar a sus hijos. Descubrí que la segregación religiosa que yo recordaba se había relajado y que ya no existían dos zonas claramente diferenciadas.

Pese al cambio de zona, mi madre no abrazó el islam hasta después de mi desaparición, aunque ella no se cubría la cara como algunas amigas suyas que vinieron de visita. No recuerdo haber recibido ningún tipo de formación religiosa de niño, aunque de vez en cuando sí que visitaba la mezquita del barrio, que estaba al cuidado de Baba. Lo que sí recuerdo es que un día me dijeron, simple y llanamente, que ya no podía seguir jugando con mis amigos porque eran hindúes, y que tenía que hacer nuevos amigos musulmanes.

La huella más importante que dejó el islam en mi infancia no fue muy agradable: la circuncisión. No entiendo por qué me hicieron pasar por aquello si no nos habíamos convertido. Tal vez mi madre pensó que era más conveniente seguir algunas de las costumbres de la zona para integrarnos, o quizá le dijeron que era imprescindible para vivir allí. El caso es que no se utilizó ninguna clase de anestesia, así que no es de extrañar que sea uno de mis recuerdos tempranos más vívidos.

Estaba jugando en la calle con otros críos cuando se me acercó un niño y me dijo que me llamaba mi madre. Al llegar a casa, me encontré a varias personas allí reunidas, Baba entre ellas. Me contó que iba a ocurrir algo importante y mi madre me dijo que no me preocupase, que no pasaría nada. Entonces, entre varios hombres que conocía del barrio me llevaron a una sala más grande de la planta de arriba de nuestro edificio. En el centro había una gran vasija de arcilla y me dijeron que me quitase los pantalones cortos que llevaba y me sentase en ella. Dos de los hombres me agarraron los brazos y otro se colocó detrás de mí para sostenerme la cabeza con la mano. Los dos hombres que quedaban libres me empujaban contra la vasija, tal como estaba sentado. No tenía ni idea de qué pasaba, pero logré mantener la calma... hasta que llegó otro hombre con una cuchilla en la mano. Chillé, pero me retuvieron con más fuerza mientras aquel hombre cortaba con destreza. Me dolió muchísimo, pero apenas duró unos segundos. El hombre me vendó y mi madre me metió en la cama y me cuidó. Unos minutos más tarde, Kallu subió a aquella sala del piso de arriba y le hicieron lo mismo, pero Guddu no subió. Tal vez a él ya se lo habían hecho.

Aquella noche hubo fiesta en el vecindario, con un banquete y canciones, pero a Kallu y a mí solo nos dejaron sentarnos a escuchar en la azotea. No nos dejaron salir a la calle en varios días, durante los cuales nos obligaron a ayunar y a llevar solo una camisa, sin pantalones, mientras nos recuperábamos.

Privada del sostén económico de mi padre, mi madre se vio obligada a buscar trabajo. Poco después de nacer Shekila, empezó a trabajar de peón en las obras, como la nueva esposa de mi padre. Por suerte, era una mujer fuerte, capaz de soportar aquel

duro trabajo. La paga era ínfima (lo normal para una trabajadora rural en la India de entonces): un puñado de rupias por cargar con piedras pesadas sobre la cabeza a pleno sol, de la mañana a la noche. Trabajaba seis días a la semana por menos de un dólar. Guddu también salía a trabajar: en su primera jornada de lavaplatos en un restaurante ganó menos de media rupia.

Mendigar comida en el vecindario musulmán nos proporcionaba una dieta más variada que antes, porque de vez en cuando conseguíamos algo de carne, como cabrito y pollo. También recuerdo que comíamos platos especiales si se celebraba alguna fiesta, una boda u otra ocasión señalada. Las festividades se sucedían con cierta frecuencia, lo cual significaba diversión para todos y comida gratis... y en cantidad.

Nos vestíamos con ropa que nos donaban los vecinos. Por suerte, el clima era muy cálido, así que no necesitábamos gran cosa: la ropa sencilla de algodón era suficiente. Los estudios ni nos los planteábamos. El colegio donde pasaba el rato observando a los afortunados alumnos en sus idas y venidas era la escuela-convento de San José, a la que todavía asisten los niños de Khandwa.

Al ser el mayor, Guddu se sentía responsable de nuestra supervivencia y siempre andaba a la caza de nuevos empleos con los que aportar un poco de dinero extra. Le habían dicho que podía sacar algo de dinero vendiendo cosas en los andenes de las estaciones de tren, así que empezó a vender kits de cepillo y pasta de dientes a los pasajeros. Aquello le hizo dar con sus huesos en el calabozo, a causa de cierta interpretación de las leyes contra el trabajo infantil. La policía local lo tenía —igual que a Kallu, a mí y a muchos niños de nuestro barrio— por un oportunista, por un raterillo, tal vez. Por ejemplo, para llevar algo de comida a nuestra mesa, habíamos aprendido a hacer agujeros en los fardos de arroz o de guisantes que se apilaban en la estación a la espera de los trenes de mercancías. Por regla general, nos salíamos con la nuestra o nos llevábamos un tirón de orejas, y no se nos consideraba grandes amenazas para la sociedad. Sin embargo, y a pesar de que a Guddu lo habían detenido por una ley creada para protegerlo, en aquella ocasión no lo dejaron marchar.

Al cabo de unos días, después de que un policía le dijera dónde estaba, mi madre nos llevó a todos al reformatorio, un imponente complejo de edificios, y les suplicó a los funcionarios hasta que estos liberaron a Guddu. No tengo ni idea de qué les dijo, pero debió de dejar muy claro que no se marcharía sin su hijo.

Nuestra madre nos criaba sola porque nuestro padre nos había abandonado por completo. Mi familia me contó que, cuando vivía con nosotros, a veces era violento y descargaba en nosotros sus frustraciones. Por supuesto, nosotros estábamos indefensos: una mujer sola con cuatro niños pequeños contra un hombre furioso. Quería deshacerse de nosotros, a instancias de su nueva esposa, e incluso intentó obligarnos a irnos de Khandwa; pero mi madre no tenía dinero para marcharse ni otro lugar donde vivir ni más medios de subsistencia que los que le ofrecía aquel barrio. Su pequeña red de seguridad no se extendía más allá de Ganesh Talai. Con el tiempo,

mi padre y su esposa se marcharon del barrio y se mudaron a una aldea de las afueras de Khandwa, lo que mejoró un poco nuestra situación.

Yo era demasiado pequeño para comprender la separación de mis padres. Solo veía que mi padre no estaba con nosotros. En alguna ocasión, me daban unas chanclas de goma nuevas y me decían que mi padre nos había comprado zapatos nuevos a todos.

Solo recuerdo haber visto a mi padre una vez, cuando tenía cuatro años y fuimos todos a su casa a visitar a su hijo recién nacido. Fue toda una expedición. Mi madre nos emperifolló a todos y, con un calor espantoso, fuimos andando hasta el centro de Khandwa para coger el autobús. Yo vigilaba, sobre todo, a Shekila, que estaba agotada de caminar con tanto calor. El trayecto en autobús duraba solo un par de horas, pero, con la caminata y la espera, el viaje nos llevó todo el día. Después había otra hora a pie al bajar del autobús, así que ya había oscurecido cuando llegamos al pueblo. Pasamos la noche apelotonados en la entrada de la casa de unos conocidos de mi madre. No tenían sitio que ofrecernos dentro, pero las noches eran cálidas, así que no se hizo desagradable y al menos no estábamos en la calle. No fue hasta la mañana siguiente, después de haber compartido un poco de leche y pan, cuando me enteré de que mi madre no nos acompañaría porque no se lo permitían. Así que los cuatro niños fuimos andando por la carretera, acompañados por un conocido común de nuestros progenitores, hasta la casa de nuestro padre.

Pese a todo aquello, o tal vez por no haberme enterado de nada, yo estaba muy contento de ver a mi padre cuando nos recibió a la puerta de su casa. Pasamos, vimos a su nueva esposa y conocimos al bebé. Me pareció que su mujer era amable con nosotros: nos preparó una buena cena y dormimos allí. Pero en mitad de la noche Guddu me sacudió para despertarme: decía que Kallu y él se iban a escapar y me preguntó si quería ir con ellos. Lo único que yo quería era seguir durmiendo. Cuando me volví a despertar, sonaban unos golpes fuertes en la puerta y mi padre se disponía a abrir. Un hombre había visto a mis hermanos adentrándose en campo abierto y le había dado miedo que los atacase un tigre.

Más tarde me enteré de que Guddu y Kallu habían intentado escaparse aquella noche: estaban disgustados por lo que le ocurría a nuestra familia y querían alejarse de nuestro padre y de su otra esposa. Por suerte, los encontraron enseguida, sanos y salvos.

Sin embargo, un problema dio paso a otro: aquella misma mañana, en la calle, vi a mi padre acercándose y me di cuenta de que iba persiguiendo a mi madre seguido de un par de personas más. Al llegar casi a mi altura, ella se detuvo y se dio la vuelta para hacerle frente, y discutieron a gritos, muy enfadados. Enseguida se les unieron unas cuantas personas más, cada cual en apoyo de un bando. Ahora comprendo que su disputa personal acabó enlazando con la tensión que existía en aquel momento entre musulmanes e hindúes, por lo que no tardó en convertirse en un enfrentamiento en el que los hindúes apoyaban a mi madre y los musulmanes se ponían de parte de

mi padre. Los ánimos se fueron caldeando cada vez más y se cruzaron muchos insultos. Mis hermanos y yo nos alineamos con mi madre, preguntándonos en qué acabarían todos aquellos gritos y empujones. Entonces, mi padre lanzó una piedra que le dio a mi madre en la cabeza. Yo estaba justo a su lado cuando la piedra la golpeó y la hizo caer de rodillas sangrando por la cabeza. Afortunadamente, aquel acto de violencia impresionó a la multitud tanto como a nosotros y sirvió para aplacar los ánimos en lugar de alterarlos más. El gentío de ambos lados comenzó a disolverse poco a poco mientras nosotros atendíamos a mi madre.

Una familia hindú logró hacernos sitio para que pasásemos unos días con ellos mientras mi madre descansaba. Luego nos dijeron que a mi padre se lo había llevado un agente de policía y que había pasado un día o dos en el calabozo de la comisaría de la aldea.

Aquel episodio permaneció en mi memoria como ejemplo del valor de mi madre, que se había vuelto para enfrentarse a sus perseguidores, pero también de la vulnerabilidad de los pobres en la India. En realidad, fue pura suerte que la multitud retrocediera: podrían haber matado a mi madre y quizá también a sus hijos.

A pesar de todo, tal vez por haber estado fuera tanto tiempo, no descartaba la idea de volver a ver a mi padre. Puede ser difícil de entender, teniendo en cuenta los pocos recuerdos que conservaba de él y que ninguno de ellos era demasiado favorable; pero él forma parte de mi identidad, de la historia de mi vida. Y, quizá, a veces las familias tienen que perdonar a algún miembro que no se ha portado bien en el pasado. Sin embargo, dado que él vivía un poco lejos y que yo no sabía a ciencia cierta si querría verme, decidí que lo dejaría para otro viaje. Por aquel entonces tampoco le comenté esas ideas a nadie. No quería ver a mi padre sin el consentimiento de la familia, y era consciente de que debía sacar el tema con delicadeza y cuando nuestro vínculo se hubiera fortalecido de nuevo.

Al pasar más tiempo con mi familia y habituarme de nuevo a mi lugar de nacimiento, empecé a pensar en la palabra que todo el mundo pronunciaba sin parar: «casa». ¿Era ahí donde estaba, al fin?

No lo sabía. Después de perderme, había tenido la gran suerte de ser adoptado por una familia que me quería, y no solo me había ido a vivir a otro lugar, sino que me había convertido en una persona diferente de la que habría sido si me hubiera quedado en la India. No solo vivía en Australia: me consideraba australiano. Mi hogar familiar era la casa de los Brierley, y yo había creado mi propio hogar en Hobart junto a Lisa, mi novia. Sabía que formaba parte de aquellos lugares y que allí era querido.

Pero al encontrar Khandwa y a mi familia india también había sentido que regresaba a casa, a mi hogar. Me sentía a gusto allí. En aquel lugar también me querían, aquel también era mi sitio, aunque no lo había pensado antes y no sabía

explicar por qué. Allí había pasado mis primeros años, allí estaban mis raíces.

Así que, cuando llegó el momento de regresar a Hobart, y llegó demasiado pronto, me dolió mucho tener que despedirme. Les prometí a mi madre, a mis hermanos y a sus familias que no tardaría en volver. Me daba cuenta de que tenía dos hogares, cada uno con sus propios vínculos emocionales, aunque estuvieran a miles de kilómetros de distancia. Aquel viaje, en el que me había embarcado para encontrar respuesta a una serie de preguntas sobre mi identidad, no había terminado. Tenía algunas —muchas— respuestas, pero me quedaban muchas preguntas para las que tal vez no hubiese respuesta pero que no podía dejar de hacerme. Lo que era evidente es que estaba destinado a repetir muchas veces el viaje entre la India y Australia, el viaje entre mis dos hogares.

## 12

# TENDIENDO PUENTES

Todavía estaba en la India cuando recibí un entusiasta mensaje de felicitación de mi amiga Asra, que se había enterado por mis padres de mi reunión familiar. Nuestras familias se habían mantenido en contacto desde nuestra llegada a Melbourne, tantos años atrás. Cuando regresé a Hobart la llamé para compartir con ella parte de la alegría de mis vivencias, sin olvidar que, por desgracia, ella nunca podría hacer el mismo viaje porque sus padres biológicos habían fallecido. Asra se alegró mucho por mí y me preguntó qué iba a hacer ahora que había recuperado los lazos con mi pasado. Andaba envuelto en tal torbellino de revelaciones y emociones desde mi regreso a Khandwa, que no supe qué responder.

Mi imaginación no había ido mucho más allá del momento en que encontrase mi casa y, tal vez, a mi madre. Supongo que lo veía como el final de la historia, pero lo cierto es que era más bien un nuevo comienzo. Ahora tenía dos familias, separadas por medio mundo y con distintas culturas, y debía buscar mi sitio en cada una de ellas.

Mis padres y Lisa se sintieron muy aliviados al tenerme de vuelta en casa. Aunque habíamos hablado por teléfono todos los días que pasé en la India, les preocupaba que me estuviera guardando cosas para mí. Al principio pensaron que podría volver a desaparecer. Después, Lisa se inquietó por mi seguridad: estaba en una de las zonas más pobres de un país desconocido, y quién sabe qué podía ocurrir. No me di cuenta de lo estresante que mi viaje había sido para ellos hasta que regresé.

Sin embargo, aquello quedó olvidado enseguida, porque todos ardían en deseos de saber de mi encuentro con mi familia. Estaban enterados de lo más importante, por supuesto, y ahora querían conocer los detalles: las historias que nos habíamos contado, lo que los demás recordaban de mi infancia y que yo había olvidado, si quería regresar...

Al parecer, estaban intentando averiguar si seguía queriendo vivir allí o si me estaba planteando mudarme a la India. Los tranquilicé todo lo que pude diciéndoles que, aunque la experiencia me había cambiado en muchos aspectos importantes, seguía siendo el mismo Saroo. En realidad, tardé un poco en volver a sentirme el de antes y en ver Hobart con los ojos de siempre, en lugar de con los de una persona pobre de la India.

Sin embargo, era cierto que algo había cambiado en mí, y enseguida se hizo patente: ahora tenía una historia que contar y había un montón de gente interesada en escucharla. *The Mercury*, el periódico de Hobart, se puso en contacto conmigo poco después de mi regreso. Una reportera se había enterado, no sé cómo, de la historia y accedí a concederle una entrevista. Aquello abrió la veda, y tras *The Age*, de Melbourne, y el *Sydney Morning Herald*, llegó la prensa internacional.

No estábamos preparados para mi notoriedad recién adquirida (supongo que nadie lo está). A veces sonaba el teléfono a altas horas de la madrugada, porque nos llamaban reporteros de todo el mundo. Me di cuenta de que necesitaba ayuda para gestionar toda aquella atención y contraté un mánager. Las ofertas de editores y productores de cine no tardaron en llegar. Aquello era surrealista. Soy un comercial de mangueras, tubos y conexiones industriales, no busco estar en el candelero; ¡solo quería encontrar mi ciudad natal y a mi familia! Y, aunque me gustaba contar mi historia, nunca se me había ocurrido que acabaría siendo una de esas personas que necesitan un mánager para que les organice los compromisos con la prensa. Por suerte, Lisa y mis padres me apoyaron muchísimo y me concedieron todo el tiempo que necesité. Y aunque resultaba agotador contar mi historia una y otra vez a los distintos medios, pensaba que, en parte, tenía la obligación de hacerlo; quizá serviría de ayuda a otros. Lo que me había pasado era extraordinario y podía darles esperanza a otras personas que quisieran encontrar a su familia perdida pero les pareciese imposible. Tal vez mi experiencia motivase a otras personas a sacar partido de las circunstancias, por muy abrumadoras que pudieran resultarles, y a no rendirse nunca.

Durante aquel tiempo me mantuve en contacto con mi familia india por videoconferencia. Ellos se conectaban a internet con el ordenador de un amigo, pero como no tenían webcam, no los veía. Ellos sí me veían a mí y podíamos hablar, bien con nuestros medios rudimentarios o con la ayuda de un intérprete. Decidí que tenía que proporcionarle a mi madre el equipo necesario para mantener el contacto y vernos desde el otro lado del mundo. Ahora que por fin se había reunido la familia, quería integrarme plenamente en ella, fortalecer nuestros lazos y ayudar a cuidar de mi madre y de mis sobrinos.

Todavía quedaban muchas incógnitas, y tenía la esperanza de aclararlas durante mi segunda visita a la India. Era casi invierno, aunque todavía hacía calor y la contaminación atmosférica te asfixiaba. Cuando el tiempo está así, el cielo se vuelve gris anaranjado y apenas cambia con la llegada de la noche.

Iba a llegar a Khandwa a tiempo para el final del Diwali, el «festival de las luces» del hinduismo. Como me ocurría con muchos aspectos de la cultura india, apenas recordaba ningún detalle del festival, pero sabía que sería muy vistoso porque a los indios les encantan las festividades. En el Diwali se celebra todo lo bueno y se rechaza el mal. Se invoca y se alaba a Lakshmi, la diosa de la prosperidad, y las familias despliegan su fortuna ante la imagen del altar doméstico y le agradecen sus dones. Hay banquetes, regalos y la tradición de encender lamparillas de aceite por toda la casa, y los edificios se cubren de luces de colores, igual que en Australia en Navidad. También se tiran muchos petardos y se oyen sus estallidos durante todo el día, porque se cree que alejan los malos espíritus. Por la noche, el cielo se ilumina con los fuegos artificiales.

Llegué con la caída de la tarde y me encontré en las estrechas calles de la zona vieja en el apogeo de la celebración. Mi madre me había dicho que su casa era la mía, pero sabía que ella entendería que ahora vivía como un occidental y que necesitaba un espacio y unas comodidades que su minúscula vivienda no me podía proporcionar. Le agradecí su generosidad, pero le dije que sería mejor que me alojase en el hotel, que no quedaba lejos, y la visitase todos los días. Así que dejé las maletas en el hotel Grand Barrack y le pedí al taxista que me llevase a reunirme con mi madre y el resto de mi familia en Ganesh Talai.

Atravesamos el paso subterráneo de la vía del tren, y las calles bullían de gente que iba de compras. El conductor me dejó en la plaza cercana a la mezquita y al templo de Ganesh Talai, que, dando ejemplo de tolerancia, estaban situados uno al lado del otro. Continué a pie por los callejones de mi infancia sintiéndome un poco más en casa.

Antes de volver, había estado intentando aprender hindi y había mejorado un poco, pero en cuanto trababa la más mínima conversación me perdía sin remedio. (Me han dicho que hay un hombre en YouTube que dice ser capaz de enseñar hindi en tres días, y a lo mejor algún día me da por probarlo, pero diría que no existen las recetas milagrosas.)

Mi madre me recibió con cariño y alegría. Había mostrado una gran aceptación de mi «otra vida», sobre todo teniendo en cuenta que las únicas noticias de Australia que le llegaban eran las del críquet. Durante mi primera visita, se estaba celebrando un torneo entre Australia, la India y Sri Lanka, y mi madre me contó que, después de mi marcha, siempre que veía las retransmisiones desde Australia acariciaba la pantalla con la esperanza de que yo me encontrase en la parte del público que tocaban sus dedos. Shekila y Kallu habían vuelto a venir desde sus casas para estar con nosotros. La familia me acogía otra vez en su seno sin reservas.

Mi madre insistió en que, como invitados suyos, debíamos sentarnos en sus sillas de plástico, mientras que ella se sentó en el suelo, a mis pies. No necesitábamos demasiadas palabras para comunicarnos lo contentos que estábamos de vernos, pero la llegada de Cheryl, que volvía a servirnos de intérprete una vez más, fue una maravilla.

No obstante, charlar era una tarea lenta. Muchas veces yo hacía una pregunta sencilla, de una frase. Entonces todos se ponían a hablar entre sí en hindi durante lo que a mí me parecían cinco minutos antes de que me llegara la respuesta, que, por lo general, también era una única frase. Me imagino que Cheryl tenía que sintetizar. Era muy generosa, una mujer paciente con un gran sentido del humor, y eso nos venía de perlas, porque tanto a mi madre como a Shekila y a Kallu les gustaba bromear: parece que es cosa de familia.

Me presentaron a una mujer llamada Swarnima que hablaba inglés a la perfección, y le interesó tanto la historia de mi vida que se ofreció a venir a hacernos de intérprete durante un tiempo. Quise pagarle, pero me devolvió el dinero. Es más,

me enteré por sus padres de que le había disgustado que yo lo hubiese considerado una relación profesional, y no una oferta de amistad. Me conmovió de tal manera su generosidad que nos hicimos buenos amigos.

Pasamos varias tardes seguidas en casa de mi madre, charlando, bebiendo *chai* y comiendo, casi siempre acompañados de parientes y amigos, con Swarnima traduciendo por encima del ruido del ventilador pequeño y oxidado que colgaba de las viejas vigas de bambú del techo. Mi madre parecía temer que todavía sufriese desnutrición, aunque era evidente que veintiséis años de alimentación australiana le habían puesto remedio al asunto, y no dejaba de darme de comer.

El sabor de sus *curris* de cabrito es uno de los recuerdos más vivos que conservo de mis años en Ganesh Talai. *Curris* de cabrito los he comido en muchos sitios, desde puestos callejeros hasta restaurantes de lujo, pero puedo decir sin faltar a la verdad que nunca he probado ninguno comparable al que prepara mi madre en la cocinita de la parte de atrás de su casa. Sus guisos consiguen un equilibrio de especias y una textura de la carne (porque el cabrito, si no se cocina como es debido, se te queda entre los dientes) que rozan la perfección. Ya sé que suena a típico orgullo de hijo, pero ¡es que es la verdad! Yo mismo he cocinado muchas veces *curry* de cabrito en casa, en Tasmania, siguiendo la receta que me dio en mi primera visita, pero nunca me sale tan bien como a ella.

Durante esta visita se habló mucho de que mi familia nunca había descartado del todo la idea de que yo volviese. Mi madre había visto el cadáver de Guddu y, por lo tanto, no tenía ninguna duda de su muerte, pero me dijo que no me habían llorado como a él porque no se creían que estuviera muerto. Contaban para ello con una garantía muy curiosa. Mi madre, que nunca dejó de rezar por mi regreso, visitó a muchos sacerdotes y guías espirituales de la comunidad en busca de ayuda y orientación. Todos ellos le aseguraban que yo estaba sano y salvo y era feliz, y lo más asombroso es que, cuando les preguntaban dónde estaba, señalaban con el dedo hacia el sur y decían: «Está en esa dirección».

Hicieron todo lo posible por encontrarme. Era una tarea imposible, claro está: no tenían ni idea de dónde podía haber ido. No obstante, en cuanto reunían algo de dinero del que podían prescindir, mi madre contrataba a alguien para que me siguiera la pista. A veces incluso viajaba ella misma por la región. Iba de ciudad en ciudad y recababa toda la información que pudieran darle. Kallu me dijo que habían hablado mucho con la policía de Burhanpur y Khandwa, y que él hacía horas extras para ganar más dinero con el que financiar las pesquisas de la familia. Nunca averiguaron nada.

Lo que no podrían haber hecho en ningún caso, ni siquiera reuniendo el dinero necesario, era imprimir los típicos carteles de «Niño desaparecido», puesto que no tenían fotos mías. Lo único que les quedaba era rezar.

Empecé a comprender que la fe de mi madre en mi supervivencia había marcado tanto su vida como mi determinación de encontrarla a ella había marcado la mía. Ante la imposibilidad de buscarme, hizo lo único que estaba en su mano: no moverse. Cuando le pregunté por qué seguía viviendo en Ganesh Talai pudiendo haberse instalado en Burhanpur, con Kallu y su mujer, me dijo que prefirió quedarse cerca de la casa en que vivía cuando desaparecí, así yo podría dar con ella si algún día regresaba. Aquello me dejó perplejo, pero lo cierto es que si se hubiera ido a vivir más lejos, me habría sido imposible seguirles la pista. Pensándolo ahora, su convencimiento de que yo seguía con vida me parece uno de los aspectos más increíbles de toda esta historia.

He vivido tantas coincidencias y sucesos extraños que he llegado a aceptarlos sin más, incluso con agradecimiento. Kallu y Shekila me dijeron que siempre habían atesorado sus recuerdos de cuando jugábamos y nos bañábamos juntos, toda la diversión y las travesuras de nuestros primeros años. Desde el principio de mi vida en Hobart, todas las noches antes de acostarme me los imaginaba en la India. Como ellos, pensaba en los buenos momentos e intentaba hacerle llegar a mi madre el mensaje de que estaba bien, pensaba en todos ellos y esperaba que siguieran vivos y les fueran bien las cosas. ¿Es posible que un fuerte vínculo emocional provoque esa especie de conexión telepática? Parece una idea descabellada, pero me han pasado tantas cosas increíbles que me resisto a desecharla del todo. Me da la sensación de que, en cierto modo, el mensaje llegó a su destino.

Por último, mi madre me dijo que un día, rezándole a Alá para que bendijera a su familia, se le apareció en la mente una imagen mía. Al día siguiente aparecí andando en Ganesh Talai y volví a entrar en su vida.

En aquella visita también hablamos de los cambios que se estaban produciendo en nuestras vidas desde mi regreso. Mi madre me dijo que, como mi historia había salido en las noticias, muchas familias deseaban casar a sus hijas conmigo, pero quería que supiera que no iba a tratar de influirme en ese aspecto. De nuevo intenté hablarle de Lisa. Le dije que, aunque éramos muy felices juntos, no teníamos intención de casarnos enseguida. La vi poco convencida. Tanto mi hermano como mi hermana estaban casados y tenían hijos; el único deseo de mi madre era que yo me encontrase en la misma situación antes de que ella muriera, o, por decirlo con sus palabras, antes de que «viera el camino a Dios». No quería abandonar este mundo sin saber que habría alguien que cuidaría de mí.

Kallu y Shekila me dijeron que les gustaría ir a Australia, pero mi madre se sentía demasiado débil para hacer aquel viaje. Shekila comentó que podía pasar perfectamente sin ver canguros ni la ópera de Sídney, pero que le gustaría mucho ver la casa en la que me había criado. Me dijo que quería conocer a mi familia australiana y que en la mezquita rezaban por ellos todos los días.

Una de las cosas más conmovedoras que me dijo mi madre fue que si algún día quería volver a vivir en la India me construiría una casa e iría a trabajar todos los días para que yo fuera feliz. Mi intención, por supuesto, era la contraria: quería darle una casa y hacer todo lo posible para contentarla.

Aunque el dinero puede ser un tema peliagudo en las familias, yo estaba decidido a compartir con la mía la buena suerte que había tenido. Desde la perspectiva de mi familia india yo era un hombre rico, con un sueldo con el que ellos no podían ni soñar. Ahora bien, era consciente de que, si quería evitar que aquel asunto complicara o enturbiara nuestras nuevas relaciones, tenía que hacer las cosas bien.

Tratamos la cuestión entre los cuatro para ver qué podíamos hacer. Su nuevo trabajo de limpiadora le reportaba a mi madre unas 1.200 rupias al mes: una cantidad mucho mayor que la que ganaba cuando yo era pequeño, pero igualmente mísera, incluso en provincias. Pensamos cómo podría contribuir a aumentar sus ingresos. Cuando les dije a mis hermanos que quería comprarle una casa, nos planteamos si sería buena idea que se fuera de Ganesh Talai para vivir más cerca de Shekila o Kallu, pero ella era feliz donde estaba y no quería marcharse del barrio en el que había vivido toda la vida. Así pues, pensamos que lo mejor sería buscarle algo allí mismo, o tal vez simplemente hacer las reparaciones que tanto necesitaba la casa en la que vivía.

Fue inevitable que surgiera el tema de mi padre. Mis hermanos eran implacables con él. Estaban convencidos de que habría visto la polvareda que había levantado mi regreso, pero se negaban a perdonarlo si aparecía, por muy arrepentido que se mostrase. Nos había abandonado cuando éramos pequeños y necesitábamos su ayuda, y tenía que ser coherente con la decisión que había tomado en su día. También lo culpaban de la muerte de Guddu: si no nos hubiese abandonado, nuestro hermano no se habría visto obligado a llevar a cabo aquel trabajo tan peligroso en los trenes. En opinión de mis hermanos, las líneas del destino que llevaban a la muerte de Guddu y mi desaparición partían del día en que mi padre trajo a casa a su nueva mujer y se la presentó a nuestra madre, entonces embarazada.

Pero aunque mi familia había jurado no volver a tener tratos con él, fueran cuales fueran las circunstancias, yo no podía compartir su firmeza. Si se arrepentía de su comportamiento, lo perdonaría. Quizá porque yo también había tomado una decisión cuyas consecuencias se me habían escapado de las manos, podía imaginar que una mala decisión hubiera desencadenado todo lo demás. No era capaz de odiarlo por haber cometido un error. Seguía siendo mi padre —aunque en realidad no lo conociera—, y no podía evitar que mi regreso al pasado me pareciera incompleto sin su participación.

Siempre había dudado de si tendría interés en verme, pero hacia el final de mi estancia en Khandwa hablé con una persona que seguía en contacto con él. Me dijo

que, en efecto, mi padre estaba al corriente de mi regreso y le había disgustado que nadie de la familia se hubiera comunicado con él. Últimamente había tenido problemas de salud y quería verme. Aquel mensaje reflejaba mi dilema casi a la perfección: pese al tono antipático que desprendían sus palabras, me veía incapaz de cerrarle mi corazón a un padre enfermo. No obstante, no tenía tiempo para ir a Bhopal, por no mencionar que primero tendría que hablarlo con mi familia para obtener su bendición. Tendría que aparcarlo por el momento.

Hacía tiempo que tenía ganas de conocer a Rochak, el abogado de veintitantos años que administraba el grupo de Facebook «Khandwa: mi ciudad». Vino a verme al hotel y por fin pude ponerle cara. Su grupo fue fundamental para confirmar que había encontrado mi ciudad. Rochak también me había ayudado a organizar el viaje desde Hobart hasta Khandwa. Facebook había sido casi tan importante como Google Earth en aquella historia.

Me alegré de poder darle las gracias por todo en persona. Rochak estaba encantado con el papel que sus amigos de Facebook y él habían desempeñado en mi aventura, al confirmar detalles como la localización de la fuente y el cine cercanos a la estación de Khandwa (una vez que se dio cuenta de que el cine al que me refería había cerrado). Por desgracia, entonces se olvidó de enviarme las fotos y yo no insistí. Cuando nos vimos, me dijo que de haber sabido cuál era la razón de mis preguntas podría haberme ayudado más, pero yo, por miedo y timidez, no le había contado a nadie lo que me proponía.

La noticia de mi regreso pilló a Rochak fuera de la ciudad. Sin embargo, dedujo que había sucedido algo cuando, a su vuelta, vio que su grupo de Facebook de repente tenía 150 miembros nuevos, y que la mitad de ellos no solo no vivían en Khandwa, sino que ni siquiera eran indios.

Internet le gustaba porque permitía a la gente que vivía en lugares tan apartados como Khandwa ponerse en contacto con el mundo entero, ampliaba sus horizontes y hacía posibles unas relaciones inconcebibles en el pasado. Hay quien desprecia Facebook y opina que solo se pueden tener amigos de verdad en el mundo real. A través de internet, Rochak me prestó una ayuda esencial: no creo que una amistad pueda tener mejor comienzo.

Antes de irse, me recordó el siguiente proverbio hindú: «Todo está escrito», el destino es inevitable. Creía que mi regreso era cosa del destino, como lo había sido también su ayuda.

Todavía tuvo tiempo de ayudarme por última vez: se encargó de contratarme un coche con conductor para ir a Burhanpur, a una hora y media de carretera, la ciudad donde pasaría la noche anterior a un viaje lleno de recuerdos dolorosos.

Tenía que subir a un tren.

## EL REGRESO A CALCUTA

Todavía tenía que hacer otra cosa para poder librarme de algunos fantasmas del pasado: ir a Burhanpur para coger un tren con destino a Calcuta. Pensaba repetir como adulto el mismo viaje que hice de niño, cuando me quedé encerrado en aquel tren, y ver qué recuerdos surgían.

En la India, la competencia para conseguir asiento en un tren es tan grande que no basta con reservarlo: es necesario confirmar y reconfirmar la reserva hasta el último momento para asegurarse de que el asiento estará libre todo el trayecto. La cosa se complica todavía más cuando uno en realidad no sabe adónde va (necesité algo de ayuda para averiguar cuál pudo ser el tren que de niño me llevó al otro extremo del país).

Cuando me presentaron a Swarnima, acababa de abandonar la larga cola de la ventanilla de la estación de Khandwa convencido de que, sin hablar hindi, iba a ser casi imposible conseguir lo que necesitaba. Los trámites estaban empezando a superarme, y su ayuda me resultó inestimable. De Burhanpur salen trenes hacia el noreste y el suroeste, y entre los dos llegamos a la conclusión de que se podía ir hasta Calcuta siguiendo cualquiera de las dos rutas: una de ellas iba hasta Bhusawal, un importante nudo ferroviario situado al sur, y allí cogía una línea que cruzaba el país hacia el este; y la otra se dirigía primero al noreste y luego descendía hacia el sureste para llegar a la capital de Bengala Occidental describiendo un gran arco. Por la ruta del norte se podía hacer todo el viaje sin cambiar de tren<sup>[2]</sup>.

Mientras me mostraban las dos rutas que podía haber seguido veinticinco años atrás, no tuve más remedio que aceptar que lo más probable era que algunas cosas no hubieran sucedido como las recordaba. Sin duda, estaba confundido respecto a un detalle importante. Siempre creí que había llegado a Calcuta al día siguiente de subir al tren, después de unas doce o quince horas de viaje. Era lo que siempre le había dicho a todo el mundo, y en ello había basado mis búsquedas, pero lo cierto es que era imposible ir desde Burhanpur hasta Calcuta en ese tiempo. Es un viaje de 1.680 kilómetros por la ruta del norte, y de solo cien kilómetros menos si se parte hacia el este y se pasa por Bhusawal. El viaje duraría nada menos que veintinueve horas. Puesto que era de noche cuando subí al tren en Burhanpur, tuve que pasar otra noche de camino hacia Calcuta. Quizá dormí durante toda la noche, o quizá simplemente perdí la noción del tiempo, alternando el horror de la vigilia con el sueño entre ataques de pánico y llanto. En cualquier caso, estaba claro que el viaje fue más largo de lo que recordaba.

Eso explicaba por qué mi meticulosa búsqueda en Google Earth había tardado tanto en dar resultado. No solo había perdido mucho tiempo mirando en zonas del país que no eran, sino que, incluso cuando me dirigí hacia el oeste, el límite

aproximado que había marcado era demasiado cercano a Calcuta. Al final, encontré Burhanpur gracias a un golpe de suerte increíble, aquella noche en que me salí del perímetro casi sin querer. ¿Habría ido más rápido de haber recordado correctamente el tiempo pasado en el tren? Tal vez sí, tal vez no. Como había decidido que el único método fiable consistía en seguir las líneas férreas que salían de Calcuta, habría tenido que recorrerlas hasta más lejos, y eso me habría llevado mucho tiempo. Por otro lado, supongo que, de haber agotado infructuosamente el primer perímetro, lo habría ampliado para continuar buscando y habría acabado encontrando mi ciudad (eso es lo que quiero pensar).

Plantearme en cuál de las dos rutas debía reservar asiento hizo que otra creencia muy antigua se tambaleara. Siempre había creído que, cuando Guddu y yo bajamos del primer tren, me había quedado dormido en un banco del andén y, al despertar, había subido al tren que tenía delante. La línea que iba de Khandwa a Burhanpur se dirigía al sur, y en esa dirección es imposible llegar a Calcuta sin cambiar de tren. Así pues, o bien me había movido del andén (y, por lo tanto, podría haber subido a un tren que me llevara directamente a Calcuta, por la ruta del norte), o bien me dirigí al sur y cambié de tren en algún momento.

Como ya he dicho, mis recuerdos de aquella noche espantosa no son del todo claros. De vez en cuando me llegan fogonazos. Así, junto al recuerdo dominante de haberme quedado encerrado en el tren, se me presenta a veces otra imagen inconexa, fragmentaria: la del tren deteniéndose en una estación y yo bajándome y subiendo a otro. No es más que un parpadeo en el fondo de mi mente, dissociado de mis recuerdos de aquel viaje, y no estoy seguro de que ocurriera realmente; pero ¿podría ser que al principio fuera hacia el sur y después (porque el tren hubiera llegado a su destino o porque me diese cuenta de que me estaba alejando de casa) cambiase de tren para intentar volver? Era posible, de modo que quizá llegara a Bhusawal y allí subiera sin saberlo a un tren con destino a Calcuta, hacia el este.

Una vez aceptada la posibilidad del cambio de tren, no había forma de saber cuál de las dos rutas había seguido. Aunque con un transbordo en Bhusawal podía haberme dirigido al este, también era posible que, cambiando a un segundo tren de vuelta a Burhanpur, me hubiese dormido y hubiera seguido hasta Calcuta, en dirección noreste. Quizá el tren al que había subido inicialmente dio la vuelta para dirigirse al norte mientras dormía, o tal vez engancharon mi vagón a otra máquina que hiciese esa misma maniobra. Tenía que reconocer que me encontraba ante un misterio irresoluble.

Pensé que, al no estar seguro de poder repetir el mismo viaje, quizá no tuviera mucha importancia qué ruta escogiera: lo fundamental era recorrer aquella distancia y volver a sentir la inmensidad del viaje, con la esperanza de hacer aflorar algún recuerdo o de dejar por fin atrás algunas cosas. Así pues, pensé que me aferraría a mi recuerdo principal —el de haber estado atrapado en el tren durante todo el viaje— y tomaría la ruta más directa, es decir, la que iba en dirección noreste. A decir verdad,

también me influyó el que fuera el camino más fácil y más cómodo: había un tren que salía de Burhanpur al alba, mientras que, si optaba por la ruta del sur, tenía que ir a Bhusawal de noche y esperar a que saliera un tren en dirección este al amanecer.

Así pues, me decidí por el correo de Calcuta, un tren que ya hacía la misma ruta en los años ochenta, entonces con el nombre de correo de Calcuta. Partía de Bombay, en la costa occidental de la India, llegaba a Burhanpur a las 5.20 de la madrugada (por eso tenía que pasar la noche allí) y seguía camino hasta la capital oriental que le daba nombre. De hecho, era muy poco probable que fuera el tren al que había subido de niño, aunque al final acabara en la ruta del noreste. Solo se detenía dos minutos en la estación de Burhanpur, el tiempo que tardaba el revisor en comprobar los nombres de los nuevos pasajeros. ¿Cómo habría podido subir al tren y quedarme dormido antes de que volviera a arrancar? Y en aquel entonces no pasó ningún revisor; de hecho, no me explico cómo es posible que no viera ninguno durante todo mi periplo. En los trenes interestatales siempre hay revisores. Esa fue una de las razones por las que no pude alejarme mucho de Calcuta cuando intentaba volver a casa: el deseo de evitar a los revisores hacía que solo subiera a trenes regionales. (En esto hubo un elemento de suerte: de haber logrado salir de Calcuta, lo más probable es que no hubiera vuelto a Madhya Pradesh, lo que habría empeorado aún más mi situación. Me podría haber perdido dos veces, y luego tres. Y, seguramente, lejos de Calcuta no habría acabado dando con una agencia de adopciones.)

No quería complicar todavía más las cosas obcecándome con repetir exactamente mis pasos. Así pues, una vez escogido el correo de Calcuta, organicé el viaje con la ayuda de Rochak y Swarnima. Cuando me recogió el coche que tenía que llevarme a Burhanpur, nos desviamos para hacerle una última visita a mi madre. Swarnima había ido a trabajar a Pune, donde vivía, pero por suerte pudimos contar con la ayuda de Cheryl en aquella última conversación. Nos despedimos con una taza de té y unas cuantas fotos familiares; al miraras ahora, me llama la atención lo mucho que me parezco a mi madre y mis hermanos.

Mi madre y Cheryl me acompañaron hasta el coche a través de la multitud de curiosos que se habían congregado para ver al niño perdido despedirse otra vez de su familia. Fue un adiós muy doloroso: como representar el día en que me perdí. La última vez que hice este viaje no pude despedirme; en esta ocasión, un cuarto de siglo después, mi madre me abrazó con fuerza y no paraba de sonreír. Aunque aquella separación le debía de parecer tan emotiva como a mí (si no más), no le preocupaba que no volviera. Sabía que, en adelante, siempre nos encontraríamos.

En Burhanpur, pasé la noche en la terraza del restaurante de mi hotel, viendo el cielo iluminado por los últimos fuegos artificiales del Diwali. Sabía que tomar el correo de Calcuta no aclararía todos los misterios de mi primer viaje. Por otro lado, me inquietaba la posibilidad de que el viaje que me disponía a emprender desmintiera otros recuerdos que había guardado durante todo aquel tiempo y habían sido la piedra angular de mi identidad.

Me habían dicho que, para evitar problemas, era conveniente llegar a la estación de Burhanpur con una hora de antelación, así que puse el despertador a las tres y diez de la mañana, aunque podría haberme ahorrado la molestia. Me desperté al oír que llamaban a la puerta de mi habitación. Abrí y me encontré un joven vestido con una chaqueta militar y un pañuelo que le tapaba casi toda la cara, el cual se identificó como el conductor del *rickshaw* que me había contratado el hotel. Acabé de espabilarme bajo un chorro de agua fría (a falta de agua caliente) y a las cuatro en punto salí a la oscuridad de la calle, después de pasar por recepción. Cargamos mi equipaje y salimos zumbando por las calles silenciosas. Pasamos por delante de nuevos bloques de pisos: bloques totalmente construidos, a medio construir y, según anunciaban los coloridos carteles, de construcción inminente. Por todo el país se veían aquellos carteles con sus ostentosos grafismos de edificios con gimnasio, piscina y todo confort, probable reflejo del *boom* económico.

Antes del alba refrescaba. Los nervios del viaje apenas me habían dejado pegar ojo, y agradecí aquel aire frío que me mantenía despierto. Desde nuestro vehículo alcancé a ver la silueta de las vacas que dormían debajo de toldos y de los cerdos que yacían acurrucados para darse calor.

Delante de la estación encontramos personas sentadas en grupos o durmiendo en el suelo. Estas últimas, al estar totalmente cubiertas con mantas, recordaban a bolsas de cadáveres. Dentro del edificio, un letrero rojo brillante me hizo saber que el tren llevaba una hora de retraso. Todas mis precauciones habían sido inútiles.

Tuve mucho tiempo para curiosear por la estación en la que empezó mi primer viaje a Calcuta. Aunque se parecía mucho al lugar que yo recordaba, habían cambiado algunas cosas. Recordaba que los bancos de los andenes estaban hechos con listones de madera, pero los actuales eran de granito pulido, con un marco de madera. Por otro lado, mientras que Ganesh Talai me había parecido mucho más mugriento que el de mi infancia, la estación de Burhanpur, sucia y llena de basura en mis recuerdos, ahora estaba muy limpia. En la pared había un cartel con la imagen de un agente de policía agarrando a un hombre que escupía en el andén.

Al mirar al andén de enfrente, tuve la certeza de que había sido allí donde había subido al tren en busca de Guddu. En un primer momento debí de dirigirme al sur, aunque posteriormente volviera a pasar por Burhanpur siguiendo la ruta del norte. La cabeza me bullía con todas las posibles permutaciones.

Un vendedor de té me vio mirando al andén de enfrente y atrajo mi atención. Como no tenía nada mejor que hacer, por medio de señas le dije que sí, que no me vendría mal una taza de té. A su vez, él me dio a entender por gestos que no me moviera, saltó a las vías y las cruzó, con mi taza en equilibrio sobre una bandeja de metal. Justo cuando acababa de volver a subir a su andén, pasó un mercancías con gran estruendo: un espectáculo imponente y aterrador. En Australia los trenes suelen aminorar la marcha en las estaciones, pero en la India aquellos trenes tan enormes

pasaban a toda velocidad, a intervalos regulares, haciendo temblar el andén. El vendedor de té convivía con esos trenes y calculaba su cadencia con ojo experto, lo que no sería nada fácil cuando uno andaba distraído, por el dolor o la culpa, por ejemplo. Y no podía dejar de imaginar las consecuencias que podía tener un simple error de cálculo. ¿Sería eso lo que le había pasado a Guddu?

Pese a no estar seguro de en qué andén había subido al tren o de si había hecho algún transbordo, conservo unas cuantas imágenes nítidas, aunque inconexas, del viaje en sí: recuerdo que subí a gatas al tren y busqué a Guddu, y luego me acurruqué en un asiento y volví a dormirme; y que, cuando me despertó la luz del día, me encontré en un vagón vacío que avanzaba a toda máquina. Recuerdo vagamente que el tren se detuvo al menos en una estación, aunque no vi a nadie en los andenes y fui incapaz de abrir las puertas de salida. Estaba confundido y asustado, y no sería de extrañar que perdiera la noción del tiempo. A un niño tan pequeño aquel viaje debió de hacersele eterno.

Se fue haciendo de día poco a poco, y no dejaba de llegar un goteo de gente al andén: al parecer, el retraso del tren no era ninguna sorpresa para nadie. Algunos venían abrigados como si estuviéramos bajo cero; a los habitantes de un lugar tan caluroso, el fresco del amanecer puede resultarles incómodo. Cargaban con toda clase de maletas, bolsas y bultos, además de pequeños electrodomésticos en cajas de cartón bien cerradas con cinta adhesiva. Al clarear, detrás de la estación vi el depósito de agua elevado que me había ayudado a identificar Burhanpur en las imágenes de satélite. Tuve suerte de que no lo hubieran derribado ni trasladado, o no habría reconocido el lugar.

El correo de Calcuta llegó a la estación con la aurora. Ya había recorrido 500 kilómetros en ocho horas desde Bombay, a orillas del mar Arábigo. Esperé en el punto donde debía detenerse el vagón que me correspondía y, por supuesto, un revisor consultó su lista antes de acompañarme al vagón, donde busqué mi asiento. No tenía intención de viajar en unas condiciones tan duras como la otra vez, por lo que había reservado un compartimento de primera clase. Aunque reconozco que esperaba un tren al estilo del Orient Express de Agatha Christie, la realidad no se ajustó a esa imagen: en aquel tren no había vagones de lujo ni camareros ataviados con uniformes blancos de botones dorados ofreciendo *gin-tonics* en bandejas de plata a los pasajeros. La distribución del vagón era muy parecida a la del vagón de clase turista al que me subí de niño: asientos individuales enfrentados junto a la ventana y, al otro lado del pasillo, una especie de compartimentos abiertos formados por bancos enfrentados que podían utilizarse para dormir. Pese a que los asientos de este vagón, de cuero granate desgastado, eran mejores que los bancos de madera que había probado de niño, seguían siendo bastante duros. Por suerte, no tenía que pasarme todo el viaje sentado: mi billete también incluía uno de los bancos-litera del otro lado

del pasillo y, al menos de momento, tenía todo el espacio para mí.

Tal como lo recuerdo, en el viaje de mi infancia el vagón estuvo vacío desde el instante en que me desperté por primera vez hasta la llegada a Calcuta, lo cual también es un misterio. En la India, un vagón vacío es algo inaudito, y, sin embargo, estoy seguro de ese recuerdo (sin duda, le habría pedido ayuda a cualquiera que se hubiera subido, incluso a un revisor). Por supuesto, es posible que hubiera viajeros en los vagones contiguos y que yo no me diera cuenta, pero no oí ni vi a nadie más. Me quedé sentado en mi vagón vacío, esperando a que se abriese una puerta. ¿Es posible que lo hubiesen cerrado y lo estuvieran remolcando para repararlo? ¿Me había subido en un tren de mantenimiento, no de pasajeros? De ser así, ¿por qué había hecho todo el trayecto hasta Calcuta?

Sentí un escalofrío cuando empezamos a alejarnos palmo a palmo del andén; recordaba que ese momento había iniciado el proceso por el que acabé perdido sin remedio. Sin embargo, estaba allí para superar el trauma del pasado enfrentándome a ese miedo, a las circunstancias de entonces, y volviendo a recorrer aquella distancia desde la perspectiva de un adulto capaz de comprender. También regresaba a Calcuta para volver a ver las calles en las que había sobrevivido y para visitar a la señora Sood y a los demás empleados de Nava Jeevan, el lugar donde mi suerte había dado un giro de 180 grados. Mientras el tren tomaba velocidad y dejaba atrás la estación de Burhanpur, observé a las personas con las que compartía el vagón y me pregunté cuáles serían las razones de su viaje.

Cuando era niño, los viajes en avión estaban reservados a las personas importantes: políticos, magnates de los negocios y sus familiares, o estrellas de Bollywood. Las vías del ferrocarril eran las arterias del país, por las que circulaban mercancías, personas y dinero. Los trenes traían destellos de la agitada vida de la gran urbe a nuestra pequeña ciudad de la India rural y atrasada. No es de extrañar que pasásemos tanto tiempo en las estaciones viendo pasar a la gente, sacando el dinero que podíamos vendiendo cosas a los pasajeros —como hacía Guddu con los kits de cepillo y pasta de dientes cuando lo detuvieron— o mendigando lo que nos quisieran dar. Los trenes eran nuestra única conexión con el resto del país, y es probable que, para buena parte de la población, la situación no haya cambiado.

No son los más rápidos del mundo, eso sí. Cuando Swarnima y yo hicimos la reserva en el correo de Calcuta, me enteré de que la velocidad media era de entre cincuenta y sesenta kilómetros por hora. Mis amigos indios de la universidad habían sobrestimado un poco la velocidad de los trenes, lo cual fue una suerte, puesto que amplió la zona de búsqueda que calculé basándome en mis recuerdos distorsionados de la duración del viaje. Es posible que, de haber sabido lo lentos que eran los trenes en realidad, hubiera tardado mucho más en ampliar la zona de búsqueda. Me arrellané en mi asiento: me esperaban casi treinta horas de trayecto.

Al principio, la mayoría de mis compañeros de viaje permanecieron en sus literas, recuperando el sueño perdido, pero al cabo de un tiempo se empezaron a oír murmullos y movimientos en los compartimentos. Luego se abrieron las cortinas y vi a familias enteras que despertaban al nuevo día.

Habíamos viajado poco más de una hora cuando experimenté un momento turbador. Si de niño había seguido esa misma ruta, en dirección noreste, habría pasado por mi ciudad natal, Khandwa. Sabía que nos dirigíamos hacia allí, claro está, pero al entrar en la ciudad a la hora en que despertaba a la actividad cotidiana, me resultó inevitable preguntarme si también habría pasado por allí ese niño de cinco años dormido en un vagón que era yo entonces. Si me hubiera despertado allí, tal vez habría tenido la oportunidad de bajarme del tren e irme a casa, imaginando que Guddu se había encontrado con unos amigos o que le había surgido algo que hacer. Podría haberme acostado en mi cama, decepcionado por no haber podido pasar más tiempo por ahí con mi hermano. Y entonces no habría ocurrido nada de lo que vino después: mis vivencias en las calles de Calcuta, mi rescate y mi adopción. No sería australiano y nadie leería mi historia. Pero no: no me desperté durante los dos minutos de parada en Khandwa, tan cerca de donde seguramente mi madre y mi hermana también dormían en aquel momento, y el tren se me llevó, alejándome de una vida que habría sido completamente distinta.

Mientras mi mente se ocupaba en aquellos pensamientos, el día se ponía en marcha y el ruido del tren iba en aumento. Las voces empezaron a elevarse para hacerse oír por encima del estruendo metálico sobre las vías. Al parecer, todo el mundo tenía móvil y todos los aparatos atronaban con sus tonos de canciones de moda de películas hindi. Las conversaciones eran constantes. De fondo sonaba lo que parecía un CD recopilatorio de distintos estilos de música hindi contemporánea, desde el jazz a una especie de cantos tiroleses en hindi. Los vendedores de comida se paseaban por todo el tren entonando su cantinela: «*Chai, chai, brek-fist, brek-fist, om-lit, om-lit*<sup>[3]</sup>».

Me di un paseo para estirar las piernas y encontré el vagón restaurante, donde los cocineros, desnudos de cintura para arriba, freían cantidades ingentes de aperitivos hechos con guisantes y lentejas, y hervían montañas de patatas cortadas en rodajas en unos peroles enormes. Los peroles y las cacerolas estaban colocados sobre ladrillos, al calor de inmensos fogones de gas, y los cocineros removían su contenido con largas paletas de madera. Era fascinante verlos trabajar con el traqueteo del tren.

En el correo de Calcuta no había nada parecido al vagón en el que me había quedado atrapado de niño, con barrotes en las ventanas y filas de bancos de madera. Entonces tampoco se podía pasar de un coche a otro: las únicas puertas daban al andén. Cada vez me parecía más probable que en mi primer viaje me subiera a un vagón fuera de servicio: el bullicio y el ruido de los trenes indios es ineludible, y las posibilidades de que no subiera ningún pasajero en un trayecto tan largo eran nulas.

El paisaje que se veía por la ventana era como yo lo recordaba: una llanura

polvorienta que parecía no tener fin, aunque en esta ocasión mi estado de ánimo me permitía apreciar los detalles y las variaciones: grandes extensiones de algodonales y campos de trigo, cultivos de regadío y plantaciones de guindillas con tantos frutos que se veían rojas en la distancia, además de las habituales vacas, cabras, burros, caballos, cerdos y perros. Las cosechadoras-trilladoras trabajaban al lado de los carros de bueyes y los agricultores que recogían la cosecha con sus manos y apilaban la paja. Había aldeas de minúsculas casitas de ladrillo y yeso pintadas de colores pastel, como rosa, verde lima y azul cielo descolorido, con tejas de terracota que parecían a punto de caerse de viejas. También pasamos junto a diminutas estaciones con los dibujos de Indian Railways pintados en tonos rojo ladrillo, amarillo y blanco. Seguramente, en mi primer viaje también vería unas cuantas estaciones pasar a toda prisa y desearía que el tren se detuviera en alguna. Me pregunté si, en aquellos campos, alguien habría levantado la mirada al pasar el tren y habría visto una carita en la ventana, mirando hacia fuera con terror.

Al pensar en Calcuta me di cuenta de que sentía más emoción que nervios. Aunque algunos rincones estarían llenos de recuerdos, también sería como visitarla por primera vez: me había perdido en Calcuta, pero ahora me dirigía hacia Calcuta. Ambos habíamos cambiado, y estaba deseando ver cuánto.

La caída de la noche me encontró ocupado en aquellas reflexiones, y cuando hube reclinado el asiento y sacado de su envoltura de papel las sábanas de Indian Railways, ya había oscurecido. Me tumbé en mi litera y me di cuenta de que podía seguir mirando por la ventana y ver desfilar los templos iluminados, los faros de las bicicletas y las luces de las casas, como destellos al paso del tren.

Con el traqueteo, se apoderó de mí una inesperada sensación de bienestar. Estaba a gusto, mecido al ritmo del vagón, rodeado del parloteo de los pasajeros, de aquella lengua que me resultaba familiar pero no entendía. Durante el día había charlado con un niño curioso que viajaba en el compartimento de al lado. Tenía unos diez años y deseaba practicar el inglés que había aprendido en el colegio, con sus «*What's your name?*» y «*Where are you from?*». Al parecer, se había dado cuenta de que, pese a mi aspecto, no era de la India (tal vez por la ropa que llevaba o porque no había participado en ninguna conversación en hindi o en bengalí). Cuando le dije que era de Australia, mencionó a Shane Warne, un legendario jugador de la selección australiana de críquet. Charlamos un rato sobre críquet y luego quiso saber si estaba casado. Cuando le contesté que no, me dijo que lo sentía mucho por mí. Lo siguiente que me preguntó fue si tenía familia, lo cual me hizo dudar un momento, pero al final le contesté que mi familia vivía en Tasmania, aunque también tenía familia en Khandwa, en Madhya Pradesh. Se dio por satisfecho con aquella respuesta, y me di cuenta de que a mí también empezaba a satisfacerme.

A última hora de la mañana del día siguiente iniciamos la entrada en Calcuta.

Desde la atalaya del tren vi cómo las vías por las que circulábamos se unían a un número cada vez mayor de vías paralelas con destino a la estación de Howrah. Puede que las recorriese de niño, ¿quién sabe? También era posible que no hubiera llegado a subirme a ningún tren que saliese por el extremo occidental de la ciudad. Parecía que hubiera un sinfín de vías, extendidas en todas las direcciones. Ante mí, la prueba de que nunca había tenido la menor posibilidad de encontrar el camino de regreso.

En ese momento el tren parecía ganar velocidad. Dejábamos atrás pasos a nivel donde esperaban camiones, coches y *rickshaws* motorizados, en medio de una sinfonía de cláxones. Enseguida estuvimos metidos de lleno en una de las mayores ciudades del mundo, junto con otros quince o veinte millones de personas. Exactamente treinta horas después de mi partida de Burhanpur, a las 12.20 del mediodía el tren hacía su entrada en la estación de Howrah, el imponente edificio de ladrillos rojos que tan bien conocía. Sentí un escalofrío cuando el tren se acercó lentamente al andén y se detuvo. Había vuelto.

Al bajar del tren, me quedé un minuto o dos parado en medio del ajeteo de la estación, contemplando el ir y venir del gentío a mi alrededor, igual que la primera vez. En esta ocasión, la muchedumbre me esquivaba al pasar, como haría con cualquier adulto que encontrase en su camino, mientras que la vez anterior que había estado allí, pidiendo ayuda, creo que ni siquiera me vieron. Por un lado, creía que entre aquella multitud no había ni una sola persona dispuesta a entretenerse en ayudar a un niño perdido. Por otro, me pregunté si habría sido posible cualquier otra reacción: en medio de un gentío como aquel, todo el mundo era anónimo, invisible. ¿Por qué iba a llamar la atención un niño angustiado entre tanta actividad? Y si se hubiera parado alguien, ¿cuánta paciencia habría necesitado para escuchar mis balbuceos en hindi sobre un lugar del que nunca había oído hablar?

Me sobrecogió lo familiar que me resultaba el edificio de la estación en sí. Había mendigado en él, dormido en él y en sus alrededores, y pasado todas aquellas semanas haciendo viajes sin sentido, en mi intento de salir de allí. Había sido mi casa en la época más traumática de mi vida, pero ahora no era más que una estación de tren, aunque la más enorme y transitada que había visto. No tenía mucho sentido quedarme por allí cuando no había ninguna necesidad.

No vi niños indigentes en la estación —tal vez en la actualidad no les sea tan fácil vagar por allí—, pero sí un par de grupillos de chavales a la salida del edificio, bajo un sol de justicia. Todos tenían el aire inconfundible de los niños vagabundos: estaban sucios de vivir en la calle y parecían ociosos y, al mismo tiempo, atentos a cualquier oportunidad, como la de algún transeúnte al que pudieran pedir limosna o, quizá, robarle. ¿Podría haber acabado en una de esas bandas, o era demasiado receloso o ingenuo? Cuesta imaginarme sobreviviendo mucho más tiempo en la calle por mi cuenta. Me habría convertido en uno de aquellos niños o habría muerto.

Me subí a un taxi y enseguida estuve camino del hotel que me había reservado mi agente de viajes y que resultó ser bastante lujoso: comida india y occidental, bares,

gimnasio y una de esas piscinas que parecen fundirse con el paisaje. Fui a darme un baño. En la piscina podías tumbarte en una de las tumbonas de la terraza o nadar hasta el extremo para contemplar, muchos pisos más abajo, la infinita extensión urbana sumida en la contaminación, el caos circulatorio y la pobreza.

Uno de los principales motivos de mi viaje a Calcuta era el deseo de reunirme con una persona que había desempeñado un papel fundamental en mi vida. En cuanto supe que Saroj Sood estaba viva y que seguía trabajando para la ISSA, decidí ir a verla a su oficina. Me puse en contacto con mi intérprete de bengalí y tomé un taxi que me condujo a través del tráfico infernal, el polvo y el hedor de las aguas residuales sin tratar.

Las oficinas de la ISSA están en un edificio victoriano venido a menos, en el barrio de Park Street, una zona con muchos restaurantes y bares, entre ellos el salón de té Flurys, famoso por sus sándwiches de pepino y su tarta. En medio de todo ese lujo y refinamiento se encuentra un centro de salvación.

Atravesamos una oficina abierta en la que el personal, sentado a su mesa, procesaba unas enormes pilas de papeles, y entonces la vi: en su despacho cerrado, miraba con atención el monitor de un ordenador rodeada de ficheros de aspecto oficial, con un viejo aparato de aire acondicionado colgado de la pared en precario equilibrio sobre su cabeza. Era la señora Sood. Aquel lugar no había cambiado nada en veinticinco años.

Cuando entré y me presenté, se le abrieron los ojos como platos. Me dio la mano y me abrazó. Tenía más de ochenta años, pero me dijo que se acordaba muy bien de mí pese al gran número de niños que habían estado a su cuidado desde entonces. «Me acuerdo de tu sonrisa traviesa. Tienes la misma cara que de pequeño», me dijo en su excelente inglés, sonriendo de oreja a oreja. La última vez que nos habíamos visto fue unos años después de mi adopción, en Hobart, adonde había ido acompañando a otro niño adoptado.

Me preguntó por mis dos madres y luego le pidió a una trabajadora social de su equipo, Soumeta Medhora, que buscara mi expediente de adopción. Mientras hablaban de dónde podría estar, contemplé los tableros de anuncios que colgaban de las paredes, cubiertos de fotos de niños sonrientes.

La señora Sood llevaba treinta y siete años en aquel mismo despacho, trabajando para ayudar a los niños. En ese tiempo había hecho posibles unas dos mil adopciones de niños indios, algunas en la India y otras en el extranjero. También tenía una hija propia, una empresaria de éxito que decía que había «donado a su madre» a la causa de la adopción.

Tras licenciarse en Derecho en Delhi, su ciudad natal, Saroj Sood comenzó a interesarse por el mundo de las adopciones. Tramitó la primera dentro de la India en 1963, y tres años más tarde consiguió ayudar a Madeleine Kats, una estudiante de

intercambio sueca, a adoptar a una niña india en Suecia. Kats se hizo periodista, y al relatar su experiencia mencionó a la señora Sood, que a partir de ese momento recibió más peticiones de ayuda para tramitar adopciones internacionales. Y así empezó todo.

Posteriormente se trasladó a Calcuta, donde recibió formación de las Misioneras de la Caridad, la orden fundada por la Madre Teresa, quien le dio su bendición en persona. Con el tiempo obtuvo el respaldo de otros patrocinadores influyentes, como Ashoka Gupta, presidenta de All India Women's Conference y conocida activista en la lucha por la independencia. Con su apoyo registró oficialmente la ISSA en 1975. Siete años más tarde, la organización fundó Nava Jeevan, el orfanato en el que estuve, cuyo nombre significa «nueva vida».

Según me explicó la señora Sood, mi adopción se había tramitado sin mayores problemas, sobre todo en comparación con todo lo que supone el proceso actual de adopción internacional. Me contó que, en lugar de quedar en manos de agencias como la ISSA, todas las adopciones entre países eran ahora competencia de una autoridad central, pero que las medidas creadas para «modernizar» los trámites solo habían servido para hacer el proceso más largo y complicado. Ahora lo más normal era que el papeleo, los preparativos y todo el procedimiento se prolongasen durante un año y, en ocasiones, incluso hasta cinco. Se notaba su frustración, y yo sabía que mamá sentía lo mismo: el sufrir en persona los retrasos de la adopción de Mantosh y ver cómo lo había afectado aquel tiempo que pasó sin necesidad en circunstancias adversas la había convertido en una activa defensora de simplificar el proceso de la adopción internacional.

En 1987, tras recibir el certificado de idoneidad para la adopción, mis padres se reunieron con una empleada de la ISSA encargada de acompañar a los niños hasta Australia, que les enseñó mi expediente. Ellos me aceptaron de inmediato. Dos semanas más tarde, al acompañar a sus nuevos hogares a Abdul y Musa, dos de mis compañeros de orfanato, la señora Sood aprovechó para visitar a mis padres, y volvió con el álbum de fotos que estos me habían preparado.

Le pregunté a la señora Sood si era frecuente que las familias extranjeras que adoptaban un niño indio adoptasen a otro, aunque no fuera familiar del primero. Me dijo que sí, bien porque el primero se sintiera solo, aislado en una cultura diferente, o bien porque los padres hubiesen disfrutado tanto de la experiencia que quisieran repetirla.

Nos trajeron té y, mientras lo tomábamos, la señora Medhora regresó con mi expediente, así que pude ver los documentos de mi adopción. El tiempo había difuminado un poco las palabras y el papel parecía que fuera a deshacerse con solo tocarlo, de lo quebradizo que estaba. Adjunta al expediente había una fotografía mía en Australia, que habían enviado mis padres. Se me veía sonriendo, con un palo de golf en la mano y un carrito de golf anticuado al fondo. También había una fotocopia de mi pasaporte, y me reconocí en la fotografía de aquel niño de seis años que miraba fijamente a la cámara. En todos mis documentos oficiales, incluido el pasaporte, mi

nombre figuraba como Saru, que es como había quedado registrado desde el momento en que me llevaron a la comisaría de policía. Fueron mis padres los que decidieron que «Saroo» resultaría más fácil de pronunciar y escribir en un país anglófono.

Leyendo el expediente descubrí que las autoridades de Calcuta fueron informadas de mi caso después de que los agentes de la comisaría de Ultadanga aceptaran tomarme bajo su custodia el 21 de abril de 1987. Evaluaron mi caso y me llevaron al reformatorio Liluah, donde se me clasificó como «niño necesitado de cuidados». Aunque todos los niños dormíamos juntos, en Liluah había dos categorías más: aquellos cuyos padres se habían metido en líos con la ley y los que habían cometido algún delito.

Fue entonces cuando empecé a formarme una idea más clara de lo que me había ocurrido. Pasé un mes en Liluah y luego fui entregado al cuidado de la ISSA por resolución del tribunal de menores el 22 de mayo. La señora Sood visitaba Liluah con regularidad para interesarse por los niños necesitados de cuidados que acabasen de llegar y, cuando correspondía, solicitaba al tribunal que se asignara su custodia temporal a la ISSA. La organización disponía de dos meses para encontrar a la familia del niño y reunirlo con ella, o declararlo «disponible» para la adopción de forma oficial. Si no lograban ninguna de esas dos cosas, el niño tenía que volver a Liluah y quedarse allí, aunque la ISSA continuase trabajando en su caso. Eso era lo que le había pasado a Mantosh, ya que la ISSA tardó dos años en desenredar el nudo de complicaciones que presentaba su familia y liberarlo para la adopción.

En mi caso, el personal de la ISSA me sacó una foto (la primera de mi vida) y la publicó el 11 de junio en un diario bengalí, con el anuncio de que me había perdido. El 19 de junio publicaron el anuncio en el *Oriya Daily*, un periódico de gran difusión en el estado de Orissa (hoy conocido como Odisha), porque pensaban que podría haber subido al tren en la ciudad costera de Brahmapur. Por supuesto, no obtuvieron ninguna respuesta, ya que mi familia vivía a muchos kilómetros de allí. Por tanto, se me declaró oficialmente «niño abandonado» y «disponible» para la adopción, con mi consentimiento, el 26 de junio.

El caso de mi adopción por parte de los Brierley fue aprobado por la audiencia competente el 24 de agosto. El 14 de septiembre se expidió mi pasaporte, salí de la India el 24 del mismo mes y llegué a Melbourne al día siguiente, el 25 de septiembre de 1987. Todo el proceso, desde el momento en que el adolescente del carrito me llevó a la comisaría hasta que me bajé del avión en Melbourne, duró poco más de cinco meses. La señora Sood me dijo que hoy en día habría llevado años.

La señora Medhora me aclaró que el motivo por el que fui elegido para salir de Liluah no fue, como yo creía, mi buena salud, sino el hecho de que me hubiera perdido: la primera intención de la ISSA era encontrar a mis padres. Los niños, fuera cual fuera su estado de salud, salían de Liluah cuando existía la posibilidad de reunirlos con sus familias. Poco después de mi adopción, la ISSA consiguió

encontrar, mediante un anuncio en la prensa, a las familias de dos niños perdidos que habían estado en Liluah. En mi caso, no disponían de suficiente información para iniciar siquiera una búsqueda con posibilidades de éxito.

Es más, tampoco sabían que había pasado varias semanas en las calles de Calcuta. Confundido y, sin duda, asustado por lo que me estaba ocurriendo, me limité a contestar a las preguntas que me hacían. Incluso si me lo hubieran preguntado directamente, es probable que no hubiera sido capaz de decirles demasiado: era pobre y no había ido a la escuela, y hablaba demasiado mal para poder transmitirles gran cosa. En la ISSA no supieron que había vivido en las calles hasta años después, cuando mamá se enteró por mí y se lo contó a ellos. La señora Sood me dijo que se habían quedado de piedra. Les parecía imposible que un niño de cinco años de una ciudad pequeña hubiese logrado sobrevivir por su cuenta en las calles de Calcuta tan solo unos días, ya no digamos varias semanas. Había tenido una suerte increíble.

Después de despedirme de la señora Sood con todo el cariño y agradecerle de nuevo todo lo que había hecho por mí, la señora Medhora, mi intérprete y yo subimos a un coche que, abriéndose paso por carreteras todavía más embotelladas y dejando atrás las obras de la nueva línea de metro, nos llevó a los barrios residenciales del norte, hasta una tranquila calle de bloques de pisos, en busca de Nava Jeevan. El orfanato se había trasladado a otro lugar, y el edificio que yo conocía alojaba actualmente una guardería gratuita para los hijos de madres trabajadoras pobres.

Al principio creía que el conductor se había equivocado de lugar. La señora Medhora intentó tranquilizarme, pero yo estaba tan seguro de mis recuerdos que pensaba que era ella la que estaba confundida. Al final resultó que yo no reconocía el segundo piso de la casa porque nunca había estado en él: los niños vivían en la planta baja y los bebés arriba.

Fue al entrar en las dependencias inferiores cuando encontré el Nava Jeevan que recordaba. Había como una docena de niños durmiendo la siesta, tumbados en esterillas en el suelo. Sin embargo, las madres de aquellos niños vendrían a recogerlos al final del día para llevárselos a casa.

Me quedaban dos sitios más que visitar. En primer lugar, fuimos al tribunal de menores en el que me declararon huérfano, en una ciudad dormitorio con el curioso nombre de Salt Lake City, que se encuentra más o menos a una hora en coche del centro de Calcuta. Era un edificio lóbrego y anodino, y no estuve en él demasiado tiempo ni en mi primera ni en mi segunda visita. Después, fuimos al reformatorio Liluah. Dadas las experiencias nada agradables que había vivido allí, prometía ser una visita conflictiva, y creo que por eso la dejé para el final. No es que estuviera deseando volver a verlo, precisamente, pero sabía que sin ello mi visita a la Calcuta de mi infancia no sería completa.

Una vez más, la ISSA tuvo la amabilidad de proporcionarme un coche con conductor, y en él cruzamos el famoso puente de Howrah, pasamos por delante de la estación y avanzamos por el entramado de callejones hasta detenernos frente al

imponente edificio, que era casi una fortaleza. Cuando el coche se detuvo, volví a ver el enorme portón rojo oxidado que siempre había permanecido en mi memoria, con la pequeña portezuela de entrada a un lado, igual que una prisión. En mis recuerdos de infancia, el portón era inmenso y ahora seguía pareciéndome imponente. Los altos muros de ladrillo estaban coronados con picas de metal y cristales rotos.

En la actualidad, como indicaba el cartel de la entrada, el complejo albergaba un hogar de acogida para niñas y mujeres. A los niños los llevaban a otro centro. Aunque el lugar presentaba el mismo aspecto y seguía habiendo guardas a la puerta, no daba una impresión tan brutal. Tal vez se debiese a que en esta ocasión solo estaba de visita.

La señora Medhora había conseguido que nos recibieran, así que entramos directamente por la portezuela. Una vez dentro, nos encontramos con un pequeño estanque que yo apenas recordaba. Aunque los edificios me parecieron más pequeños y menos amenazadores que entonces, todavía flotaba algo en el ambiente que hacía que uno deseara marcharse de allí lo antes posible.

En mi visita a la institución, me paseé por unas salas llenas de literas, salas parecidas a las que habían alojado mis noches y mis sueños de libertad. Lo último que imaginaba cuando salí de aquel lugar era que algún día volvería por mi propia voluntad, pero allí estaba, recorriéndolo como un turista de mis viejos terrores. Sin embargo, más que cualquiera de las otras visitas que hice, volver a Liluah me ayudó a enterrar por fin aquel pasado tan doloroso. Bien mirado, ¿qué alternativas tenían las autoridades encargadas del cuidado de los niños perdidos y abandonados? Los llevaban a un lugar que intentaban que fuera seguro y les daban comida y un techo mientras les buscaban otro destino mejor. Desde luego, no creaban aquellos lugares para que la vida de los niños fuera un infierno, pero cuando tienen que convivir juntos tantos niños y de edades tan distintas, sin que falten entre ellos los violentos, el acoso y el maltrato desgraciadamente es lo más normal del mundo.

Y sin los recursos necesarios para reforzar la seguridad de las instalaciones, ni las mejores intenciones bastan para evitar la corrupción. Me acordé de las personas que penetraban en lo que parecía una fortaleza y me pregunté si sería posible que aquello sucediera sin que alguien hiciese la vista gorda. Para evitar esos fallos del sistema, eran necesarios unos controles más rigurosos, sin duda. Sentía una gratitud inmensa por haber sobrevivido a mi estancia en aquel lugar y haber salido relativamente ileso.

Me quedaba por hacer una última visita, pero no a un edificio en concreto, sino a una zona. En mi último día en Calcuta volví a las calles cercanas a la estación de Howrah y a los puestecitos instalados a orillas del Hugli. Todavía era un lugar para los más desfavorecidos, trabajadores con sueldos miserables, indigentes. Seguía sin haber alcantarillado y muchas personas vivían en casetas y cobertizos improvisados. Mientras paseaba ante aquellos puestos recordé los tiempos en que se me hacía la

boca agua con el olor de las frutas y la comida frita, y me maravilló que fuera capaz de detectar aquellos aromas entre el hedor de los residuos humanos, los gases de diésel y gasolina y el humo de los fuegos de las cocinas.

Intenté bajar hasta la orilla, pero el terreno que quedaba entre las tiendas y el agua parecía dividido en parcelas. Mientras buscaba un camino para pasar entre ellas, unos cuantos perros sarnosos se me acercaron por un estrecho callejón y empezaron a olisquearme las piernas. Como prefería no poner a prueba la eficacia de mi vacuna antirrábica, enfilé el sendero que se dirigía a la imponente mole de acero del puente de Howrah, dejando atrás la hilera de tiendas, y enseguida me uní al torrente de personas que se agolpaba en la boca de la pasarela peatonal que comunica la ciudad de Howrah con el centro de Calcuta. La primera vez que crucé aquel puente fue cuando escapaba de aquellos ferroviarios. Ahora sabía que el puente era un símbolo de Calcuta, quizá el más conocido. Fue uno de los últimos grandes proyectos terminados por los británicos antes de que la India lograra la independencia en 1947.

Era increíble la multitud de viandantes y vehículos de todo tipo que cruzaba aquel puente. Los peatones que venían detrás me empujaban y los que venían de frente se me echaban encima. Los portadores entraban y salían de la estación como hormigas que abastecieran su hormiguero, manteniendo en perfecto equilibrio sobre la cabeza unos fardos de un tamaño asombroso. A lo largo de la barandilla de la pasarela, los mendigos alzaban sus cuencos metálicos y sus miembros amputados, y añadían su letanía al bullicio ensordecedor del puente. La magnitud de la presencia y actividad humanas hacía de aquel puente casi un barrio en sí mismo. Perdido entre aquellas multitudes empecé a sentirme insignificante, como si no existiera. Cuán pequeño debí de sentirme al cruzarlo de niño.

El tráfico producía un ruido tremendo y levantaba nubes de humo azul que lo envolvían todo. Había leído que la contaminación atmosférica de ciudades como Sídney o Melbourne podía acortar la vida de sus habitantes, así que no quería ni pensar en el efecto que tendría respirar una contaminación como aquella un día sí y otro también.

Cuando llevaba recorrido un tercio del puente me detuve en la barandilla y volví la vista hacia un punto que quedaba debajo de la estación y las tiendas, la zona donde me las había apañado para sobrevivir de niño. El embarcadero de un *ferry* ocupaba el lugar que recordaba haber recorrido entonces, y debajo del puente la orilla estaba pavimentada de hormigón. No alcanzaba a ver si los *sadhus* todavía dormían allí. No había visto muchos *sadhus* en mis últimas visitas a la India, pero no sabía si era simple coincidencia o si es que aquella forma de vida iba desapareciendo. En las semanas que pasé en aquellas calles, me gustaba dormir cerca de ellos o de sus lugares sagrados para sentirme protegido.

Miré los escalones de piedra —los *ghats*— que bajaban hasta la poderosa corriente del Hugli, el lugar donde casi me había ahogado dos veces, y pensé en el hombre que me había sacado del agua en ambas ocasiones. Lo más seguro es que ya

hubiera fallecido. Pero, al igual que el chico que más tarde me llevó a la comisaría, me había dado otra oportunidad de vivir. Aquel hombre no había obtenido ningún provecho de su acción, a menos que creyera en el karma, y no llegué a darle las gracias. Cuando me sacó del agua por segunda vez, estaba demasiado avergonzado y asustado por haber atraído tanta atención. Así, mientras contemplaba mi pasado, apoyado en la barandilla, le di las gracias a aquel hombre, y volví a dárselas cuando empezaba a ponerse el sol y mi último día en Calcuta terminaba presidido por una neblina de color gris rosáceo.

Había llegado el momento de volver a casa.

## EPÍLOGO

El encuentro de mis dos madres fue un hito increíble. Cuando *60 Minutes* sugirió la idea de que aquella escena fuera el momento culminante de un reportaje sobre mis experiencias, me invadió de nuevo la inquietud. Era como si la serie de viajes emocionales en los que me había embarcado nunca fuera a terminar. ¿Se sentiría mamá menos ligada a mí al conocer a la mujer que me había traído al mundo? ¿Temería que Kamla, mi madre biológica, exigiera mi regreso? ¿Le resultaría imposible a Kamla contactar con mamá, o la violentaría el verse frente a las cámaras de televisión con ella? Yo sabía que mamá estaba nerviosa ante la perspectiva de aquel encuentro, como también por la que, sorprendentemente, iba a ser su primera visita a la India.

Desde luego, siempre había querido reunir a mis dos familias, y todos ellos habían dicho que también deseaban conocerse. Pese a lo angustiante de la situación, que mi padre no pudiera acompañarnos en esta ocasión fue todo un chasco. De momento, serían mis dos madres las que se verían por vez primera.

Con el equipo de *60 Minutes* en Ganesh Talai y todo a punto de empezar, pareció que el tiempo se detuviera. Todas mis preocupaciones se esfumaron cuando vi a mis dos madres —que me habían dado no solo una vida, sino dos— abrazarse con lágrimas en los ojos. ¿Cuántos acontecimientos, desde que era un niño pequeño, se habían encadenado para acabar llevando a este día? Era pasmoso.

Nos comunicamos a través de un intérprete, pero la alegría y el amor que compartíamos apenas si necesitaban traducción.

Mamá sentía una gran admiración por la fuerza con que Kamla había arrojado las desdichas y penalidades de su vida. Me complace muchísimo poder ayudar a mi madre en la India, ya sea pagándole el alquiler o comprándole comida, procurando hacerle la vida algo más confortable de todas las formas que pueda. Ella siempre se resiste, pues dice que lo único que le importa es que yo haya vuelto a su vida. Pese a sus tímidas protestas, ahora que he conseguido la doble nacionalidad que me permite adquirir propiedades en la India, tengo la intención de comprarle una casa mejor en Ganesh Talai, cerca de sus amigas. Hay que armarse de paciencia para hacer negocios en aquella ciudad tan pobre, y estoy esperando la documentación, pero Kallu, Shekila y yo le hemos encontrado un lugar que está a dos pasos de la casa donde me esperó todo este tiempo. Todos estamos deseando ayudarla a trasladarse a su nuevo hogar, a su primer hogar.

También estoy dedicando tiempo a ayudar a otra mujer increíblemente importante en mi vida, sin la cual sería sumamente improbable que ahora estuviera aquí escribiendo mi historia: Saroj Sood. Estoy contribuyendo a las obras de mejora del orfanato Nava Jeevan para bebés abandonados y niños perdidos. Las palabras no bastan para expresar mi agradecimiento a la señora Sood y al entregado personal de la ISSA. Haré todo lo que esté en mi mano para ayudarla en su misión de cuidar a

niños que se encuentran en situaciones parecidas a la que yo sufrí en propia carne.

Lo que quiero para mí no lo tengo tan claro. Ni siquiera cuando buscaba mi ciudad natal y mi familia con todos mis esfuerzos llegué a proponerme jamás recuperar la vida que había perdido. No me movía la necesidad de deshacer un agravio ni el deseo de volver al lugar al que pertenecía. No soy indio. He pasado casi toda mi vida en Australia, y los vínculos que me unen a mi familia australiana son indestructibles e incuestionables. Quería saber de dónde venía, poder mirar un mapa y señalar el lugar donde nací, y aclarar algunas circunstancias de mi pasado. Sobre todo, pese a que traté de no hacerme demasiadas ilusiones para evitar decepciones, quería encontrar a mi familia india para que supieran lo que me había pasado. Los vínculos que me unen a ellos tampoco podrán romperse nunca y me siento profundamente agradecido de que se me haya dado la oportunidad de reanudar nuestra relación.

Sin embargo, no tengo ningún conflicto íntimo respecto a quién soy ni cuál es mi casa. Ahora tengo dos familias, no dos identidades. Soy Saroo Brierley.

Con todo, volver a la India y ver la vida que llevan mis hermanos y mi madre ha sido una experiencia enriquecedora desde el punto de vista cultural, además de personal. En lo que respecta a mis hermanos, admiro el enorme valor que conceden a la familia y las relaciones. Es difícil expresarlo con palabras, pero tengo la sensación de que tal vez en Occidente hemos perdido algo con nuestros asépticos barrios residenciales y la importancia que damos al individualismo. No soy religioso, y no creo que eso vaya a cambiar, pero me apetece aprender más cosas sobre las costumbres y creencias de mi familia india y ver si pueden ofrecerme algún tipo de guía.

También estoy encantado de haber conocido a mi sobrina y mis sobrinos, y me gustaría formar parte de su vida y darles todas las oportunidades que pueda.

Si no me hubiera perdido —si no hubiera salido aquella noche con Guddu, o si hubiese logrado volver a casa poco después—, mi vida habría sido muy distinta, por descontado. Se habría evitado mucho sufrimiento. Mi familia no habría sufrido el dolor de perder a un hijo después de la muerte trágica de otro, y yo no habría conocido el dolor de la separación ni el terror que me invadió en el tren y en las calles de Calcuta. Pero es indudable que mis vivencias me han hecho como soy; me han dado una fe inquebrantable en el valor de la familia, sea del tipo que sea, además de hacer que arraigara en mí la creencia en la bondad de la gente y en lo crucial que es aprovechar las oportunidades que se nos ofrecen. No quisiera borrar estas cosas. También es cierto que mi familia india tuvo unas oportunidades que no se le habrían presentado de no haber ocurrido nada de eso. Siento que en todos estos acontecimientos alienta un destino que entrelaza a mis dos familias, conmigo como eje.

Sé que mis padres no habrían querido una vida distinta, sin mí y Mantosh. Soy incapaz de expresar lo agradecido que les estoy por el amor y por la vida que me han

dado, y siento una gran admiración ante su compromiso por ayudar a los menos afortunados. Confío en que el haber encontrado mi hogar indio estreche los lazos de mi familia australiana en lugar de hacer que cada cual se cuestione nuestra relación.

Cuando le dije a Mantosh que había encontrado a mi familia, se alegró mucho por mí, como es natural. Por medio de la ISSA nos han llegado algunas noticias de su desdichada familia, y el que yo haya logrado reunirme con la mía ha sido un estímulo para Mantosh. Pese a los dolorosos recuerdos de su infancia y las dificultades de su adolescencia, todo esto ha renovado su interés en recuperar el contacto con su madre india. No estamos seguros de que sea posible, pero lo que más deseo es que mi hermano pueda alcanzar la misma paz interior que yo.

También me alegró poder celebrar mi buena suerte con Asra, mi amiga de los días en Nava Jeevan y el viaje a Australia que cambió nuestras vidas. Durante los primeros años, gracias a la amistad de nuestras familias, hablábamos por teléfono a menudo, y de vez en cuando nos reuníamos en su casa o en la mía, pese a vivir en estados diferentes. Al hacernos mayores, como suele ocurrir en estos casos, nos distanciamos un poco, pero seguimos hablando de vez en cuando para contarnos las novedades sobre el trabajo, las relaciones y la vida en general. Hay ciertos aspectos de mi experiencia que solo puedo compartir con Asra, y me considero afortunado por tener una amiga como ella.

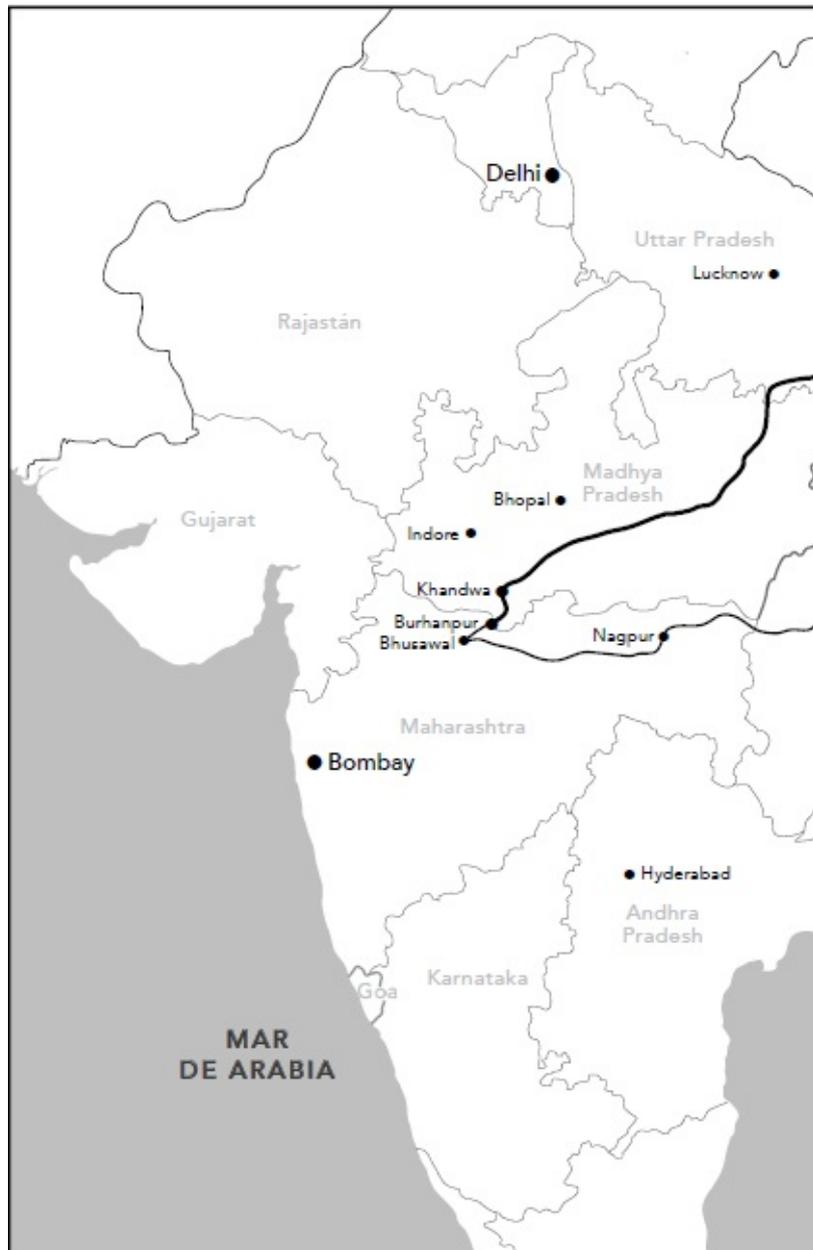
Cuando recuerdo el proceso de mi redescubrimiento de Khandwa —en particular, las búsquedas en Google Earth a las que tanto tiempo y energía consagré—, me doy cuenta de que podría haber seguido algún otro método, y tal vez habría encontrado más rápido lo que buscaba. Podría haber insistido más con las ciudades de nombre semejante a «Burhanpur» que aparecían en los mapas y haber tenido en cuenta también las que estaban más lejos de Calcuta. Investigando en internet podría haber descartado algunos de esos lugares, o al menos reducido el campo. También podría haber limitado mis búsquedas a las líneas férreas que pasaran cerca de una breve lista de ciudades con «B», en lugar de seguir escrupulosamente todas las rutas que iban desde la estación de Howrah hasta un perímetro aproximado, por muy convincente que fuera la lógica de mi método. Tal vez así habría encontrado Khandwa más rápido, o tal vez no.

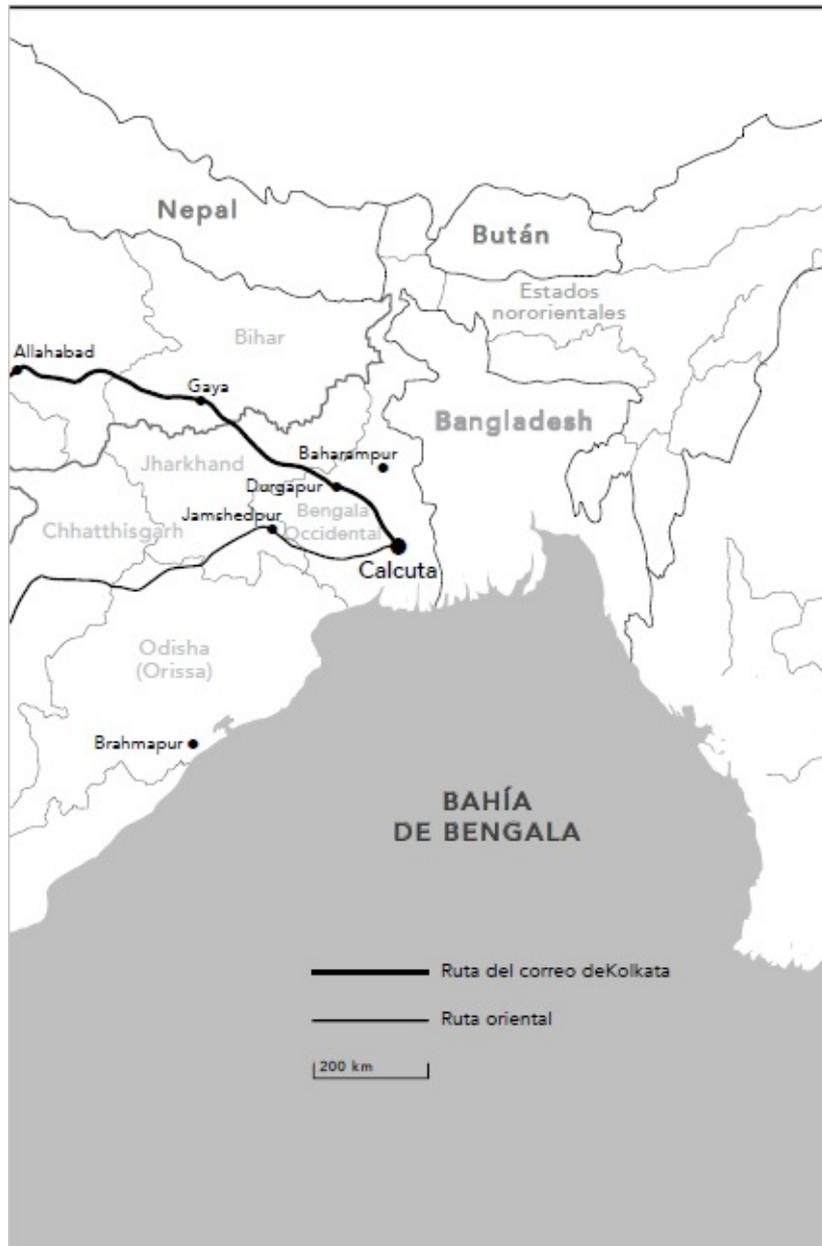
Pero no hice nada de eso; hice lo que me pareció mejor en aquel momento. No lamento nada de lo ocurrido, salvo la trágica muerte de mi hermano. Me asombran los giros milagrosos de mi historia: la visión que encaminó a mi madre hacia la adopción internacional, mi madre india rezando y viendo una imagen mía el día anterior a nuestro encuentro, o incluso la increíble coincidencia de ir a la escuela en un lugar llamado Howrah. A veces es difícil resistirse a pensar en la intervención de unos poderes que superan mi capacidad de entendimiento. Aunque no me siento tentado a hacer de ello una creencia religiosa, sí que tengo la convicción de que, en el

camino que me llevó de ser un niño perdido sin familia a ser un hombre con dos, todo estaba destinado a suceder exactamente como ocurrió. Y esa idea es una gran cura de humildad.

## **MI VIAJE POR LA INDIA**

Estas son las dos rutas de tren más probables desde Burhanpur hasta Calcuta (con solo un cambio de tren, o quizá con ninguno), aunque nunca podré estar seguro de cuál fue la que siguió el tren al que me subí de niño. Nadie creía que mi punto de partida pudiera estar tan lejos de Calcuta, lo cual dificultó aún más la búsqueda de mi casa y mi familia. En 2012, atravesé el país en el correo de Calcuta, con mucha más comodidad.





## AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi honda gratitud a mis dos familias por haberme permitido contar sus historias, por cuanto son parte de la mía, y por la generosidad con que me han apoyado y ayudado a escribir este libro. También le agradezco a Lisa el amor y la paciencia que ha demostrado durante todo este tiempo.

Estoy en deuda con Saroj Sood por el papel fundamental que ha tenido en mi vida y por su colaboración en la escritura del libro, y también con Soumeta Medhora. También quisiera dar las gracias a Cheryl y Rochak por la ayuda que me han brindado, y, de forma muy especial, a Swarnima por haber sido tan generosa con su tiempo y por su amistad.

Por último, quisiera dar las gracias a Andrew Fraser de Sunstar Entertainment por su orientación, y a Larry Buttrose, Ben Bell y Michael Nolan, de Penguin.



© 1987/88 INSA, Kolkata

ଅଧ୍ୟକ୍ଷଙ୍କ ଦ୍ଵାରା  
 ଶିଶୁ  
 ଏ ଶିଶୁଙ୍କୁ ଗ୍ରହଣ କରିବା ପାଇଁ ଆପଣଙ୍କର ସମ୍ମତି ଚାହୁଁଛୁ। ଏହା ପରେ  
 ତାହା ତାହାଙ୍କ ପରିବାରରେ ରହିବ।  
 ଓଡ଼ିଶା ସମାଜିକ କଲ୍ୟାଣ ସଂଘ  
 Indian Society for Sponsorship  
 and Adoption  
 1, R.Y.D Street, Calcutta.  
 8/2575



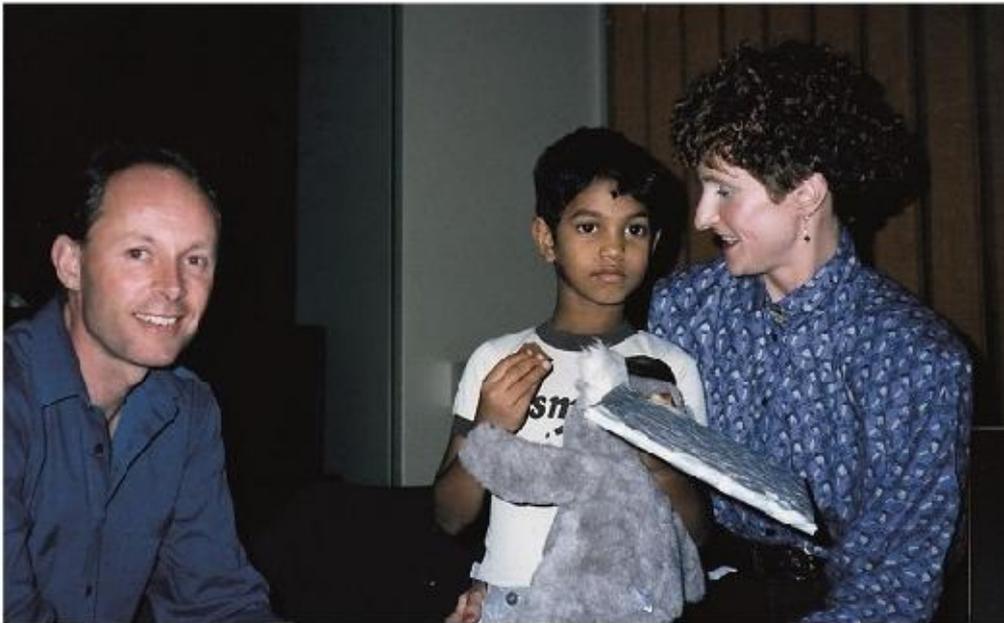
THE INDIAN SOCIETY  
 FOR  
 SPONSORSHIP & ADOPTION  
 1, R.Y.D. STREET,  
 CALCUTTA, 700005.  
 NAVAREVAN  
 44, Bagbazar, Calcutta, India-700010



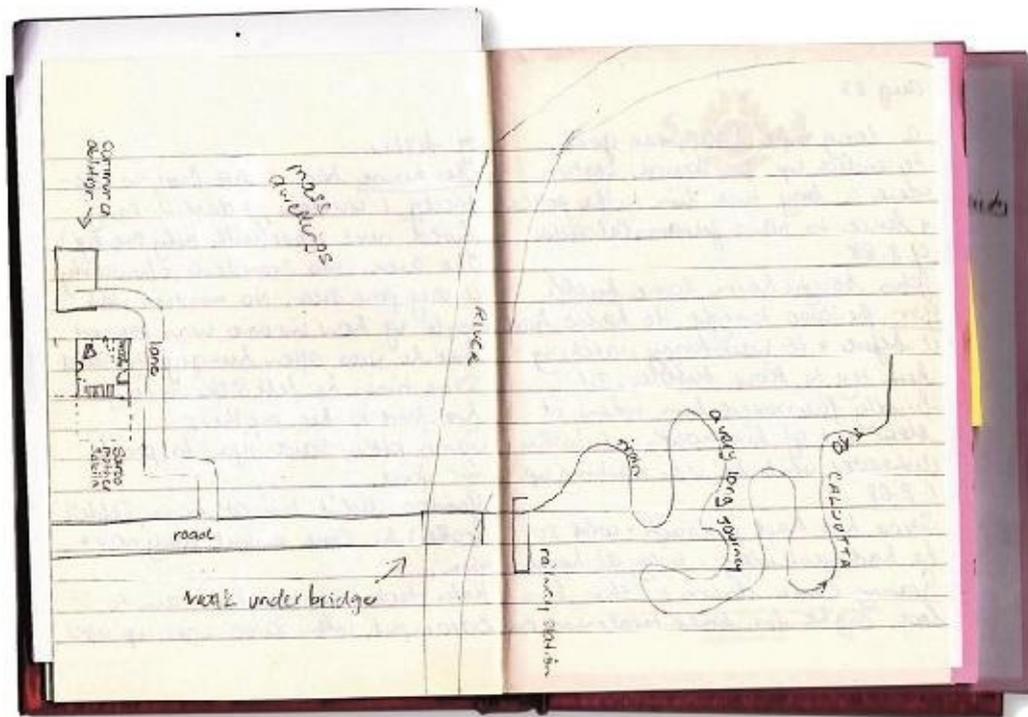


El álbum de fotos que prepararon mis nuevos padres, los Brierley, y que me enseñaron en Nava Jeevan para que me familiarizara con ellos y con mi nuevo hogar.





Llegué al aeropuerto Tullamarine de Melbourne con mi camiseta de Tasmania, y nuestros acompañantes nos llevaron a la zona VIP, donde nos esperaban nuestras nuevas familias. Mis padres me dieron la bienvenida con un libro y un koala de peluche. Todavía llevo en la mano un trozo de la chocolatina que nos dieron en el avión. La primera palabra que les dije a mis padres fue «Cadbury».



Los primeros mapas de mi vida: el mapa de la India que presidió mi infancia desde la pared de mi habitación (la imagen superior lo muestra tal como lo encontré a mi llegada), y el mapa de mi ciudad que dibujó mi madre en su cuaderno cuando, a los siete años de edad, le conté por primera vez cómo me había perdido.



Tuve una vida feliz en Hobart con mi nueva familia, que pronto aumentó con la llegada de mi hermano menor, Mantosh, otro niño adoptado. En la imagen inferior se lo ve sentado ante el ordenador al lado de mi amiga Asra, a la que conocí en Nava Jeevan y que a veces nos visitaba desde Victoria. Como muchos adolescentes, yo soñaba con ser una estrella del rock.



No sabía el nombre de mi ciudad natal, pero tras varios años de búsqueda con Goggle Earth acabé encontrando, en primer lugar, la estación de tren de Burhanpur (con su depósito de agua), donde sin querer había subido al tren que me había llevado al otro extremo del país, y después, siguiendo la vía férrea, el trazado familiar de mi ciudad (izquierda).

*Mitchell Kanashkevich/V  
imagen de Google Earth, © 2013 DigitalGlobe*

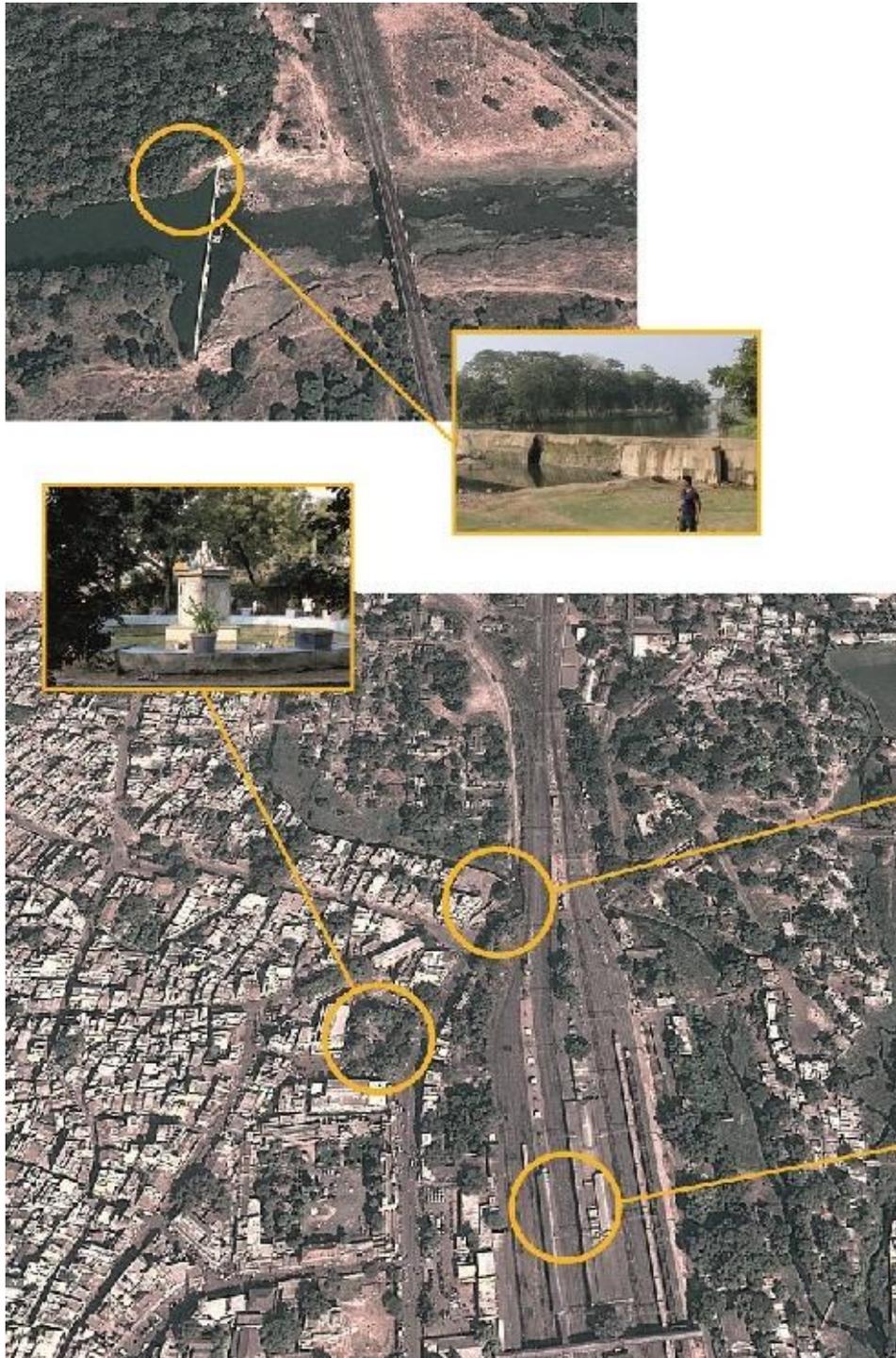
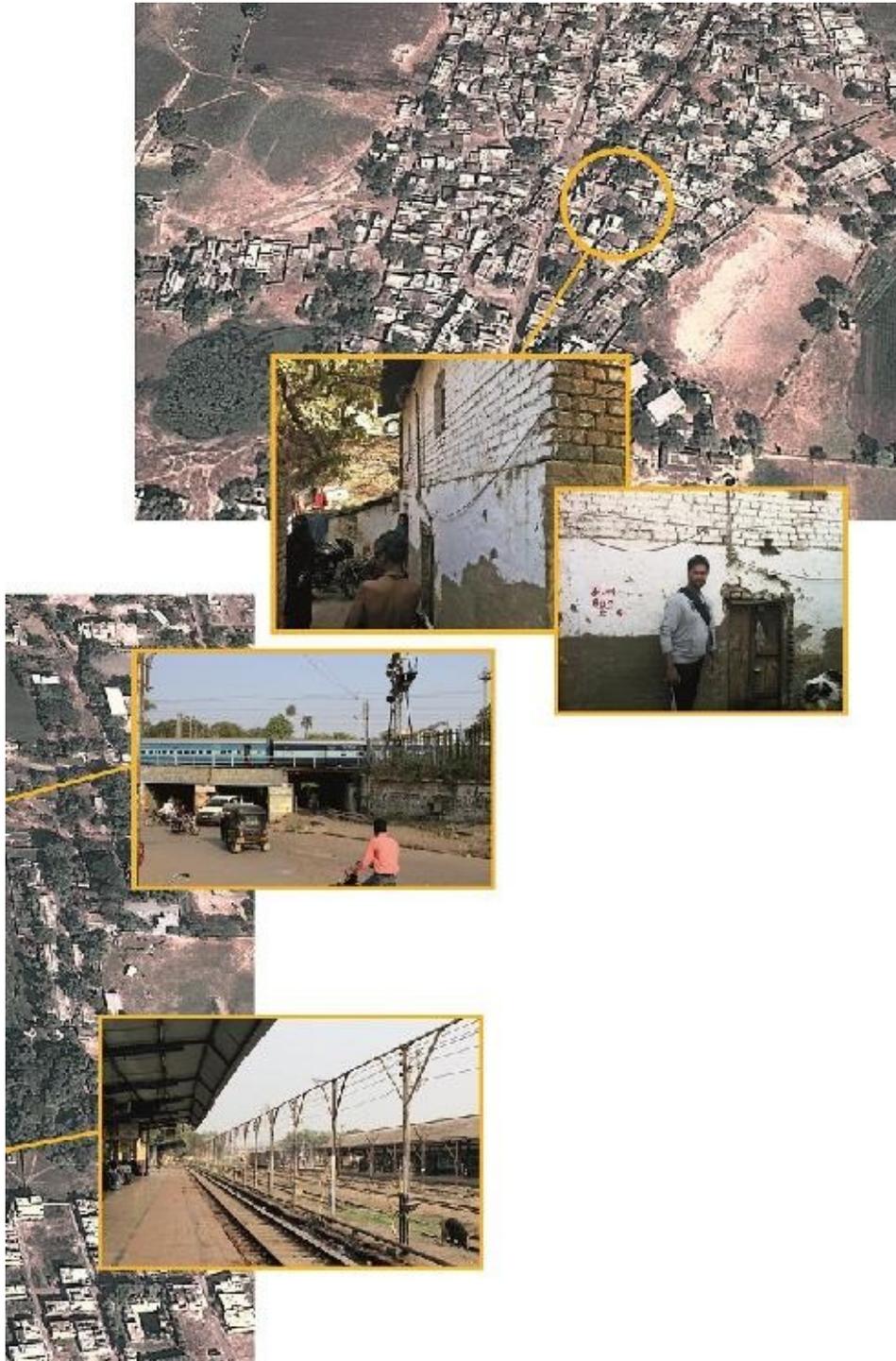


imagen de Google Earth, © 2013 DigitalGlobe



De las imágenes de satélite de la búsqueda por internet a volver a pisar el terreno de la India: la presa junto al puente del ferrocarril en las afueras de mi ciudad (en la página opuesta, arriba, a la izquierda); la fuente del parque, el paso subterráneo bajo las vías y la estación de tren (junto a estas líneas); y la casa, ahora abandonada, en la que crecí, en un barrio pobre de la ciudad (arriba). Al lado de la puerta de la casa parezco un gigante.

*imagen de Google Earth, © 2013 DigitalGlobe*



Veintiséis años después volví a encontrar a mi madre Kamla en su modesta vivienda (en la página opuesta, abajo), a la vuelta de la esquina de donde vivíamos en tiempos. Se había quedado en el barrio con la esperanza de que algún día regresara.

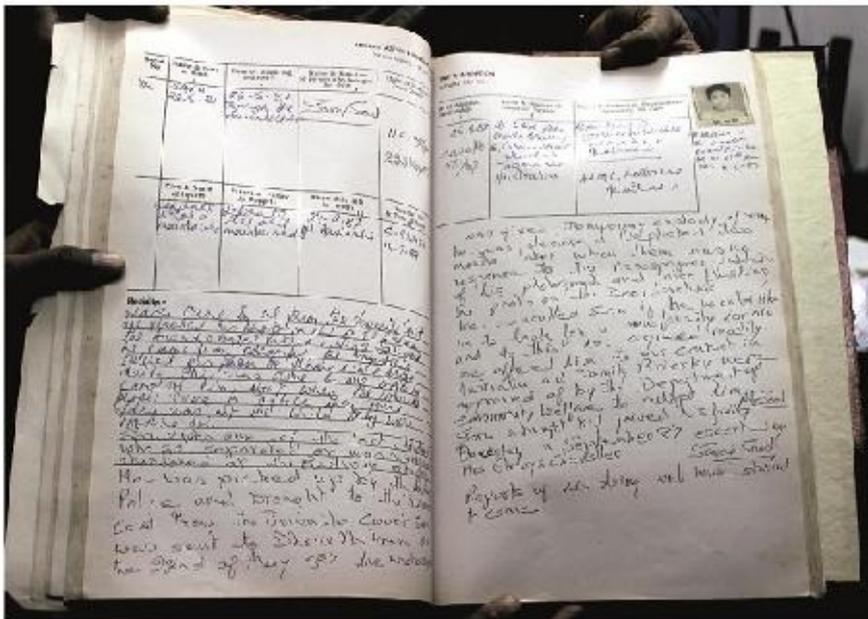


Volver a encontrar a mi familia fue una experiencia abrumadora. Kallu, mi hermano mayor, y Shekila, mi hermana menor, vinieron a casa para conocerme, pero me dieron la trágica noticia de que Guddu, nuestro hermano mayor, ya no podría reunirse con nosotros.



El vagón del tren en el que me quedé encerrado se parecía al que muestran la imagen superior y la de la izquierda, aunque en aquella época los asientos de los vagones de segunda eran de madera y no tenían cojines. Nunca sabré con seguridad la ruta que seguí para ir de Burhanpur a Calcuta, atravesando casi toda la India, pero volví a hacer el mismo viaje de mayor, con un billete de primera.

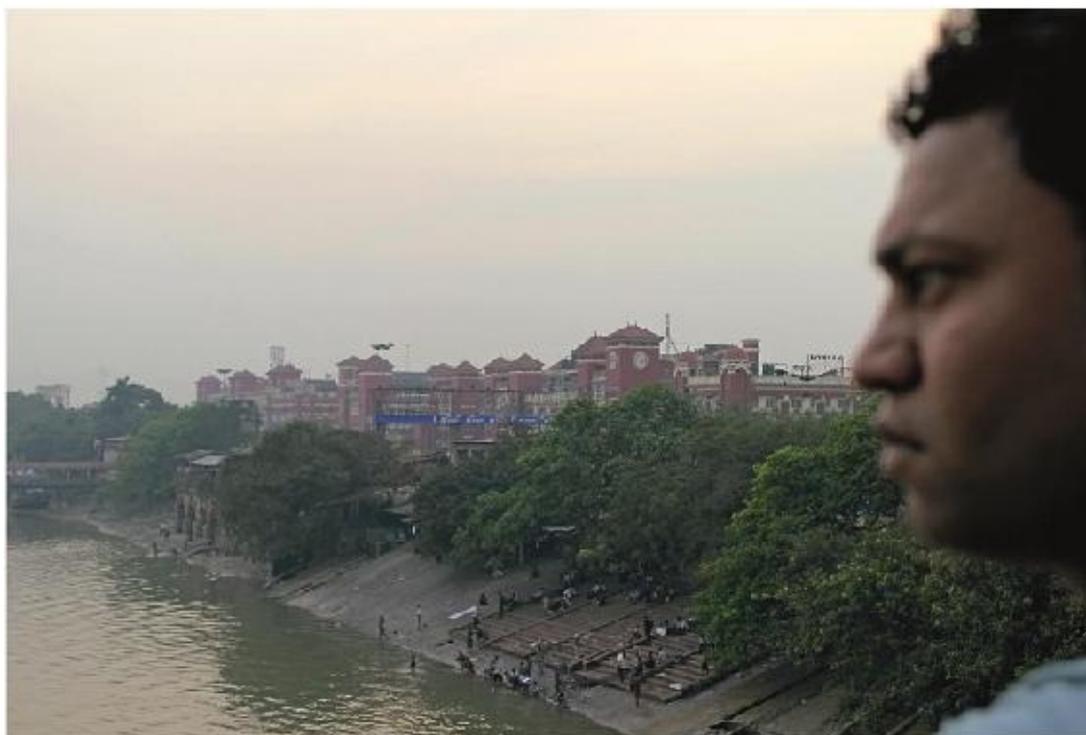
© Ssongee Yang y Henry Chen



En Calcuta me reuní con Saroj Sood (sentada en el extremo de la izquierda) en la misma oficina de la ISSA desde la que había gestionado mi adopción un cuarto de siglo antes. Mi expediente de la ISSA especifica: «Le preguntamos a Saru si quería que le buscáramos una nueva familia, y él aceptó de buena gana». En la habitación contigua (arriba, a la derecha) unos huérfanos dormían la siesta sobre esterillas extendidas en el suelo.



No era de extrañar que nadie hiciera caso de un niño pequeño perdido en la inmensa estación de Howrah (arriba del todo). Las imágenes de arriba y de la izquierda muestran los imponentes muros y el portón de hierro del reformatorio de Liluah, donde me enviaron después de recogerme de las calles. Ahora es una residencia de mujeres y niñas, y no me permitieron hacer fotografías dentro.



Durante las semanas que pasé en las calles, no me alejé en ningún momento de la característica mole roja de la estación de Howrah (en la imagen superior, vista desde el puente de Howrah). La estructura monumental del puente se cernió sobre mí todo el tiempo que logré sobrevivir por mi cuenta a orillas del río Hugli.

© *Nathan Harrison*



Mis dos familias son para mí como una doble bendición. Imagen superior: mis padres (John y Sue Brierley) y mi hermano Mantosh. Imagen inferior, fila de atrás, desde la izquierda: mi hermano Kallu y su mujer Nasim, la hija de ambos, Norin, mi madre Kamla y mi hermana Shekila. Delante, desde la izquierda: Ayan, el hijo de Shekila, y Shail y Sameer, hijos de Kallu.



SAROO BRIERLEY (1981) nació en Khandwa, Madhya Pradesh (India), pero desde los seis años reside en Hobart, Tasmania (Australia). La historia de su reencuentro familiar se ha llevado a la gran pantalla, con Dev Patel interpretando a su versión adulta y Nicole Kidman como su madre australiana.

# Notas

[1] Literalmente, «cesta negra»; es un eufemismo de «black bastard», es decir, «negro cabrón». (N. de los t.) <<

[2] Véase el mapa del final. <<

[3] «*Chai, chai, desa-iuno, desa-iuno, tod-tilla, tod-tilla.*» (N. de los t.) <<